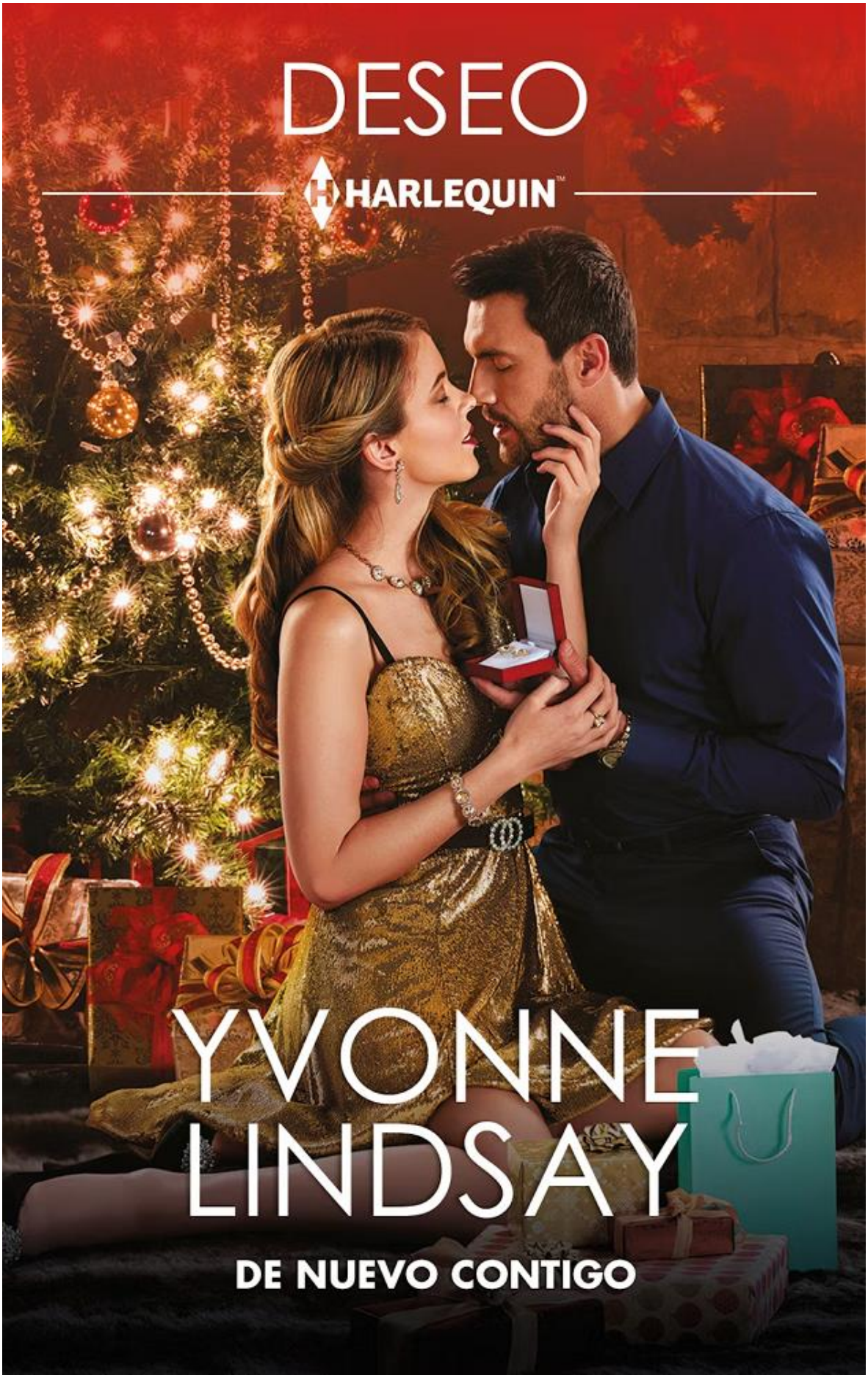
https://www.facebook.com/novelasdescargas



https://www.facebook.com/novelasdescargas

Esa Navidad, ella no solo perdonaría a su enemigo, se dejaría seducir por él…

Kristin Richmond sabía demasiado sobre secretos y mentiras. El imperio constructor de su familia había sobrevivido a unos cuantos escándalos, pero esa Navidad traía una sorpresa más: Jackson Jones, el nuevo abogado de la familia. Era el primer hombre que Kristin había amado… y el que le había roto el corazón. Ahora que se veía obligada a trabajar con él, debía ocuparse de los asuntos de la empresa sin sucumbir a la ardiente atracción que aún bullía entre los dos.

¿Podrían Kristin y el negocio familiar sobrevivir al seductor encanto de Jackson?

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Uno

—Lo siento, mamá. No voy a poder ir esta noche. Tengo muchísimo trabajo.

Kristin miró los adornos navideños con gesto arisco. Lo del trabajo no era mentira, aunque, por otro lado, tampoco tenía ganas de otra feliz reunión familiar en la que todos menos ella tenían pareja. Por norma no le importaba, pero últimamente la estaba afectando más de lo habitual.

—Kristin, ya estoy harta de tus excusas. Esta noche es importante para mí y espero que estés aquí a las siete en punto.

Nancy colgó dejando a su hija mirando al teléfono del despacho con una mezcla de frustración y curiosidad. Kristin se pasó las manos por su larga melena y se masajeó el cuero cabelludo, aunque eso no aplacó la cefalea perpetua que tenía desde los últimos meses.

Sus hermanos, los gemelos Keaton y Logan, no dejaban de insistirle en que bajara el ritmo, y lo hacían poniéndole como ejemplo el derrame cerebral masivo que había sufrido su padre un año atrás por trabajar sin parar.

Kristin estaba haciendo el trabajo de dos, ya que hasta el momento no se había visto capaz de sustituir al hombre en quien había confiado como su mano derecha en la oficina y su amante en el dormitorio.

Y, mientras, Isaac había trabajado de espía para Warren Everard, su mayor rival. Ahora, meses después, todos los implicados en la trama de espionaje corporativo estaban siendo procesados y ella seguía revolviéndose al pensar que en ningún momento, jamás, había sospechado que Isaac pudiera ser capaz de semejante treta. Por eso desconfiaba el doble a la hora de sustituirlo y la opción más sencilla había sido asumir sin más el trabajo que hacía Isaac. Además, de todas formas, tampoco tenía motivos para volver corriendo a casa.

La traición de Isaac había resultado cruel por partida doble porque ella no le había contado a su familia que tenían una relación íntima y había tenido que sobrellevar sola el dolor de la traición y del desamor. La habían mantenido en secreto también en la oficina. Una relación entre jefa y empleado habría estado mal vista, así que cuando él le había sugerido que no dijeran nada en un principio, ella había estado totalmente de acuerdo. Pero en todo momento el plan de Isaac había sido abusar de su confianza, que era mucho más dañino.

Se levantó y se giró hacia la ventana. Estaba oscureciendo. Aunque no solía dedicar tiempo a admirarlas, la Torre Richmond disfrutaba de unas vistas excepcionales del paisaje urbano de Seattle. Solo faltaban tres semanas para Navidad, pero su mirada permanecía ajena a las relucientes y destelleantes imágenes que tenía ante sí.

Habían cambiado muchas cosas en el último año.

Por cortesía de la doble vida que había vivido su padre hasta el mismo momento en que había caído muerto en el despacho, Kristin no solo había ganado un hermano (a Logan lo habían raptado de niño y ahora se había reencontrado con la familia), sino dos hermanastros y una hermanastra.

Y aunque había sido una alegría ver a sus dos hermanos carnales encontrar el amor con unas mujeres increíbles a quienes respetaba y adoraba, verlos tan felices había hecho que la hipocresía de Isaac resultara más dolorosa todavía.

¿Era tanto pedir aspirar a tener una relación basada en la atracción, el afecto y la confianza mutua? Sacudió la cabeza. Al parecer, para ella sí era mucho pedir. Y ahora tenía que poner cara alegre en otra cena familiar. Bueno, pensó mientras volvía al ordenador para guardar el trabajo, al menos podría cenar algo mejor que la comida precocinada que tenía en el congelador. Se rio con pesar. ¡Menuda fracasada!

Tras asegurarse de que la copia de seguridad estaba hecha, agarró el bolso y el abrigo y salió del despacho. Al ir a sacar las llaves del coche decidió que, en lugar de conducir hasta la casa de su madre, pediría un taxi y dejaría el coche en el aparcamiento de las oficinas. Tal como se sentía, a lo mejor esa noche se daba el gusto de tomarse una copa de vino… o dos.

Media hora después, entró en la gran mansión de dos plantas que había sido el hogar de sus padres y se quitó el abrigo. Le encantaba. Ese lugar transmitía una sensación de estabilidad que ahora mismo ansiaba con

desesperación. El repiqueteo de unos tacones sobre el parqué le anunció la llegada de Martha, el ama de llaves.

—Hola, Kristin. ¡Qué alegría verte! Tu madre y los demás están en el salón principal tomando una copa antes de la cena. Trae, dame el abrigo.

—¿El salón principal? Pensé que era una cena informal —comentó Kristin al darle el abrigo a la mujer, que había empezado a trabajar para la familia cuando ella era un bebé.

—La señora Richmond me ha pedido que te diga que te dirijas allí —continuó Martha con voz suave y sin responderle a la pregunta.

De pronto se sintió inquieta. Su madre solo usaba el salón principal para las reuniones formales. ¿Qué estaba pasando?

Cruzó el vestíbulo en dirección a las puertas dobles de madera que conducían al salón. Al oír el murmullo de las voces vaciló un instante, pero entonces una carcajada desde dentro la animó a abrir la puerta y unirse a la familia.

Al entrar, miró a su alrededor y, tras fijarse en el precioso árbol de Navidad que su madre había puesto nada más pasar Acción de Gracias, se relajó al ver a sus hermanos y sus parejas, a su madre y a Hector.

Hector era el abogado de la familia y había sido un gran apoyo para su madre desde la repentina muerte de Douglas Richmond, tanto que los dos se habían ido de vacaciones a Palm Springs unos meses atrás.

Cuando Kristin entró en el salón, su madre, sentada al lado de Hector, se levantó y fue a saludarla.

—He venido —dijo Kristin sonriendo mientras su madre le daba un cariñoso abrazo.

—Gracias, mi niña querida. Siempre es una alegría verte.

—Pues si volvieras a la oficina nos veríamos todos los días.

Nancy había trabajado mano a mano con Douglas hasta la muerte de este hacía casi un año y había estado muy implicada en la fundación benéfica de la familia. Pero ahora no solía entrar en el edificio donde había muerto su marido y dirigía la Fundación Richmond desde casa.

—¿Qué quieres beber? —le preguntó Nancy ignorando su comentario, no muy sutil.

—Mi vino blanco de siempre estaría genial, gracias.

Kristin saludó a sus hermanos y a las parejas de estos. Logan y Honor se habían casado en verano y la semana anterior, en Acción de Gracias, habían anunciado que esperaban un bebé. Aunque a Honor aún no se le notaba, tenía un brillo en la expresión que a Kristin le producía un pellizquito de envidia. ¡Y cómo la miraba Logan! Ojalá ella tuviera una relación así con alguien.

Keaton y Tami, por su parte, estaban igual de unidos.

—Qué bien que has venido —le dijo Tami al levantarse y abrazarla—. Últimamente apenas te vemos fuera del trabajo —añadió sonriendo.

Tami y Keaton habían iniciado su romance en Desarrollos Richmond. Ahora ella trabajaba como directora de proyectos y ejercía de nexo entre la Fundación Richmond y otras organizaciones benéficas.

—¿Sabes a qué viene todo esto? —le susurró Kristin.

—Ni idea, pero no parece la típica cena familiar de Nancy, ¿verdad?

—Ya —respondió Kristin con cierta aprensión.

Cuando su madre volvió con la copa de vino, Hector se levantó, se situó a su lado y la rodeó por la cintura.

—Me gustaría que me atendierais, por favor —dijo Nancy algo nerviosa.

La aprensión de Kristin aumentó.

—Hector y yo tenemos algo que anunciaros. Como sabéis, somos amigos desde hace muchos años y ha sido un apoyo increíble desde que Douglas murió. Es más, se ha convertido en una persona tan importante para mí que ya no me imagino mi futuro sin él… y me siento orgullosa de deciros que ha aceptado ser mi marido.

Se oyó un repentino murmullo y a Kristin se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Le has pedido a Hector que se case contigo?

—Él es demasiado caballeroso para pedírmelo tan pronto. Pero la muerte de vuestro padre me ha enseñado que hay que aferrarse a lo importante y mantenerlo cerca de ti, y no quiero perder más tiempo —se giró hacia Hector y le sonrió irradiando amor—. Lo quiero y por eso le he pedido que se case conmigo. Ha dicho que sí y no puedo estar más feliz.

Mientras los demás se levantaban y se acercaban a darles la enhorabuena, Kristin se echó a un lado. Después Nancy se separó del resto y se acercó a ella.

—¿Kristin? ¿No te alegras por nosotros? —le preguntó preocupada.

—¿No es un poco pronto, mamá? Papá no lleva muerto ni un año. A ver, no tengo nada en contra de Hector y sé cuánto significa para ti, pero ¿no crees que te estás precipitando?

Nancy se rio y le dio una palmadita en el brazo.

—Ay, cariño mío. Los dos estamos cerca de los sesenta y queremos pasar el resto de nuestra vida juntos como marido y mujer. Confío en Hector. Él jamás me decepcionaría como lo hizo tu padre. Kristin, ¿tú no te interpondrías en nuestra felicidad, verdad?

Kristin vaciló. Desde luego que quería que su madre fuese feliz.

—¿Va todo bien, chicas? —preguntó Hector acercándose.

—Todo genial —le aseguró Nancy lanzándole a Kristin una mirada que no admitía discusión—. ¿Verdad, Kristin?

—Sí, claro —respondió ella forzando una sonrisa. Levantó la copa—. Enhorabuena a los dos. Que seáis tremendamente felices.

—Gracias, Kristin —dijo Hector con los ojos empañados—. Supone mucho para nosotros oírte decir eso. Sabemos lo unida que estabas a tu padre y cuánto lo echas de menos. Era mi mejor amigo, pero no puedo negar que amo a Nancy desde hace años y que me siento privilegiado por poder vivir el resto de nuestra vida juntos.

Esas palabras le llegaron al corazón. No había duda de que lo que Hector sentía por Nancy era auténtico.

—¿Y seguirás siendo nuestro abogado?

—Me alegra que me lo preguntes —dijo él sonriendo—, porque eso da pie a nuestro segundo anuncio de la noche. He decidido jubilarme de forma anticipada y le he vendido mi bufete a un amigo y colega, aunque, para que la transición sea gradual, ejerceré de asesor durante los próximos seis meses.

—¿Un amigo? ¿Quién? ¿Lo conocemos? —preguntó Kristin.

—No lo creo.

—¿Entonces cómo podemos estar seguros de que podemos confiar en él?

Justo en ese momento alguien llamó a la puerta.

—Vaya, parece que acaba de llegar, así que ahora podrás obtener la respuesta a esa pregunta —dijo Hector sonriendo.

Kristin se sirvió otra generosa copa de vino.

¿Y si el nuevo abogado no era lo bastante bueno? Su familia había pasado un infierno los meses anteriores: primero con el regreso de Logan treinta y cuatro años después de su secuestro, luego con la muerte de su padre, después con el descubrimiento de que tenía otra familia y otro negocio al otro lado del país y, para rematar, con la trama de espionaje corporativo de la que Isaac había sido parte integral.

¿Cómo se les podía pedir que confiaran en un extraño?

—Cariño, no te preocupes tanto. El amigo de Hector tiene una reputación excelente —le susurró su madre al oído.

—Más le vale tenerla —murmuró Kristin antes de dar otro trago de vino.

Se giró hacia las puertas del salón justo cuando Martha anunció al recién llegado.

—El señor Jones ha llegado —dijo la mujer antes de hacerlo pasar.

Logan y Keaton se habían puesto delante y le impedían ver al invitado.

—Buenas noches a todos. Espero no llegar tarde.

La voz del hombre era profunda y resonante y tenía algo inquietantemente familiar.

—No, en absoluto —le aseguró Hector—. Por favor, dadle la bienvenida a mi buen amigo Jackson Jones. Y ahí estaba.

Un metro noventa de hombre enfundado en un Armani a medida y más atractivo incluso de lo que recordaba. Sus ojos azules oscuros se clavaron en ella con la precisión de un láser.

Jackson Jones.

El primer hombre al que había amado.

El primer hombre con el que se había acostado.

El hombre que la había abandonado sin decir nada ni mirar atrás.

El hombre al que había jurado odiar por toda la eternidad.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Dos

Impactado al ver a Kristin Richmond, Jackson se obligó a sonreír y a disimular.

Hector le estrechó la mano.

—Jackson, me alegro de que hayas podido venir. Te presento a mi prometida, Nancy Richmond. Nancy, él es Jackson Jones. Me has oído hablar mucho de él y me alegro de que por fin lo conozcas.

Jack agachó la cabeza y le estrechó la mano a la mujer.

—Es un placer —dijo, notando la mirada de Kristin clavada en su nuca. Como si él fuera una diana y los ojos de ella, una flecha.

Kristin nunca había hablado mucho de su familia, pero sí le había contado que solo tenía un hermano, mientras que Hector le había dicho que en esa familia había seis hijos adultos. ¿De entre todos los Richmond del mundo justo había tenido que caer en esos? ¡Joder con el karma!

Centró la atención en sus anfitriones sin dejar de ser consciente de la joven situada en un extremo del salón.

—Igualmente, señor Jones —respondió Nancy.

—Por favor, llámeme «Jackson» o «Jack».

—Jackson entonces. Ven, te presentaré a mi familia.

Nancy le presentó a los dos gemelos idénticos y Jack los miró imaginando que en algún momento le pondrían a prueba para ver si era capaz de distinguirlos. Aliviado, vio que Logan tenía una pequeña cicatriz de varicela y memorizó ese detalle. A continuación le presentaron a las parejas de los hijos y, finalmente, el último miembro de la familia que quedaba por saludar se acercó.

Cuando la vio de cerca, se quedó sin respiración.

Kristin Richmond.

El recuerdo físico de lo que había sido tocarla emergió de lo más profundo de su mente. Siempre había tenido una piel suavísima… en todas partes, y su aroma era algo que él nunca había olvidado. Respiró hondo. No se habían vuelto a ver desde el día que se habían licenciado en la universidad. Un día que había empezado siendo su día de mayor orgullo y rápidamente se había convertido en el de mayor vergüenza.

Alargó la mano.

—Kristin, encantado.

—¿Ah, sí? —contestó ella con brusquedad.

La expresión de Kristin mostraba que estaba tan impactada de verlo en su casa como impactado estaba él de haber descubierto que su familia era su nuevo cliente. Entre tomar la decisión de aceptar la oferta de Hector, comprarse una casa allí y mudarse desde California, además de instalarse en el nuevo bufete y conocer a la plantilla, no había tenido tiempo de leer los informes de sus nuevos clientes.

—¡Kristin! —la reprendió su madre, horrorizada—. A los invitados no se les habla así. Lo siento, señor Jones… eh… Jackson. Te aseguro que la he educado mejor de lo que parece.

Pero Kristin no iba a dar su brazo a torcer. Y tampoco iba a estrecharle la mano.

—El señor Jones y yo nos conocimos en la universidad —le dijo Kristin a su madre antes de girarse y volver a mirarlo, atravesándolo con sus ojos grises—. No sabía que te habías pasado a Derecho. Pero, claro, nunca llegaste a decirme lo que ibas a hacer.

Cualquiera que la oyera podría pensar que estaba bromeando, pero él captó ese tono incisivo que podría atravesar hasta una armadura. No lo había perdonado por haber desaparecido de su vida como lo hizo. Y tampoco la culpaba. Lo que había hecho había sido inadmisible, pero había tenido buenos motivos; unos motivos que en aquel momento no había podido contar y que tampoco quería explicar ahora. La miró a los ojos y por un instante se perdió en los recuerdos. Siempre había sido una mujer apasionada, incluso cuando se enfadaba. Y eso no había cambiado.

Antes de que él pudiera decir nada, Hector los interrumpió y le ofreció algo de beber. Jack pidió un vaso de agua. Tenía que estar centrado y despejado con Kristin ahí lanzándole puñales. Sabía que iba a tener que presentarle una disculpa. Debería haberlo hecho años atrás, pero después de la escandalosa muerte de sus padres, había sido más sencillo alejarse de

todo y dejar atrás su desastrosa vida, por mucho que eso implicara dejar atrás también a Kristin.

Lo que había hecho había estado mal y estaba claro que le había hecho mucho daño a Kristin. Él se habría sentido igual.

Al entrar en el salón, Jackson miró la mesa. Unas discretas tarjetas indicaban el sitio que ocuparía cada uno. Kristin y él estaban sentados juntos.

Aunque estar tan cerca de ella sería una tortura para sus sentidos, podría soportarlo. Y, viéndolo por el lado bueno, no la tendría enfrente, así que se ahorraría ver esos ojos grises cargados de furia durante la cena. Unos ojos grises que recordaba nublados por el deseo y la satisfacción cuando habían hecho el amor o brillando con viveza e inteligencia mientras habían hablado de sus estudios.

Los dos habían estudiado Económicas; Kristin había hecho optativas de Administración de Empresas y él, de Psicología. Había elegido esa rama en un intento por comprender la disfuncional relación de sus padres. Kristin le había contado muy poco de su familia, pero eso le había bastado para imaginar que estaban muy unidos. Tras decidir que ella jamás entendería las retorcidas dinámicas de su vida, había optado por ni siquiera molestarse en intentar explicárselas.

Jackson, aún pensativo, le retiró la silla. Tal vez Kristin ahora sí pudiera entenderlo mejor, después de lo que se había descubierto sobre su padre y la doble vida que llevaba.

—Puedo sentarme sola —dijo ella con aspereza al sentarse y acercar la silla a la mesa.

Nancy le lanzó a su hija otra de esas «miradas de madre», pero Kristin siguió mostrándose desafiante y, a propósito, se giró hacia su hermano Logan, sentado a su otro lado, e hizo como si Jackson no estuviera allí.

Durante el primer plato, Nancy se dirigió a él:

—Jackson, cuéntanos, ¿dónde trabajabas antes?

Él sonrió a Nancy e ignoró el modo en que Kristin se tensó a su lado.

—Después de licenciarme trabajé como abogado litigante en California. Hace unos meses empecé a ejercer como abogado generalista tras tomarme un año sabático, y cuando Hector me hizo la oferta, no pude rechazarla.

—¿Un año sabático? Qué lujo. Es mucho tiempo para estar fuera del circuito —señaló Kristin.

—Era necesario.

Podría haber entrado en detalles, pero estaba acostumbrado a mantener su vida personal en privado y solo la idea de hablar de los últimos y angustiosos meses de vida de su esposa y de lo que le había costado a él pasar el duelo de su pérdida era horrible. Hector lo sabía y eso era lo único que le importaba.

Annie, su difunta esposa, y Hector habían estudiado Derecho juntos y habían seguido siendo amigos durante muchos años. Sí, eso significaba que se había casado con una mujer lo bastante mayor para ser su madre, pero no tenía ganas de dar explicaciones en ese momento. Aparte del hecho de que su pérdida seguía doliéndole mucho, era asunto suyo y de nadie más. Y no afectaría a su capacidad para hacer lo mejor por esa familia en cuestiones legales.

Un incómodo silencio recorrió la mesa, pero Hector se apresuró a llenarlo.

—Jackson fue la primera persona en la que pensé cuando supe que estaba listo para jubilarme. Somos buenos amigos desde hace mucho tiempo y lo respeto y confío en él. Estaréis en excelentes manos.

—Puede que tenga unas manos excelentes, pero la confianza hay que ganársela —dijo Kristin.

—Yo siempre opto por aceptar a la gente hasta que me demuestren lo contrario —interpuso Logan—, y con mucho gusto acepto la recomendación de Hector. Jackson, gracias por admitirnos como clientes. Como verás, somos un grupo muy variopinto.

—Habla por ti —dijo Keaton riéndose—. Ahora en serio, Jackson. Si vamos a perder a Hector como abogado, al menos nos alegramos de que lo sustituya alguien a quien tiene en tan alta estima.

Jackson asintió y aliviado vio que, al llegar el segundo plato, la conversación se centró en temas más generales. Se relajó y se dispuso a escuchar. Las dinámicas familiares le interesaban. Aunque los gemelos eran idénticos, eran dos hombres muy distintos. Hector le había contado que a Logan lo habían secuestrado de bebé y que había descubierto su identidad hacía solo un año. Se preguntaba si eso aún lo haría sentirse como un intruso entre sus hermanos.

Sabía lo que era sentirte un intruso, un extraño, en tu propia familia. Como hijo único de unos padres que alternaban entre peleas brutales y momentos de estar apasionadamente absortos el uno en el otro, desde muy pequeño había entendido que él no era más que un accesorio en la vida de sus padres. Como consecuencia, se había vuelto un niño solitario y, conforme había ido creciendo, le había costado hacer amigos. Pero a pesar de haberse decidido a no tener ninguna relación romántica mientras estudiaba en la facultad, la inteligencia y la vivacidad de Kristin, por no hablar de su físico, lo habían atraído a todos los niveles, y no había podido resistirse a pedirle que saliera con él. En contra de las órdenes del padre de ella, que le había prohibido salir con chicos en la universidad, una cita había llevado a otras cuantas y, antes de poder darse cuenta, estaban viviendo juntos en secreto.

Aun sabiendo que pertenecían a mundos distintos, no había podido resistirse a Kristin Richmond. Al menos hasta el día en que su mundo había atravesado la burbuja de felicidad de los dos y él se había marchado sin mirar atrás.

—¿Jackson? —Tami, la pareja de Keaton, interrumpió sus pensamientos.

—Lo siento, estaba en otra parte.

—Por Dios, señor Jones. Si ni siquiera puede seguir una conversación en una cena, ¿cómo narices podemos confiar en que se ocupará bien de nuestros asuntos legales? —dijo Kristin mirándolo.

Aunque lo había dicho con una sonrisa, a Jackson no le había pasado desapercibido el énfasis en la palabra «confiar». Tenía mucho trabajo por delante.

—Kristin, estás siendo demasiado dura. Podéis resultar muy abrumadores para los recién llegados. Jackson, te preguntaba qué te gusta hacer en tu tiempo libre —dijo Tami con una afable sonrisa.

—Me gusta el senderismo.

—¿Así que no eres de jugar en equipo, no? —preguntó Kristin con malicia.

—Puedo hacerlo perfectamente, pero cuando tengo un rato para mí, suelo preferir disfrutar de mi propia compañía aunque sea un momento. ¿No le pasa a todo el mundo?

Todos en la mesa excepto Kristin asintieron.

—A principios de año hicimos un retiro corporativo en Sedona. Por allí hay unos senderos preciosos —comentó Keaton.

Por suerte, la conversación pasó a centrarse en las aventuras de los gemelos y sus parejas en Sedona y en los obstáculos personales que habían superado. Jackson aprovechó para relajarse y escuchar.

Para cuando se terminaron el postre, se sentía tan agotado como si hubiera corrido una maratón. Aunque la comida había estado deliciosa y muy bien presentada, no podría haber dicho qué había comido o a qué le había sabido. Sin embargo, sí que podría haber descrito al detalle cómo olía el perfume de Kristin Richmond.

Kristin apenas había comido nada durante la cena, pero se había rellenado la copa varias veces. Cuando se levantaron de la mesa, se tambaleó un poco y él la agarró de un codo. Como era de esperar, ella se soltó de un tirón.

—Estoy bien —murmuró—. No necesito que me manosees.

—Es bueno saberlo —respondió él con toda la neutralidad que pudo.

Estaba claro que tenían que hablar y aclarar las cosas. Debía disculparse. Con suerte, harían borrón y cuenta nueva y él podría seguir haciendo su trabajo sin problema.

Cuando Hector le había ofrecido la oportunidad de mudarse a Seattle, había dejado atrás su vida en California. El trabajo era lo único que le quedaba, y necesitaba protegerlo y que le fuera bien allí.

—Kristin, cariño, ¿estás bien? —le preguntó Nancy mientras volvían al salón donde había comenzado la velada.

—La verdad es que no estoy muy bien, mamá. Creo que necesito dormir. Pediré un coche para volver a casa.

—Yo te llevo —dijo de pronto Jackson.

¿Pero qué…? ¿De dónde había salido esa caballerosidad? Sí, sabía que debía disculparse ante Kristin, pero tal vez esa noche no fuera el mejor momento. Y ella parecía pensar lo mismo, a juzgar por su expresión de incredulidad. Aun así, ¡qué guapa estaba, joder!

—No hace fal… —empezó a decir Kristin, pero Nancy se le adelantó.

—¡Ay, Jackson, qué amable eres! Si la acompañaras a casa, aliviarías mucho la preocupación de esta madre.

—Mamá, ¿acabas de conocerlo y te quedas tan tranquila dejando que me acompañe a casa?

—No seas tonta. Es amigo y colega de Hector. Además, me parece que tienes que disculparte por tu comportamiento de esta noche. El trayecto a casa será la oportunidad perfecta. No sé qué te ha pasado esta noche, pero no es propio de ti y no me gusta.

—No pasa nada, señora Richmond… Nancy —se corrigió Jackson—. Entiendo que a Kristin le cueste confiar en mí. Vuestra familia ha pasado por mucho el último año y, si quiero hacer bien mi trabajo, tengo que esforzarme por entenderos.

—Eres demasiado amable —dijo Nancy sonriendo y dándole una palmadita en el brazo—. Le diré a Martha que os traiga los abrigos mientras voy a por el bolso de Kristin. Ahora mismo vuelvo.

En cuanto su madre se fue, Kristin se volvió hacia él con aversión.

—No sé qué crees que haces, Jackson Jones, pero esto no me hace gracia. Ninguna gracia.

—Entiendo que no confíes en mí. Te aseguro que no intentaré ponerte una mano ni cualquier otra parte del cuerpo encima durante el trayecto —ante la mención de sus cuerpos tocándose, sintió una punzada de deseo que logró aplacar tan rápido como había aparecido. Respiró hondo—. Pero tenemos que hablar. Aunque tal vez esta noche no sea el mejor momento.

—¿Y por qué no? ¿Crees que he bebido demasiado?

—Creo que estás cansada y que necesitas un poco de espacio. Vernos ha supuesto un impacto para los dos. Te llevaré a casa y a lo mejor mañana podríamos desayunar o almorzar juntos para aclarar las cosas y seguir adelante.

—Si intentas decir que sigo anclada en el pasado… —dijo ella colorada y con un peligroso brillo en los ojos.

—En absoluto. Está claro que has dejado el pasado atrás. Los dos lo hemos hecho. Pero también está claro que tenemos asuntos por resolver. Por favor, Kristin. Deja que te acompañe a casa y que hablemos mañana tranquilamente.

—De acuerdo —respondió ella apretando los labios justo cuando Martha se acercaba con los abrigos y Nancy con su bolso—. Pero no pienses que hablar cambiará lo que opino de ti.

—Entendido —dijo él antes de girarse y sonreír a las dos mujeres.

—Me he despedido de los demás de tu parte —dijo Nancy—. Jackson, estamos deseando seguir viéndote.

—Gracias por una noche encantadora.

—Buenas noches, mamá. Gracias por la cena —dijo Kristin inclinándose para abrazar a su madre y besarla en la mejilla.

—Descansa este fin de semana, ¿eh? Nada de trabajo, ¿lo prometes?

—No te prometo nada, pero me cuidaré. Ah, mamá. Me alegro mucho por Hector y por ti.

—Gracias. Significa mucho para mí. Bueno, será mejor que os vayáis. Se espera más lluvia esta noche, así que cuidado con la carretera.

Jackson observó la interacción entre madre e hija y, al sentir lo unidas que estaban, una parte de él anheló algo que nunca había tenido. Sí, había decepcionado a Kristin muchos años atrás, pero ella había tenido el apoyo de su familia y seguía teniéndolo. Él, en cambio, tenía poco más que su casa y su trabajo.

Y así quería que fuese.

¿O no?

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Tres

Kristin se sentó en el asiento de cuero y miró al frente. La lluvia caía sobre el parabrisas mientras cruzaban las calles en dirección a su piso, en Mt. Baker. Jackson era un buen conductor y ella se relajó hasta el punto de casi quedarse dormida, pero entonces él habló sobresaltándola.

—Gracias por dejarme llevarte a casa.

—De nada. Me has ahorrado tener que pagar un taxi.

—Estirar los dólares siempre se te dio mejor que a la mayoría de los estudiantes —comentó él con una risita.

—Me sorprende que recuerdes ese detalle.

—Recuerdo muchas cosas. Por eso quería pasar algo de tiempo contigo a solas. Para disculparme.

Ella bostezó y se acomodó más en el asiento.

—Ahora no, Jackson. No estoy de humor.

—Vale. ¿Qué tal si desayunamos mañana?

—Mi intención es dormir… hasta tarde.

—¿Almorzamos?

—A lo mejor voy a jugar al golf —dijo ella, que empezaba a disfrutar de la situación más de lo esperado.

Por supuesto, en su vida había tocado un palo de golf y no tenía ni idea de si los campos abrían en esa época del año.

—Pues entonces nos tomamos algo entre el desayuno y el almuerzo. Te recojo a las diez.

—Seguro que estaré durmiendo.

—Bueno, pues te despertaré. Puedo ser muy persuasivo.

Kristin, no pudo evitarlo y el cuerpo se le tensó al recordar lo persuasivo que podía ser Jackson a primera hora de la mañana y cuántas veces había llegado tarde a una clase precisamente por eso. Menos mal que ya estaban llegando a su desvío.

—Mira, el pasado no tiene nada que ver con lo de ahora. Los dos hemos seguido adelante. No sé qué razones tuviste para abandonarme y ya me da igual, porque me enseñaste tu verdadera cara cuando te marchaste sin pensar ni en mis sentimientos ni en la relación que habíamos tenido. Basándome en eso, solo puedo suponer que no eres de fiar y que, por lo tanto, no eres apropiado para representar a mi familia en nuestros asuntos legales. No creo que una disculpa cambie lo que pienso.

—Tienes razón, pero dame una oportunidad de demostrarte que soy la persona idónea para llevar los asuntos legales de tu familia. Comportémonos como adultos.

—¿Adultos? ¿Crees que si no acepto sin más que vuelvas a mi vida estoy siendo infantil? Ni se te ocurra pensar que me conoces. Ya me demostraste que no tenías ni idea de quién era ni lo que me produciría tu abandono. Puedes parar aquí. Este es mi bloque.

En cuanto el coche se detuvo, ella abrió la puerta y bajó. Sus tacones resonaban mientras se dirigía a la puerta. Oyó la puerta del coche cerrarse tras ella y unas pisadas.

—Puedo entrar sola, gracias.

—Le he prometido a Nancy que te acompañaría a casa. Llámame anticuado, pero eso significa acompañar a una señorita hasta la misma puerta.

—Podría llamarte muchas cosas, pero «anticuado» no sería una de ellas, desde luego. Y no hace falta que te molestes. Mi edificio tiene seguridad.

Él la agarró del codo y la detuvo.

—Kristin, por favor. Deja que cumpla la promesa que le he hecho a tu madre.

—¿Igual que cumpliste las que me hiciste a mí hace once años? Lo dudo.

Kristin se soltó y escaneó la tarjeta de acceso al edificio.

—Por favor, vete o llamaré a seguridad.

Corriendo cruzó el vestíbulo hacia los ascensores, donde volvió a pasar la tarjeta. Al entrar se giró. Jackson seguía al otro lado de las puertas principales, observando todos sus movimientos. Cuando las puertas empezaron a cerrarse, él se despidió con la mano. Ella se giró, pero la imagen de él se le quedó grabada en la memoria y se sumó a muchas otras: Jackson saliendo de la ducha con el agua cayéndole por su cuerpo esbelto y fuerte. Jackson haciéndole el amor, despacio, con calma, un domingo por la mañana. Jackson riéndose por algo que ella había dicho o hecho. Muchos recuerdos.

Pero él los había dejado todos atrás, se dijo con dureza.

El ascensor paró en su planta y Kristin fue hacia su piso conteniendo las lágrimas. No las dejaría caer. Hacía años se había prometido que nunca malgastaría otra gota de emoción en Jackson Jones. Y no lo haría. Ni siquiera por rabia. Ya no.

El impacto de verlo esa noche le había demostrado que sus sentimientos por él seguían ahí. Reaccionar como había reaccionado había sido una actitud infantil. Lo sabía y lo admitía. Pero ahora lo dejaría todo atrás.

Respiró hondo.

De ahora en adelante adoptaría una actitud zen en lo que concernía a Jackson Jones. Eso no significaba que fuera a confiar en él, pero tampoco le daría la satisfacción de permitirle acercarse demasiado. Esa noche había dicho lo que tenía que decir y él ya sabía lo que había.

Estaba dudosa.

Por una parte quería contarle a su familia que once años atrás Jackson la había dejado plantada, pero entonces tendría que admitir que no había cumplido el trato que había hecho con su padre sobre no tener ninguna relación con nadie mientras estuviera estudiando. Además, tenía que pensar en la relación entre Hector y Jack. Respetaba muchísimo al prometido de su madre y sabía que él no haría nada que pudiera poner en peligro a la familia.

Mordiéndose el labio inferior, tomó una decisión. Le daría a Jack un periodo de prueba de un mes tal vez, aunque él tendría que esforzarse mucho si quería demostrar sus aptitudes como abogado de la familia.

Se preparó para meterse en la cama y se quedó mirando por la ventana hacia el lago Washington.

Mañana sería un nuevo día y lo afrontaría como había afrontado todo lo demás en su vida.

De lleno y con fuerza.

Lo de «de lleno y con fuerza» era sin contar con la resaca con la que se había despertado a las cinco de la madrugada. Incapaz de poder seguir durmiendo, se había bebido varios vasos grandes de agua y había decidido vestirse e ir a la oficina. Como no tenía su coche, pidió uno, que quedó en recogerla a las seis y media. Con suerte podría terminar el trabajo que no había podido acabar la noche anterior gracias a la cena que había organizado su madre.

Habría sido una celebración familiar maravillosa de no ser por la llegada de Jackson Jones. No, se corrigió mientras se miraba al espejo. Ella había sido el problema. Su actitud había disgustado a su madre y le debía una disculpa. Se anotó mentalmente que debía enviarles a Hector y a ella una cesta regalo para celebrar la buena noticia. Además, se puso una alarma en el teléfono para asegurarse de llamarla y disculparse… y tal vez también comentarle que Jack y ella no habían quedado exactamente como amigos años atrás. Aunque, conociendo a su madre, eso podría abrir una caja que ella había dejado bien enterrada en el pasado.

Tal vez fuera mejor no abrir la boca.

El teléfono sonó avisándola de que quedaban cinco minutos para que llegase el coche. Le ardía el estómago. Agarró una manzana antes de salir de casa. No era el desayuno más saciante, pero bastaría.

Estaba comprobando unos informes que le había preparado su secretaria cuando el teléfono del escritorio sonó. Furiosa, levantó la cabeza. La jaqueca se intensificó al mirar la pantalla. Era un número privado. Dejó que saltara el buzón de voz y siguió trabajando, pero la pantalla volvió a iluminarse. Lo ignoró, pero volvió a sonar. A esa línea solo la llamaban los empleados de la oficina, sus familiares más cercanos o los encargados de seguridad del edificio. Pulsó el botón del altavoz.

—Kristin Richmond —dijo con más brusquedad de la pretendida.

—Siento molestarla, señorita Richmond. Aquí abajo hay un hombre que insiste en que tiene una cita con usted.

—¿Una cita?

—Me ha pedido que le diga que ha traído algo para picar. Se llama Jackson Jones.

El estómago le rugió asegurándole que la manzana que se había comido a medias unas horas antes no era suficiente para una mujer con resaca.

Suspiró. Tuvo el impulso de decirle al empleado de seguridad que enviara la comida y dejara atrás al hombre en cuestión, pero se había prometido que se comportaría como una adulta.

—De acuerdo. Hágalo subir. Ah, y añádalo al listado de visitas aceptadas, por favor. Desde el lunes lo veremos mucho por aquí. Va a ocuparse del trabajo del señor Ramirez. De momento, al menos.

Kristin cruzó la oficina desierta en dirección a la zona de ascensores y esperó a que Jackson llegara. No tuvo que esperar mucho. Cuando el ascensor pitó, la invadieron los nervios. La noche anterior había sido de lo más grosera y con eso le había dado a él el poder de manejar la relación… si es que se le podía llamar «relación». Estaría tranquila y sentaría unas bases sobre las que actuarían de ahora en adelante. No tenía por qué gustarle que trabajase para su familia, pero al final la verdadera cara de Jackson saldría a la luz y entonces lo despedirían.

Jackson salió del ascensor con paso seguro, una bolsa de papel colgando de una mano y un portavasos de cartón con dos cafés en la otra. Vestía vaqueros, botas, suéter y cazadora de cuero. Tenía el pelo revuelto y algo húmedo por el tiempo que hacía fuera. ¡Joder, estaba increíble! Estaba más atractivo incluso que cuando tenía veintipocos años. Al verlo, el corazón le repiqueteó.

—Eres insistente —dijo sintiéndose incómoda de pronto.

—Seguro que no has desayunado.

—Pues que sepas que he comido una manzana. ¿Y a qué viene esto? Ya tengo una madre, no necesito otra —cerró los ojos y respiró hondo—. Perdona. Me he prometido que hoy me comportaría.

—¿Comportarte tú? —preguntó él con un brillo de diversión en la mirada—. ¿Seguro que eres Kristin Richmond?

Kristin no pudo evitarlo… y sonrió.

—Muy gracioso. Venga, dame mi café.

—El tuyo es el de la derecha. Latte de avellana. He supuesto que sigues tomándolo igual.

Kristin dio un sorbo. El sabor le estalló en la boca con una recarga de energía que agradeció.

—Está perfecto. Bueno, ¿qué has traído para comer?

—Bagels de beicon y huevo. He pensado que necesitarías carbohidratos después de anoche.

—Un caballero no tendría que mencionar nada sobre la noche anterior ni sobre cómo pueda sentirme esta mañana.

—Nadie me ha acusado nunca de ser un caballero.

Ella resopló.

—Anda, sígueme. Podemos desayunar en mi despacho.

Se dirigieron allí y ella le indicó que se sentara en la zona de sofás para invitados.

—Iré a por unas servilletas.

—No te molestes, tengo todo lo que necesitamos.

Algo nerviosa por no tener otra cosa que hacer que sentarse y mirarlo, Kristin se entretuvo dando otro trago de café. Jackson, en cambio, no parecía en absoluto incómodo mientras sacaba la comida y las servilletas y las ponía en la mesa.

—¿Dos bagels y una ración de tortitas de patata? —preguntó ella.

—Las tortitas son tuyas. Pensé que tendrías hambre. Anoche no comiste apenas. Y recuerdo cómo te pones cuando no comes bien.

¿Y qué más recordaba? ¿Recordaba cómo solían acurrucarse en la cama, saciados después de haber hecho el amor? ¿Recordaba sus largos paseos mientras hablaban de las clases y los estudios? ¿Recordaba haberle dicho que la amaba y que quería estar con ella para siempre?

Kristin no podía olvidar el vacío que había sentido al volver al pequeñísimo apartamento que habían compartido y ver que Jackson se había ido. Había buscado por todas partes esperando encontrar una nota que explicara dónde estaba y dijera que volvería. Había llamado y escrito mensajes, tanto a él como a los amigos que tenían en común, más veces de la que podía contar. Y no había recibido ninguna respuesta.

Solo vacío y dolor.

Pero no pensaría en el pasado.

Y aunque él aún tenía que demostrar que era merecedor de la confianza de su familia y ella no se lo pondría fácil, Kristin sabía que le debía una disculpa por lo de la noche anterior.

—Antes de que desayunemos, quiero pedirte disculpas por lo maleducada que fui anoche. No debería haber dejado que mis sentimientos arruinaran una ocasión tan feliz para Hector y mi madre ni tu presentación ante la familia.

Él se quedó mirándola sin decir nada y ella vio que le temblaba un poco el ojo derecho. Por muy sereno y tranquilo que pareciera, la situación lo estaba afectando a nivel emocional.

—Gracias —respondió Jackson al momento—. Yo también te debo una disculpa por cómo te dejé. Yo…

—Eso ya es agua pasada —dijo Kristin mientras abría su bagel. Pero antes de dar un mordisco, añadió—: Aunque aún no me convence que vayas a ser nuestro abogado. O sea, disculpas a un lado, no me fío de que no vayas a fallarnos.

—Entendido —respondió él asintiendo despacio.

Ahora sí, Kristin dio un mordisco y gimió de placer.

—¡Ay, qué bueno está!

Comieron en un agradable silencio y, sin ningún tipo de vergüenza, Kristin se terminó el café y se tomó la comida como una mujer hambrienta. Después se limpió los dedos con una servilleta y metió los residuos del desayuno en la bolsa donde lo había llevado Jackson. Luego la tiraría a la basura.

—Mira, gracias por el picoteo, pero ahora tengo que dejarte —dijo con aspereza. Ahora que sus niveles de glucosa se habían normalizado y había recuperado el equilibrio, se sentía más segura de sí misma—. Tengo mucho trabajo que hacer antes de la presentación del lunes ante el comité financiero.

—Esperaba que pudiéramos hablar. Hablar de verdad.

—¿Es necesario? Me he disculpado. Te has disculpado. Hemos compartido un desayuno. Vamos a dejarlo ya y seguir adelante, ¿vale?

—Lo que la señorita desee —dijo él con gesto irónico.

Lo que la señorita deseaba eran respuestas, pero ni de coña las pediría. Estaba segura de que solo escucharía excusas o mentiras, y no estaba de humor para eso. Ni lo estaba ahora ni lo estaría nunca.

—Mira, nadie de la familia sabe lo que significábamos el uno para el otro —«eso contando con que yo significara algo para ti, claro», pensó Kristin—. Y tampoco necesitan saberlo. Me gustaría que pudiéramos

seguir como si fuéramos viejos conocidos de la universidad que se reencuentran por primera vez en mucho tiempo.

—¿No les surgirán preguntas después de lo de anoche?

—¿Después de mi numerito quieres decir?

Él esbozó media sonrisa y asintió.

—De eso ya me encargo yo.

Y lo haría.

Le diría a su madre que Jackson y ella habían tenido ciertas diferencias de opiniones que no habían llegado a resolver nunca. De todos modos, tampoco se alejaba tanto de la verdad. Y también dejaría claro que no quería hablar del asunto y que habían acordado amistosamente dejar atrás el pasado.

—Siempre fuiste muy persuasiva —dijo él con otra de esas sonrisas.

Ojalá dejara de hacer eso, de hablar de su historia juntos y de esbozar esa sonrisa que siempre la había derretido y debilitado. Todo ello le recordaba los buenos momentos que habían pasado juntos. Momentos felices. Momentos previos a que su mundo se desbaratara y todos se volvieran locos. Pero bueno, la experiencia le había enseñado que la vida era así. Tenías que lidiar con ella, esquivar todos los golpes que pudieras y encajarlos cuando no pudieras sortearlos.

Se levantó y lo miró esperando que él hiciera lo mismo.

—Te acompaño al vestíbulo.

Jackson se levantó.

—No te preocupes, puedo bajar solo. Te agradezco que hayas sacado algo de tiempo para mí. Casi me esperaba que aceptaras la comida pero te negaras a verme.

—Ha sido mi primera reacción —admitió Kristin con una triste carcajada—, pero ahora tenemos una tregua, ¿no?

—Tenemos una tregua.

Él alargó la mano y la miró como desafiándola a estrechársela. Kristin alzó la barbilla y le agarró la mano conteniendo las sensaciones que amenazaban con robarle la respiración. La piel de Jackson era cálida y suave, y su apretón, firme pero delicado. No le hizo falta mucha imaginación para recordar lo que había sentido cuando esa mano le había acariciado el cuerpo, los pechos, los muslos. Esa conexión íntima seguía

ahí y seguía resultando abrumadora. Tuvo que controlarse mucho para no apartar la mano, y, aun así, cuando él la soltó, se sintió vacía.

—Bueno, pues ahora que está todo arreglado, tengo que volver al trabajo —dijo con brusquedad—. Que pases buen fin de semana.

—Igualmente. Me ha gustado hablar contigo.

Lo miró mientras se alejaba.

Incluso con ropa informal, su presencia resultaba imponente. Jackson siempre había tenido la habilidad de atraer las miradas y la atención de todo el mundo.

Kristin se giró hacia la mesa sacudiendo la cabeza como para liberarse de esa imagen.

De pronto no le apetecía nada revisar informes y datos para la presentación del lunes, pero lo haría. Porque eso era lo que hacía. Se ocupaba de lo que tenía que ocuparse por mucho que prefiriera hacer otra cosa y por mucho que le doliera.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Cuatro

El lunes por la mañana Jackson estaba en su despacho mirando el correo que le había llevado su asistente.

Se había pasado ahí la mitad del fin de semana y ya tenía una idea de qué esperar de la familia Richmond y de otros clientes. Sin duda, los Richmond habían sufrido mucho entre la muerte de Douglas, el descubrimiento de su doble vida y una nueva rama de la familia, y luego el asunto del espionaje corporativo.

Se quitaba el sombrero por el modo en que los hermanos de uno y otro lado lo habían afrontado todo y habían fortalecido sus negocios al trabajar juntos en proyectos concretos. El informe mencionaba a los hermanastros de Virginia: Fletcher, Mathias y Lisa. La verdad, no entendía cómo Douglas Richmond había podido tener una familia en cada costa y vivir felizmente con cada una de ellas sin que nadie se hubiera enterado hasta su muerte. Y aun así, por lo que le había contado Hector, los hijos habían tomado las riendas de la situación y estaban esforzándose por mantenerse unidos como familia.

Jackson se recostó en la silla y apoyó los codos en los reposabrazos. ¿Cómo habría sido su vida si hubiera tenido hermanos? Resopló y apoyó las manos en la mesa. De nada servía especular. Su vida era lo que era. En lo que tenía que fijarse era en las decisiones que había tomado y en las personas a las que había hecho daño.

Bueno, al menos había algo que sí había hecho bien.

Miró a un extremo de la mesa, hacia la foto de su difunta esposa. Agarró el marco y deslizó un dedo sobre la mejilla de Annie. Después de Kristin no había querido volver a amar a nadie porque las pérdidas dolían demasiado. Pero, sin darse cuenta, Annie se había convertido en todo para él. Mentora, amante, amiga, esposa. Y aunque la suya no había sido una relación tradicional, la había amado con toda su alma. Ella fue la única persona con la que había hablado sobre sus padres, sobre la relación tan

retorcida que habían tenido… y sobre su muerte. Annie lo había consolado y lo había animado a buscar ayuda para comprender cómo le habían afectado las decisiones de sus padres. Su apoyo había sido inmensurable, y había días en los que el dolor de echarla de menos era tal que le impedía respirar.

Había pasado casi un año desde el impactante diagnóstico de su cáncer de riñón en fase cuatro. De inmediato, él había dejado el trabajo para cuidarla y acompañarla en el dolor y las nauseas. Ver cómo mantenía su espíritu resiliente durante todo el proceso le había hecho amarla todavía más. Y cuando Annie murió al cabo de solo tres meses, fue como si a él se le hubiese apagado una luz en su vida. Había necesitado tiempo para asimilar su pérdida y su vida sin ella. La propuesta de Hector, hacía ahora dos meses, había sido el impulso que había necesitado para aferrarse a la vida con las dos manos y lo había ayudado a honrar la última promesa que le había hecho a Annie. Pero ¿habría aceptado con tanto entusiasmo de haber sabido que supondría reencontrarse con Kristin Richmond?

Haberla abandonado de aquella forma era de lo que más se arrepentía en la vida, pero en aquel momento no había visto otra salida. Su vida había implosionado de pronto y el escándalo desatado por la repentina muerte de sus padres habría sido una prueba muy injusta para su relación. Por eso había decidido marcharse sin mirar atrás. Era más sencillo marcharse sin más y no tener que dar explicaciones. Más sencillo físicamente, aunque no tanto emocionalmente.

Ahora, tras la dañina decisión que había tomado con veintiún años, tenía que demostrarle a Kristin que podía confiar en él. Sabía que ganarse su confianza sería un trabajo complicado, pero lo intentaría.

Se oyó un ruido en la puerta cuando su asistente entró con un sobre.

—Acaba de llegar —dijo la mujer, que se fijó en la foto que Jackson aún tenía en la mano—. Una foto muy bonita. ¿Es su madre?

—No, era mi mujer.

No la culpaba por la confusión, pero le habría gustado que, por una vez, la gente no juzgara su relación basándose en la edad.

Su asistente abrió los ojos de par en par y se sonrojó.

—Lo siento mucho. No pretendía ofender.

—No me has ofendido. Por favor, no te preocupes.

La mujer asintió, salió del despacho y cerró la puerta.

Jackson miró el sobre, que decía: «Al abogado representante del patrimonio de Douglas Richmond».

Le dio la vuelta y vio que se había enviado desde una oficina de correos en Tacoma, pero no incluía indicación del remitente.

Lo abrió. Dentro había una única hoja. La puso en la mesa y empezó a leer.

Quisiera presentar una reclamación del patrimonio del difunto Douglas Richmond en base al hecho de que es mi padre. Douglas Richmond y mi madre tuvieron una aventura hace veinticinco años, cuando ella trabajaba para él, y yo soy el resultado. Douglas Richmond le pagó una considerable indemnización con la condición de que no le hablara a nadie de mi existencia.

Mi madre ha fallecido recientemente y he encontrado un recibo de ese pago junto con una carta que detalla las condiciones del acuerdo. Tengo el convencimiento de que tengo derecho a que se me reconozca como uno de los hijos del señor Richmond. Tengo derecho a una parte proporcional del dinero que se esté distribuyendo entre sus herederos.

Entiendo que mi existencia pueda suponer un impacto para la familia y me comprometo a mantener en privado los detalles de la situación y mi reclamación siempre que en enero, a un mes y un día de la fecha de esta carta, reciba una suma de dinero equivalente a la que me correspondería. Si recibo ese dinero, firmaré, al igual que lo hizo mi madre, un acuerdo de silencio y me llevaré a la tumba el secreto de la identidad de mi padre.

Por el contrario, si no le dan a mi reclamación la importancia que merece, no dudaré en acudir a la prensa. Seguro que es usted consciente de la intimidad y estabilidad que la familia Richmond necesita en este momento, ya que más escrutinio de los medios dañaría su reputación y su negocio. Por eso espero recibir noticias suyas durante la próxima semana a través de la dirección de correo electrónico que aparece abajo.

Jackson volvió a leer la carta y se planteó la veracidad de la misma. Si el autor de la carta fuera en efecto hijo de Douglas Richmond, podría haber cursado la reclamación directamente de forma legal. De cualquier modo, la amenaza de ir a los medios de comunicación estaba ahí. Él tenía el deber de cuidar de la familia y eso significaba que debía ponerlos al tanto lo antes posible.

Redactó un correo electrónico que envió a las dos ramas de la familia, además de a Hector y al abogado de la familia residente en

Virginia, invitándolos a una videoconferencia urgente para esa tarde. Durante la mañana fueron llegando las respuestas: desde Virginia una negativa de Eleanor Richmond, la mujer que había dicho ser, pero no era, la primera esposa legítima de Douglas, y una disculpa de su hija Lisa exponiendo que ya tenía una cita que no podía cambiar. Por parte de los hermanos varones, de Nancy, de Hector y del otro abogado recibió respuestas afirmativas, pero de Kristin aún no sabía nada. Aun así, aún quedaba tiempo para que respondiera.

Y mientras tanto, él seguiría trabajando. Por muy importantes que fueran los Richmond, no eran sus únicos clientes.

Cuando llegó el momento de la reunión, seguía sin recibir respuesta de Kristin. Todos menos ella se conectaron a la videoconferencia.

—Hola a todos. Me alegro de que muchos podáis estar presentes hoy, incluso Fletcher y Mathias a pesar de la diferencia horaria. He recibido una carta preocupante que tengo que compartir con vosotros. Después de la reunión, la escanearé y os la enviaré por correo electrónico, pero de momento quería leeros el contenido yo mismo.

Los demás permanecieron en silencio mientras leía. Cuando terminó, se produjo un silencio de asombro de unos tres segundos y entonces empezaron a verse las expresiones de conmoción y disgusto. Mathias fue el primero en hablar.

—¿Quién es esta persona? ¿Cómo podemos fiarnos de que dice la verdad? A mí todo esto me resulta un poco descabellado. Aunque es verdad que papá pudo haber tenido una aventura, no me cuadra que hiciera las cosas así. Fue un bígamo, pero siempre se ocupó de todos nosotros, como está claro que hizo también con la madre de esa persona, si es que es verdad. Me parece que alguien quiere conseguir dinero fácil.

Keaton y Fletcher mostraron su acuerdo. Nancy carraspeó y se acercó más a la pantalla.

—¿Crees que la amenaza de ir a los medios es creíble? No podemos permitirnos otro escándalo, no después de lo que nos ha costado recuperar la confianza de los clientes tras el descubrimiento de la doble vida de Douglas y el ataque espía al negocio. Logan asintió.

—Pienso exactamente lo mismo, mamá. ¿Qué propones que hagamos, Jackson? ¿Sabemos quién es esta persona?

—Aún no, pero está claro que, si espera que nos tomemos esto en serio, tendrá que proporcionarnos el acuerdo de silencio al que alude en la

carta, el certificado de nacimiento y una fotografía. Os propongo que solicitemos esa información antes de acceder a hacer nada más. También tendrá que facilitar muestras de ADN —resopló—. Esto tiene pinta de extorsión. Se asegurará de sacar dinero de un modo u otro. Puede que se eche atrás cuando le solicite las pruebas, pero algo me dice que no va a ser el caso y que tendremos que hablar con la policía.

—Nada de policía. No hasta que sepamos si de verdad es un miembro de esta familia. Hector y tú vais a tener que volcaros en esto.

—Por supuesto —interpuso Hector—. Yo era vuestro abogado en la época en la que esta persona dice que su madre y Douglas tuvieron la aventura, y nunca recibí instrucciones de Douglas al respecto.

—Yo tampoco —dijo el abogado de la familia de Virginia.

—Creo que me habría dado cuenta si Douglas hubiera tenido una aventura delante de mis narices, aquí en la oficina, pero me estuvo engañando años con Eleanor, así que ya no puedo fiarme ni de mi propio juicio.

—Es comprensible, Nancy —dijo Jackson con firmeza—. Llegaremos al fondo de esto. Fletcher, Mathias, ¿podéis informar a vuestra madre y a vuestra hermana de lo que está pasando?

Los dos asintieron.

Keaton volvió a hablar.

—Yo hablaré con Kristin. No sé por qué no se ha unido a la reunión. Creo que su presentación terminó hace una hora.

—A lo mejor no ha recibido el correo a tiempo —dijo Jackson—. Pero te agradecería que se lo contaras.

Todos desconectaron y Jackson se quedó mirando a la pantalla.

¿Kristin no habría leído el correo porque estaba demasiado ocupada o lo había visto y había decidido no responder porque, por mucho que se hubieran disculpado el uno con el otro, seguía guardándole rencor?

Jackson no quería decepcionar ni a Hector ni a la familia. Tenía que aclararle las cosas a Kristin como era debido porque, si la cosa seguía así, trabajar con ella resultaría de lo más complicado. Debía contarle todo para que los dos pudieran colaborar juntos de forma eficiente. Porque si Kristin no sabía por qué había tenido que abandonarla de aquella forma tan brusca once años atrás, ¿cómo iba a confiar en él ahora, cuando era vital que toda la familia estuviese unida?

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Cinco

Kristin levantó la mirada al oír la puerta del despacho y sonrió al ver a Keaton entrar y sentarse frente a ella.

—Hola, hermano. ¿Qué tal? —preguntó soltando el bolígrafo y apartando los papeles para centrar toda su atención en él.

—Bastante bien dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Que puede que tengamos otro hermano u otra hermana por ahí y quiere su parte del pastel.

—Es broma, ¿verdad?

Pero Keaton, muy serio, negó con la cabeza.

—¿Cuándo te has enterado? ¿Qué está pasando?

—Eso es lo que esperamos descubrir pronto.

—¿A quién te refieres con «esperamos»?

—A mamá, a Logan, a Fletcher, a Mathias y a mí. Imagino que Eleanor y Lisa ya se habrán enterado.

—Espera, ¿por qué no me incluyes en la lista?

Si se trataba de un asunto legal, tenían que haberse enterado por Jackson. Pero entonces, ¿por qué él no se lo había contado? ¿Era algún tipo de venganza por su actitud del viernes por la noche? Se había disculpado y creía que ya lo habían aclarado todo. La ira empezó a apoderarse de ella. ¿Cómo se atrevía a excluirla de los asuntos de su familia? ¡Cuanto antes lo despidieran, mejor!

—Antes de que te pongas hecha una furia con las personas equivocadas, dime si has mirado el correo esta mañana —dijo Keaton en un tono apaciguador que la puso de los nervios.

—Claro que he mirado el correo. Lo miro cada hora por si hay algo importante.

—¿Entonces has recibido el correo que Jackson nos ha enviado a todos esta mañana?

Sí. Lo había recibido, había visto que en el asunto decía que los convocaba para una videoconferencia y, como había decidido que estaba demasiado ocupada para asistir, lo había borrado sin leerlo.

—Sí.

—¿Lo has leído?

—Claro que sí —contestó desafiante. Había leído el encabezado.

—¿Entonces has decidido no rebajarte a participar en algo que nos incumbe a todos?

—Keaton, ya sabes lo ocupada que estoy desde que se marchó Isaac. ¿Quién tiene tiempo de leer el contenido de todos los mensajes entrantes?

—Creo que buscar sustituto para Isaac debería ser una prioridad.

—No es tan sencillo. Tengo que poder confiar en la persona que ocupe su lugar y eso requiere un tiempo que ahora mismo no tengo.

—Lo sé, lo sé, todos estamos escasos de tiempo y a todos nos cuesta confiar en alguien nuevo. Lo del asunto del espionaje nos dejó marcados. ¿Te ha dicho Tami que han presentado más cargos contra su padre?

Kristin negó con la cabeza.

Tami se había alejado de sus padres con dieciocho años, pero cuando había necesitado ayuda, su padre, Warren Everard, había intentado utilizarla para infiltrarla en el negocio de su mayor rival, Desarrollos Richmond. El hombre había colado espías por toda la plantilla. Espías como Isaac, al que habían descubierto tras una investigación interna.

—Pero, bueno, no he venido a hablar de eso —dijo Keaton, que dedicó los siguientes minutos a resumirle la reunión con Jackson.

—Entonces tampoco os he hecho falta. Parece que ya lo habéis pensado todo, al menos de momento.

—La verdad, me sorprende que no estuvieras ahí diciéndonos lo que hacer. ¿Qué pasa entre Jackson Jones y tú? Hay que estar ciego, sordo y tonto para no darse cuenta de la tensión que había entre los dos el viernes en casa de mamá. ¿Tengo que partirle la cara por algo?

Kristin se rio y vio a su hermano relajarse.

—Puede que de momento no. Ahora en serio, nos conocimos en la universidad. Pensé que compartíamos los mismos sueños de un futuro juntos, pero me equivoqué.

—Te hizo mucho daño, ¿verdad? A lo mejor sí que debería partirle la cara.

Debería haberse imaginado que su hermano no dejaría pasar el asunto si sabía que Jackson le había hecho daño.

—Dada su profesión, seguro que te demandaría.

—Sí, y, además, viendo cómo ha respondido a lo de la carta, parece competente. Creo que de momento tendré que esperar.

Kristin le sonrió.

—¿Qué tal lleva Tami el asunto de su padre?

—Todo lo bien que se puede esperar. Aunque llevan meses sin hablar, sigue preocupada por él. La verdad, después de cómo la trató tanto en el pasado como últimamente, ese hombre tiene suerte de que siga considerándolo su padre. Pero bueno, al menos entre el trabajo que está haciendo con mamá y la Fundación Richmond está lo bastante ocupada para pensar demasiado en él. Y además tenemos una boda que organizar.

—¿Te refieres a la de mamá y Hector?

—No, me refiero a la mía con Tami —contestó él con una amplia sonrisa.

—¡Pero bueno! Qué noticia tan fantástica. Pensé que ibais a ir con calma.

—Ya, pero ¿qué quieres que te diga? Amo a esa mujer con todo mi corazón y quiero gritarlo ante todo el mundo.

Kristin miró a su hermano con un poquito de envidia. Parecía muy feliz, y se lo merecía después de todo lo que había pasado. Todos merecían ser felices. Logan y Honor iban a ser padres. Hector y su madre iban a casarse, y ahora también Keaton y Tami. Parecía que todos menos ella estaban siguiendo adelante con sus vidas.

—Pues enhorabuena. ¿Cuándo haréis el anuncio?

—Estábamos pensando en decírselo a la familia en Nochebuena y esperar hasta mediados de enero para hacer el anuncio formal. No queremos robarles protagonismo a mamá y a Hector. Pero quería que tú lo supieras. Últimamente te he visto muy estresada y triste.

—Sí, es verdad. Gracias por compartir la noticia conmigo. ¿Tami sabe que ibas a contármelo?

—Sí, también está preocupada por ti.

—Sois un encanto, pero no tenéis nada de lo que preocuparos. Excepto de lo de ese posible hermano nuevo. ¿Crees que puede ser verdad?

—¡A saber! Con papá cualquier cosa puede ser verdad.

Kristin resopló.

—Ya…

Se quedaron en silencio un instante y entonces Keaton se levantó.

—No sé tú, pero algunos tenemos que trabajar. Me ha gustado charlar contigo.

—Te recuerdo que era yo la que estaba trabajando cuando has entrado y me has distraído —contestó ella sonriendo.

—Pues venga, sigue.

Y con eso, él le sonrió y se marchó.

Kristin se quedó mirando a la puerta. Keaton siempre se había empeñado en ser el mejor en todo. Siempre había intentado ganarse el favor de su padre y demostrarle que, aunque a su hermano gemelo lo hubieran secuestrado cuando tenían un día de vida, él, el hijo que quedaba, era más que suficiente para la familia Richmond. El regreso de Logan había sido un impacto para todos, pero sobre todo para Keaton. Aun así, todos habían encontrado su nueva normalidad, y parecía que la de ella era la de la soledad.

Eso le hizo pensar directamente en Jackson Jones.

Suponía que debía llamarlo para que la pusiera al tanto de esa nueva amenaza para la seguridad de la familia. Y justo cuando iba a hacerlo, el teléfono sonó.

—Kristin Richmond.

—Kristin, soy Jack.

Se le erizó el pelo de la nuca al oír su voz.

—Estaba a punto de llamarte. Keaton acaba de contármelo.

—Bien. Es una pena que no hayas podido asistir.

—Mira, lo siento, pero es que estoy corta de personal y hasta arriba con presupuestos e informes de final de año… —¿pero por qué se excusaba? Era él el que trabajaba para ella, no al revés—. ¿Podrías darme tu versión de lo sucedido por si a Keaton se le ha pasado algo importante?

—Claro.

Jackson se lo contó todo y continuó diciendo:

—Así que en ese punto estamos. Mi asistente te ha enviado la carta escaneada junto con una transcripción de la videoconferencia.

Ella asintió. Desde luego, Jackson era muy eficiente.

—¿Crees que es verdad?

—Si lo fuera, lo normal habría sido que me contactase su asesor legal. Por otro lado, puede que la persona en cuestión simplemente no sepa cómo actuar y que todo esto sea tan sorprendente para ella como para nosotros.

—Pero está amenazando con ir a la prensa si no le seguimos el juego. Y mantiene su identidad oculta y no aporta documentos.

—Sí, así es. Y la extorsión es un crimen, como le he señalado en mi respuesta.

—Aunque también puede que lo que dice sea verdad.

—Por eso he sugerido que vayamos con cuidado y nos aseguremos de tener toda la información necesaria antes de dar más pasos.

—Entonces ahora toca esperar, ¿no?

—No creo que tarde en responderme. Imagino que querrá que todo vaya rápido.

—De acuerdo. Gracias. ¿Es todo lo que querías hablar conmigo?

—Bueno… hay algo más. Ahora tengo que atender a otro cliente e imagino que tú también vas mal de tiempo. ¿Estás libre para cenar esta noche?

—¿Esta noche?

Kristin intentó buscar una excusa, pero no tenía motivos válidos para negarse. Además, si bien sus días estaban repletos de compromisos, sus noches eran largas y vacías a menos que se quedara hasta tarde en la oficina.

—¿O mejor mañana? —preguntó Jackson.

—No, no. Esta noche está bien. ¿Dónde y cuándo?

Él propuso un restaurante que no estaba lejos del piso de ella y sugirió quedar a las siete.

—Claro, allí estaré.

—Gracias.

Antes de que Kristin pudiera responder «de nada», Jackson ya había colgado.

Resopló. ¿De qué tendrían que hablar? Parpadeó y volvió a centrarse en los documentos que había apartado al entrar Keaton. Pronto descubriría de qué quería hablar Jackson, pero mientras tanto tenía que hacer el trabajo de dos personas en la mitad de tiempo.

Le costó concentrarse. Miraba el reloj constantemente; quería asegurarse de dejarse suficiente tiempo de margen para ir a casa, cambiarse y llegar al restaurante a tiempo. Por lo que fuera, Jackson seguía desconcentrándola, como cuando habían estado en la universidad.

Recogió y se marchó antes de lo planeado.

Durante el trayecto de vuelta a casa no dejó de pensar en él, y tampoco pudo sacárselo de la cabeza mientras se daba una ducha rápida para liberarse del estrés del día. Cuando el agua empezó a caerle por el cuerpo, no pudo evitar recordar lo que había sido sentir las manos de Jackson sobre ella, acariciándola, provocándola.

Gimió de deseo mientras se enjabonaba, deteniéndose en las zonas más sensibles aunque sin llegar a permitirse el placer que sabía que podría darse si ejercía la presión adecuada. Era una locura hacer eso antes de ir a reunirse con Jackson.

Abrió el agua fría, dejó que la recorriera un instante y cerró el grifo. Se secó corriendo. No se había molestado en lavarse el pelo y lo tenía recogido en un moño alto. Unos mechones se le soltaron y le rozaron el cuello causándole un escalofrío. Estaba tan excitada que sentía que podría romperse ante la provocación adecuada.

A lo mejor no era buena idea cenar con Jackson esa noche, pero ya no podía echarse atrás.

Eligió un sencillo vestido negro a medio muslo que se ceñía a sus curvas y se limitó a un maquillaje mínimo, aunque eligió un pintalabios rojo que le aportaba carácter. Completaron el atuendo un collar de oro

grueso, que rompía la seriedad del vestido, unas medias negras transparentes y unas botas de tacón hasta la rodilla.

El coche que había pedido esperaba abajo.

Satisfecha por sentirse lista para la batalla… o la cena, fue hacia la puerta.

Una noche con Jackson no era lo peor del mundo, ¿no?

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Seis

Jackson sintió el momento preciso en el que Kristin llegó al restaurante de comida caribeña porque, por un instante, el aire pareció brillar. Ella siempre había provocado ese efecto; siempre había llamado la atención sin ni siquiera ser consciente.

—Gracias por venir —le dijo al retirarle la silla.

—¿Quieren algo de beber mientras miran la carta? —preguntó la empleada que había acompañada a Kristin a la mesa—. Su camarero vendrá enseguida para tomarles nota.

—Kristin, ¿quieres una copa?

—¿No te parece peligroso? —bromeó ella con gesto serio.

A Jackson siempre le había gustado su capacidad de reírse de sí misma y le agradó ver que no había perdido el sentido del humor.

—Seguro que podemos fiarnos de ti —respondió él sonriendo.

—Entonces me tomaré uno de estos —dijo Kristin señalando un chardonnay del Valle de Columbia.

—Compartiremos una botella —dijo Jackson al devolver la carta.

—Pues sí que te estás fiando, ¿no? ¿No te preocupa que monte otra escenita?

Él suspiró.

—Mira, entiendo que vernos el viernes fuera un impacto, pero ¿no acordamos dejarlo todo atrás?

—Tienes razón. Supongo que en el fondo mi comportamiento me avergüenza más de lo que estoy dispuesta a admitir.

—No te sientas avergonzada por nada. Solo somos dos viejos amigos, ¿recuerdas?

—Sí, es verdad.

Kristin miró la carta detenidamente. Estaba claro que quería evitar el contacto visual. Jackson se fijó en sus dedos, finos y largos. Qué femenina y qué sobria, con esas uñas cortas y pintadas con esmalte transparente.

—Tomaré el gumbo —dijo ella al momento, con decisión.

—¿No quieres pensártelo? ¿No vas a cambiar de opinión cien veces?

Kristin esbozó una sonrisa irónica. Cuando habían estado juntos, había sido una broma recurrente que él no pidiera nada hasta que ella no hubiera cambiado de opinión al menos tres veces.

—Estoy segurísima, gracias. A lo mejor tú no has cambiado en los últimos once años, pero yo sí.

—A mí también me parece bien el gumbo.

Un camarero llegó con el vino y se lo dio a probar a Jackson.

—Creo que debería probarlo la señorita Richmond ya que lo ha elegido ella —le dijo él al joven.

Jack la observó mientras hacía la cata.

—Sí, gracias, está perfecto —respondió Kristin sonriendo.

Cuando el camarero sirvió las copas y se marchó, ella dio otro trago y dejó la copa sobre el impoluto mantel blanco.

—Bueno, ¿de qué querías hablar?

—Tenemos que aclarar nuestro pasado.

—No hay nada que aclarar. El pasado es pasado.

—Tal vez para ti, pero yo siento que hay asuntos pendientes.

—¿Sí? ¿Y a qué vienen ahora?

Vale, estaba claro que Kristin no se lo iba a poner fácil. Y lo asumía. Al fin y al cabo, ella había sido la parte afectada.

—Te debo una explicación…

—No me debes nada.

—Anda, sígueme la corriente, ¿vale?

—Vale.

Jackson lo había ensayado decenas de veces, pero ahora que había llegado el momento de hablar, resultó más complicado de lo que había esperado.

Respiró hondo y empezó.

—¿Recuerdas que nunca hablaba de mi familia?

—Asumí que no era un asunto del que te gustara hablar y supuse que me lo contarías cuando estuvieras listo. Pero, claro, nunca estuviste listo, ¿no?

—No. Y tampoco estoy seguro de estarlo ahora. No es un tema con el que me sienta cómodo, pero es necesario hablarlo. Mi familia no era como la tuya.

—¿Quieres decir que no estaba cimentada en mentiras y engaños? —dijo ella con sarcasmo.

—Me refiero a que mi familia no era como tú creías que era la tuya por entonces. Mi niñez y mi adolescencia fueron muy distintas a la tuya. Y sí, teníamos mucho dinero, eso nunca fue problema.

—¿Entonces cuál fue el problema?

—Mi padre era el alcalde de nuestra ciudad y se crecía con la atención y la responsabilidad que conllevaban su puesto. Mi madre también. Parecía la Primera Dama. Pero, a pesar de su fachada pública, tenían un matrimonio disfuncional. Sentían pasión el uno por el otro hasta el punto de ignorar a todos los que los rodeábamos, y discutían con la misma pasión con la que se amaban. Con violencia también. Presumían de mí cuando tocaba y decían lo orgullosos que estaban por lo bien que me iba en los estudios, pero esa era la imagen familiar que ofrecían cuando tenían que hacerlo. De puertas para dentro la cosa cambiaba, sobre todo si yo no llevaba unas notas excelentes. Mi padre no tenía problemas en pagar sus frustraciones a golpes con mi madre o conmigo.

—Jackson, no tenía ni idea. Lo siento mucho.

—No hay nada que sentir. Era lo que había. Aún me cuesta saber que mi madre nunca ejerció el papel de madre protectora o que mi padre pensara que tenía derecho a ignorarme a su antojo. Según fui creciendo, la obsesión del uno por el otro se intensificó, al igual que sus peleas. Ir a la universidad me liberó de todo aquello. La mañana que nos graduamos recibí la llamada en la que me comunicaron que habían muerto en un accidente de coche. Tú ya habías ido a reunirte con tus padres. Yo no sabía qué hacer. Recogí mis cosas y me fui. Tenía que volver a casa. Tenía que verlos. Tenía que hablar con la policía. Decían que mi madre conducía y sospechaban que había dirigido el coche hacia el barranco deliberadamente. En la carretera no había marcas de frenado. Me había

dejado una nota en casa. Decía que ya no podía más, pero que como no soportaba un futuro sin mi padre, había decidido llevarse la vida de los dos. La investigación concluyó que fue un homicidio-suicidio y la prensa local se puso las botas con la noticia.

—Jackson, debiste de sentirte muy solo. Ojalá hubieras acudido a mí. Habría estado a tu lado.

—Lo sé, pero no quería que te salpicara el revuelo mediático que había generado la muerte de mis padres. Recuerdo que decías que tu familia era muy celosa de su intimidad. Todas las personas que conocía estaban cayendo en el lodo que mi madre había dejado atrás y no podía meterte a ti en eso. Me resultó más sencillo salir de tu vida.

—Siento muchísimo que pasaras por todo aquello y, sobre todo, que no acudieras a mí ni siquiera cuando se calmó todo.

—Pero es que hay cosas que nunca se calman del todo y siguen manchando tu vida —Jackson dio un sorbo de vino—. He hablado con terapeutas y he asimilado cómo me afectó la decisión que tomó mi madre aquel día, pero nunca he superado que abandoné nuestros sueños de un futuro juntos. Lo siento, Kristin. Al menos debería haber hablado contigo y haberte dicho que tenía que marcharme.

—Sí, deberías habérmelo dicho, pero seguro que estabas conmocionado. Me dolió mucho que te fueras. Me sentí como si me hubieran arrancado el corazón, como si todo lo que habíamos tenido hubiera sido una mentira. Pasé de amarte a odiarte y a amarte otra vez un montón de veces. Después de aquello tuve muchos problemas para volver a confiar en la gente… y los sigo teniendo. Tu decisión de abandonarme así, de esa forma, me cambió.

Él escuchó y recibió cada palabra como si fueran balazos. Sabía que le había hecho daño, pero no que su abandono hubiera convertido a la feliz, abierta y alegre chica de la que se había enamorado en una mujer más fría y desconfiada.

El peso de la culpabilidad lo aplastó.

—Decir «lo siento» me parece ridículo. No sé qué decirte. No puedo borrar el pasado, pero te prometo que no os decepcionaré ni a tu familia ni a ti. Entiendo que no confíes en mí, porque tienes buenos motivos para no hacerlo, pero me esforzaré al máximo por ser el mejor abogado que tu familia pueda tener.

El camarero llegó con los platos y ellos dejaron de hablar. Cuando el joven se marchó, Jackson le agarró la mano.

—¿Puedes creerme ahora? ¿Puedes confiar en que no fallaré a tu familia?

Ella se soltó la mano y lo miró.

—No lo sé. Necesito algo de tiempo para pensar en lo que me has contado. Y también necesito ver que lo que has dicho lo has dicho en serio. Al fin y al cabo, ya me hiciste promesas una vez, y aunque las circunstancias en las que te marchaste habrían sido una pesadilla para cualquiera, jamás intentaste ponerte en contacto conmigo después. Ni siquiera me enviaste un mensaje para que supiera que estabas vivo. ¿Te puedes imaginar la de cosas que se me pasaron por la cabeza cuando no logré localizarte?

—Haré lo imposible por demostrarte que puedes fiarte de mí. Y si tienes alguna duda sobre mis capacidades como abogado, puedes preguntar a Hector. Él te podrá asegurar que soy de lo más competente. Pero, claro, solo el tiempo dirá si puedes permitirte confiar en mí. No espero que me perdones nunca por lo que hice, y lo entiendo. Fueran cuales fueran mis circunstancias, éramos una pareja y merecías una explicación. Me equivoqué y siento muchísimo haberte hecho tanto daño.

Ella se quedó mirándolo un momento, atravesándolo con esos ojos grises mientras permanecía en silencio. ¿Lo creía? ¿Le daría una oportunidad de demostrar que podía confiar en él, si no como hombre, al menos como abogado?

—Vale. Acepto tus disculpas. ¿Podemos comer ya?

¿Así? ¿Sin más?

Jackson dudaba que Kristin se hubiera quedado conforme, pero, bueno, al menos no se había levantado y se había ido.

—Gracias, Kristin.

—¿Por qué?

—Por escuchar. Por aceptar lo que te he contado.

—Jackson, tu verdad es tu verdad. Todos tomamos decisiones. Si yo me he vuelto más desconfiada, ha sido por elección propia, y tampoco es algo tan malo.

Se quedaron mirándose más de lo debido y él sintió algo en su interior; una sensación familiar aunque nueva y excitante a la vez. Kristin

siempre había sido una chica preciosa, pero ahora era una mujer preciosísima que lo estaba fascinando tanto como la primera vez que la había visto. Él parpadeó y entonces la magia se desvaneció.

Ella levantó la cuchara y probó el gumbo. Él hizo lo mismo, casi aliviado por verse liberado del breve hechizo al que habían sucumbido.

Aun deleitado por el estallido de sabores, notó que faltaba algo. No en la comida, que era sublime, sino en él, en su interior. Saber que sus decisiones habían cambiado a la mujer que tenía delante le había hecho un agujero que sabía que solo se cerraría con el tiempo y con la determinación de hacer siempre lo correcto.

¿Podría ayudarla a redescubrir a la mujer que había sido antes de que él la cambiara?

Debía hacerlo.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Siete

—Bueno, ¿has vuelto a recibir correo del reclamante? —preguntó Kristin mientras tomaban café tras la cena.

Vio cómo Jackson se limpiaba la boca con la servilleta y se recostaba en la silla. Seguía teniendo esa elegancia innata en todo lo que hacía. La ponía de los nervios que con los años no hubiera perdido su finura, que siguiera tan atractivo. Pero no podía olvidar que el físico era algo superficial. A un hombre se lo valoraba por cómo trataba a los demás fueran cuales fueran las circunstancias.

—Solo el mensaje de confirmación de lectura de la respuesta que le envié. Espero que mañana o pasado conteste. Dudo que me proporcione los documentos originales que le he pedido, pero necesitamos ver las copias y la información del ADN. Mientras tanto, nuestra gente de Tecnología ha buscado la dirección IP del remitente. Por lo que sabemos, está alojada en algún lugar de Tacoma, que encaja con la dirección de la oficina de correos de la carta. La policía podría descubrir más, pero de momento seguiremos investigando solos por petición de Nancy.

—¿Sabes? Viendo de lo que era capaz mi padre, es muy posible que esa persona diga la verdad. Pero si es verdad, ¿qué supondrá eso para nuestra familia?

—Eres la primera que me lo pregunta de forma tan directa. A ver, si es verdad, podría suponer una reducción de vuestras acciones en Desarrollos Richmond y de las de tus otros hermanos en Construcciones Richmond. Por los informes de Hector sé que cada familia ha optado por no quedarse con las acciones de la otra, pero si esta persona es un beneficiario potencial, puede que quiera una porción de todas las tartas, por así decirlo. Por otro lado, el plan de sucesión empresarial de tu padre estaba claro y el hecho de que tuviera reconocido legalmente a Logan como hijo desaparecido evitó cualquier problema potencial en ese aspecto.

Aunque puedan aparecer más hijos desconocidos reclamando sus bienes, la dirección de las empresas permanece en las manos de los hijos designados.

—Vaya follón, ¿no?

—No te preocupes de momento. Preocupándote no consigues nada. Tenemos que actuar metódicamente y asegurarnos de si esto es cierto antes de que se convierta en un problema.

—Haces que todo suene muy lógico, pero a nosotros nos afecta emocionalmente.

—Lo entiendo, pero, en serio, tengo la sensación de que esta persona intenta aprovecharse de vuestra aversión por la exposición pública. Dudo que haya algo de verdad, y hasta me atrevería a decir que por eso ha reclamado dinero en lugar de acciones de las empresas.

Kristin contuvo una sonrisa. Jackson sonaba muy pomposo hablando de cuestiones legales; nada que ver con el hombre con el que le había gustado debatir sobre asuntos sociales cuando estaban en la universidad. En aquellas charlas a veces ella le había llevado la contraria solo para provocarlo y generar una discusión acalorada que acababa con los dos arrancándose la ropa y expresándose con sus cuerpos en lugar de con palabras. Solo recordarlo le produjo un incómodo calor que le recorrió todo el cuerpo.

—Bueno —dijo forzando una sonrisa—. Espero que tengas razón. Y ahora, gracias por invitarme, pero creo que deberíamos pagar a medias antes de que me vaya.

—No, esta corre de mi cuenta. ¿Tienes el coche aquí?

—No.

—Pues entonces, por favor, déjame llevarte a casa.

—¿Para que puedas decirle a mi madre que estoy sana y salva?

Él se rio y por un instante ella se quedó atrapada en su expresión y en cómo la risa le iluminaba los rasgos. Esa imagen le recordó mucho al hombre del que se había enamorado hacía tanto tiempo. De nuevo la embargó la reacción física de antes. Y de nuevo la contuvo. La atracción física estaba muy bien y todo eso, pero al final solo traía sufrimiento por muchas disculpas que te pidieran luego.

—Algo así —respondió él.

Jackson pagó, se levantó y la ayudó a levantarse. A ella no le hacían mucha gracia esos gestos de cortesía anticuados, pero, por alguna razón en la que no quería ahondar, le agradó viniendo de Jackson.

—¿Has traído abrigo? —le preguntó él.

Kristin señaló el abrigo de lana negro colgado junto a la puerta y Jackson la ayudó a ponérselo. Al colocarle la solapa, le rozó el cuello con los dedos por un segundo. Ella contuvo un suspiro antes de que él pudiera captar su reacción. Aun así, la sensación se le quedó marcada en la piel. Y la dejó deseando más. Qué tontería, se dijo. No debería estar sintiendo eso por un hombre al que no había visto en once años. Un hombre que le había pisoteado el corazón y sus planes de futuro. Un hombre al que ahora no podía sacarse de la cabeza.

—¿Has aparcado lejos?

—Al doblar la esquina.

Cuando llegaron al coche, él le abrió la puerta. Kristin se acomodó y se puso el cinturón, y cuando Jackson se sentó a su lado, no pudo evitar respirar su aroma. Llevaba una colonia fresca, pero bajo ella estaba su fragancia natural; un aroma que ella conocía muy bien.

Menos mal que su piso estaba cerca, porque estar ahí con él estaba resultando mucho más complicado de lo que había imaginado. En ese momento decidió que evitaría verlo a solas. En el futuro todo se hablaría por videoconferencia, teléfono o en grupo con su familia. Lo último que necesitaba era volver a enamorarse de él.

Al llegar a su edificio, se dio prisa en salir del coche. Le dio las gracias antes de cerrar la puerta y dirigirse a la entrada. Contuvo las ganas de girarse y decirle adiós con la mano porque ese sería el gesto de alguien a quien le importaba la otra persona, y no era el caso.

Saber por qué la había abandonado de aquel modo no lo absolvía del todo. Sí, claro, era lo suficiente compasiva como para comprender la reacción de Jackson ante la terrible noticia que había recibido, pero aún no sabía si volvería a confiar en él. En cuanto a su fiabilidad como abogado, seguía demostrando que era el mejor para desempeñar el puesto.

Kristin entró en el edificio, saludó al guardia de la entrada y fue hacia los ascensores. Una vez en su piso, se acercó a la ventana y miró a la calle. Ver que el coche de Jackson ya no estaba ahí le produjo una extraña sensación de pérdida.

—No seas idiota —se advirtió en voz alta—. Ya has pasado por eso y no vas volver a hacerlo.

Unos días después quedó con su madre para almorzar cerca del mercado de Pike Place.

Nancy le había pedido ayuda con la organización de la boda y Kristin, por mucho trabajo que tuviera, no pudo decirle que no. Cuando llegó, su madre ya estaba sentada en una mesa.

—He pedido por ti. Sé que vas justa de tiempo y que vas a tomar sopa de almejas y pan de masa madre —dijo Nancy riéndose.

Kristin se quedó mirándola, contenta de verla así de feliz y relajada.

—Estás genial, mamá. Y gracias por pedir. ¿Es triste que sea tan predecible?

—En absoluto. La previsibilidad evita riesgos. Aunque tampoco es que de niña fueras de lo más intrépida, desde que volviste de la universidad has sido todavía más prudente y cuidadosa.

Y ahí tenía otro recordatorio de cuánto la había cambiado Jackson Jones.

—Soy aburrida, ¿verdad? Venga, dilo —dijo Kristin riéndose.

—Yo diría «cauta». Pero no te da miedo decir lo que piensas, que es lo que siempre me ha encantado de ti. Entre otras cosas, claro —añadió Nancy dándole una palmadita en la mano—. Dime, cariño, ¿fue Jackson Jones quien te rompió el alma?

Kristin se quedó sin respiración. ¿Cómo narices lo había deducido su madre tan rápido? Se obligó a tomar aire, una y otra vez, y poco a poco volvió a percibir la música de los altavoces y los sonidos del restaurante.

—¿Por qué me preguntas eso, mamá?

—Vale, entendido. Tu respuesta lo dice todo. Siempre sospeché que había un hombre detrás del cambio que vi en ti cuando volviste de la universidad. Sé que tu padre te pagó todos los gastos con la condición de que no salieras con nadie mientras estudiabas y siempre me pregunté por qué. Supongo que ahora ya lo sabemos, ¿no? Seguro que Douglas no quería arriesgarse a que conocieras a alguno de tus hermanastros. Pero bueno, volviendo a Jackson… ¿lo despedimos?

—¿Lo harías? —preguntó Kristin atónita.

—Le hizo daño a mi niña. ¿Es la clase de hombre que queremos que nos cuide? Dímelo tú.

—Mamá, pasó hace mucho tiempo y éramos muy jóvenes y muy distintos de lo que somos ahora. Si se pasa de la raya, entonces sí, lo despediremos, pero Hector confía en él y tú confías en Hector, ¿no? Dejemos las cosas como están, ¿vale?

—Algún día me contarás lo que pasó.

—Es agua pasada.

—Si tú lo dices… Anda, mira, la comida.

Almorzaron y charlaron sobre la boda. Nancy y Hector querían celebrarla en Nochevieja.

—Me pareció que empezar el año nuevo como marido y mujer simbolizaría el comienzo de una vida juntos. Pero queremos que sea algo pequeño e íntimo. Invitaremos solo a la familia y a los amigos cercanos. Y será en casa. Me gustaría pedirte un favor.

—Lo que sea, mamá.

—¿Serías mi dama de honor?

—Encantada. ¿Significa eso que me vas a lanzar el ramo a mí? —preguntó sonriendo.

—Solo si quieres —respondió Nancy guiñándole un ojo—. Pero, claro, tendrás que ir con Jackson. Espero que no sea un problema.

—¿Jackson va a ser el acompañante del novio?

—No, si tú no quieres. Viendo lo que pasó en la cena la semana pasada, Hector y yo no queremos que nuestra boda te genere una situación incómoda.

—Mamá, en serio, no os preocupéis. Hector tiene que llevar como acompañante a quien quiera. Todos somos maduros y sensatos.

Cuando su madre enarcó una ceja, ella se sonrojó.

—Vale, el viernes no fui ni madura ni sensata, pero Jackson y yo hemos hablado y está todo bien —respondió con firmeza aunque cruzando los dedos de la mano que tenía sobre el regazo.

—Gracias, cariño. Lo eres todo para mí y odio verte triste. El último año ha sido duro para todos, pero creo que para ti en especial. Estoy deseando ver más a menudo esa sonrisa preciosa que tienes.

Kristin se dijo que intentaría hacer el esfuerzo por su madre y después decidió que tocaba cambiar de tema.

—¿Sabes lo que vas a llevar? ¿La boda será de día o de noche?

—De noche, para que luego podamos celebrarlo hasta la madrugada. En cuanto al vestido, he pensado que el que llevé a la última cena de la Fundación Richmond estaría bien. Solo me lo he puesto una vez.

—¡No, no! ¡No puedes ponerte algo que ya hayas usado!

—¿Por qué no? Es un vestido viejo, como yo —dijo Nancy riéndose.

—Porque es tu boda. Sé que papá y tú os casasteis en un registro civil, así que creo que esta vez te mereces tener todos los detalles. Además, me gustaría regalártelo. Por favor, no me lo discutas. Vamos de compras el fin de semana. Seguro que encontraremos algo perfecto para ti.

A su madre se le llenaron los ojos de lágrimas de alegría.

—Si significa tanto para ti, entonces sí, acepto.

Kristin sonrió, sintiendo que había hecho algo bien por primera vez en mucho tiempo.

La boda tenía que ser perfecta porque su madre se merecía lo mejor.

Nancy Richmond era estilo, clase, fuerza, honestidad y amor incondicional. Kristin debería tomar nota y aprender de ella. A lo mejor así podría recuperar el control de su vida.

De vuelta al despacho, tomó una decisión. Ya era hora de dejar de cargar con toda la responsabilidad de su departamento. En el equipo financiero había algunos empleados que podrían, y se merecían, ocupar el puesto vacante tras la salida de Isaac. Llamó a Recursos Humanos y les indicó los nombres de los tres empleados que pensaba que podrían ser aptos para el ascenso. Cuando colgó, le entraron ganas de felicitarse por un trabajo bien hecho. Parecía que por fin estaba haciendo cambios y delegando.

De nuevo pensando en la boda, se puso a buscar tiendas donde encontrar vestido para su madre y algo para ella como dama de honor. Hizo una lista que se pasó al móvil junto con las coordenadas GPS para poder aprovechar el día al máximo.

La boda sería una maravilla y su madre estaría preciosa.

Pero ¿cuánto tiempo tendría que estar ella con Jackson? ¿Tendrían que bailar juntos? ¿Qué sentiría al volver a verse en sus brazos? Intentó

anular ese pensamiento y, como no cesaba, recurrió a lo que siempre le había funcionado en el pasado. La ira. Así, volvió a enfurecer y a enfadarse con Jackson Jones una vez más. ¡A la mierda todos los hombres que la habían defraudado a lo largo de los años, Isaac y su padre incluidos! Con la diferencia de que, mientras que la traición de Isaac había sido un golpe duro, la decepción de su padre había sido de lo más cruel. Él había sido su roca, el ejemplo de lo que todo hombre debía ser, pero al final había resultado un embustero. Bueno, no del todo, porque aparentemente había querido mucho a sus dos esposas y a sus dos familias. Pero los había engañado a todos con esa doble vida que, directa o indirectamente, había vuelto a meter a Jackson en su mundo.

Se levantó y fue a la ventana. Había empezado a llover. El inhóspito tiempo era una representación perfecta de cómo se sentía. Había pensado que todo estaba recomponiéndose en su vida personal y en la laboral después del escándalo de la doble vida de su padre, del intento de espionaje por parte de Warren Everard y de la traición de Isaac. Pero todas sus esperanzas de futuro parecían estar alejándose, como arrastradas por la lluvia que caía por las calles.

Respiró hondo. Encontraría el modo de hacerle frente al pasado. Lo haría porque era una superviviente. Se adaptaba. Seguía adelante. Salía adelante.

Y eso era justo lo que haría.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Ocho

Jackson miró el correo desde casa antes de recorrer el breve trayecto al trabajo. Le parecía útil; durante el camino iba pensando en lo que fuera que hubiera surgido, y cuando se sentaba en el despacho, ya estaba preparado para ponerse a trabajar en ello.

Habían pasado diez días desde su cena con Kristin y durante ese tiempo no había habido más correspondencia sobre el asunto de la reclamación de la herencia Richmond. Hoy, en cambio, había recibido un email del reclamante. Tenía varios archivos adjuntos.

El reclamante volvía a solicitar el dinero con fecha límite del siete de enero y además ahora añadía la amenaza de filtrar noticias a la prensa sobre la aventura de Douglas con su madre si no recibía al menos la mitad del pago antes del treinta y uno de diciembre. Entre los datos incluía el número de una cuenta bancaria.

Sin duda, había que poner el asunto en manos de la policía, pero tenía que seguir las indicaciones de la familia.

Abrió los archivos y vio una foto escaneada de un hombre que, si no era Douglas Richmond, se le parecía mucho. Estaba al lado de una mujer rubia, sonriente y mucho más joven. La foto no era incriminatoria a menos que te fijaras en Douglas, que rodeaba a la mujer con el brazo y tenía la mano posada algo por encima de la cintura, casi debajo del pecho, como si se lo estuviera acariciando disimuladamente con el pulgar.

Si no estaba manipulada y efectivamente era una fotografía de un jefe con una empleada, surgían varias preguntas: ¿La mujer de la foto era consentidora de esa caricia o se trataba de un caso de acoso sexual? ¿Era ese el motivo del pago que supuestamente Douglas le había hecho a la madre del reclamante?

Jackson tomó unas cuantas notas en el teléfono sobre ponerse en contacto con Recursos Humanos y solicitar informes de empleados de la

época en la que la mujer habría trabajado para la empresa. Si podía identificarla, eso ayudaría también a localizar al reclamante.

Al llegar a la oficina tenía una larga lista de tareas referentes al asunto Richmond, por lo que ese día tendría que delegar en otros empleados el trabajo concerniente al resto de clientes. Era un alivio que lo hubieran acogido tan bien en el bufete, porque eso le aseguraba el apoyo que pudiera necesitar en ciertos momentos, y hoy, sin duda, lo necesitaba. Tenía que solucionar el asunto Richmond lo más rápido posible. Se lo debía a ellos, a Hector… y a Kristin, por mucho que hubieran aclarado las cosas.

Sabía muy bien cuánto costaba ganarse la confianza de otra persona y lo fácil que era perderla. Había tenido que esforzarse mucho por que Annie dejara de verlo como un simple becario en el bufete donde trabajaban. Ella le había enseñado y lo había ayudado a convertirse en un buen abogado, pero se había opuesto por completo a que la cortejara.

Le había costado un par de años, pero al final Jackson había conseguido demostrarle que sus sentimientos eran sinceros y que la diferencia de edad no significaba nada para él. Ahí fue cuando se había enterado de que, tras licenciarse, Annie había tenido una relación con un hombre mayor y que la habían despedido de su trabajo al quedarse embarazada. Después de aquello, para protegerse y proteger a su hijo, que tenía necesidades especiales, se había vuelto muy recelosa y cauta a la hora de permitirle a alguien entrar en su vida y en su corazón.

Convertirse en padrastro de una persona solo unos años más joven que él había supuesto todo un desafío para Jackson por mucho que Ben hubiera tenido la edad mental de un niño de seis. Pero los dos habían desarrollado una relación estrecha, hasta el punto de que esa misma semana habían quedado para tomar pizza y ver una maratón de pelis. Ben se había adaptado bien a la nueva residencia en la que había ingresado ahí en Seattle, pero siempre estaba deseando recibir las visitas de Jack.

Se sentó a la mesa y, mientras escribía un email para un analista de imágenes al que quería pedir que corroborara la autenticidad de la fotografía, recibió una llamada de Hector.

—Hector, ¿qué tal, amigo mío?

—Me temo que no muy bien —respondió el hombre con voz temblorosa y débil.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, no. Parece que Nancy y yo hemos pillado un virus estomacal. Hemos ido al médico y nos ha dicho que estemos aislados unos días.

—Vaya, lo siento. ¿Necesitáis algo en casa? ¿Martha está bien? —preguntó mientras se planteaba cómo ayudar a su amigo en el caso de que el ama de llaves también estuviera enferma.

—Está bien, sí. Nos prepara comida y desinfecta todo lo que tocamos. Está siendo una ayuda increíble. Ya estamos mejor, pero necesito que nos hagas un favor.

—Dime.

—El jueves teníamos que asistir a una gala para la Fundación Richmond, pero para entonces no podremos socializar y esperaba que pudieras ir en mi lugar. No tienes que dar discursos ni nada parecido. Basta con que sonrías, saludes a la gente y des las gracias por los donativos.

Jackson sabía qué esperar de un evento así. Había asistido a muchos con Annie, patrocinadora de una organización benéfica para niños como Ben, con daño cerebral de nacimiento.

—Hector, esa noche ya tengo un compromiso. Voy a ver qué puedo hacer y te llamo en cuanto pueda.

Colgaron y Jackson soltó un suspiro de frustración. Se había reservado esa noche para pasarla con Ben, pero no podía fallar a Hector. Además, su labor como abogado de la familia incluía asistir a eventos como ese en determinados momentos.

Ojalá Ben no se disgustara ni se molestara cuando le dijera que tendrían que quedar otro día.

Jackson hizo la llamada y volvió a llamar a Hector.

—Puedo ir.

—Genial, gracias. Nancy y yo te lo agradecemos mucho.

—¿Nancy le ha pedido a alguien que vaya en su lugar?

Se captó una ligera vacilación al otro lado de la línea antes de que Hector respondiera.

—Sí, se lo ha pedido a Kristin.

—¿Kristin sabe que voy a ir con ella?

De nuevo otra pausa antes de la respuesta de Hector.

—Aún no, pero no habrá problema. Nancy me ha dicho que habéis resuelto vuestras diferencias, ¿no?

—Sí —respondió Jackson, aunque estaba seguro de que Kristin no lo había perdonado ni lo haría nunca.

—Bueno, pues todo arreglado. Te enviaremos las invitaciones y un coche os recogerá, primero a ti y luego a Kristin.

Por un instante se preguntó si su viejo amigo, que de pronto ya no sonaba tan débil y enfermo, lo estaría manipulando. No, no podía ser. Hector era una de las personas más sinceras que había tenido el placer de conocer. Pero, por otro lado, era un romántico y si creía que con esa treta podía reunir a dos antiguos amantes, a lo mejor quería intentarlo. No. No podía ser. Seguro que estaba pensando de más, como de costumbre.

—Pues si está todo arreglado, vosotros a recuperaros pronto, ¿de acuerdo?

—Sí. Por cierto, ¿alguna novedad sobre el caso Richmond?

Jackson le puso al tanto y le habló de sus planes de contactar con el analista de imágenes.

—Buena idea. ¿Qué sensación te da todo esto?

—No me gusta. Y Douglas Richmond está empezando a desagradarme. Sé que erais amigos, pero si trataba a sus empleadas como el tío de la foto, entonces no podía ser tan bueno. Dicho eso, sigo pensando que se trata de alguien que quiere aprovecharse de la familia.

—Estoy de acuerdo, pero tenemos que ir con cuidado hasta que lo sepamos seguro. En cuanto a cómo era Douglas, creo que solo él sabía quién era el verdadero Douglas Richmond. Se le daba muy bien hacerte ver lo que quería que vieses.

—Tuvo que ser un hombre muy inteligente.

—Era uno de sus grandes encantos. A mí también me engañó, como al resto de la familia. Ya ni sé quién era mi mejor amigo. Por otro lado, se preocupaba tanto por todos sus hijos que creo que habría hecho lo mismo con cualquier otro que hubiera tenido. Yo también creo que aquí hay gato encerrado. Tú sigue trabajando tan bien como lo haces.

Colgaron y Jackson siguió trabajando. Escribió a la familia Richmond para contarles las novedades y enviarles la foto de Douglas con la mujer misteriosa. Kristin fue la primera en responder.

Me han dicho que vamos a ir juntos a la gala de mamá. Hay que ir de etiqueta. Espero que tengas ropa apropiada J

Jackson sonrió y respondió.

Ten la seguridad de que sí. Iré a recogerte a la hora apropiada y con el atuendo apropiado.

Kristin contestó al mensaje de inmediato.

Me alegra saberlo. Por cierto, ¿el supuesto hijo o supuesta hija de mi padre te ha enviado alguna foto suya o ha respondido a alguna de tus preguntas?

Él le respondió que no y añadió:

Es pronto aún, pero llegaremos al fondo del asunto.

Jackson esperó unos minutos a que Kristin respondiera, pero ella debía de haberse distraído con alguna otra cosa, así que él volvió a centrarse en el trabajo que tenía pendiente.

El jueves por la noche llegó demasiado rápido. Jackson había esperado tener ya alguna respuesta sobre la fotografía, pero al parecer el analista de imágenes tenía mucho trabajo acumulado y, por mucho que él le había insistido, el hombre no había podido darle prioridad a la foto.

Sabiendo que esa noche estaba estupendo con su esmoquin hecho a medida, salió de su casa flotante de Eastlake y se dirigió a la zona donde lo esperaba el coche.

La primera vez que había visitado Seattle para conocer a los padres de Annie, se había quedado fascinado con las casas construidas literalmente en el agua, en la orilla del lago Union. Por eso cuando había sabido que se mudaría allí, no se había molestado en buscar casa en ninguna otra parte. Sí, lo de aparcar el coche por allí era problemático, pero merecía la pena a cambio de vivir en la orilla del lago.

Una vez en la puerta de Kristin, pudo ver a través del cristal del vestíbulo el momento en el que ella salió del ascensor.

Caminaba como una de esas estrellas de cine glamurosas de antes. Llevaba un vestido dorado hasta el suelo que se movía con ella a cada paso como si tuviera vida propia. Tenía las mangas transparentes abullonadas y ceñidas a las muñecas con unos brazaletes de estrás. De las orejas le colgaba el mismo brillo acentuando la larga línea de su cuello, expuesto bajo el recogido alto. El vestido tenía escote en V e insinuaba de forma muy tentadora la delicada curva de sus pechos. Siempre había sido una

mujer bella, pero esa noche, con las mejillas resaltadas con un delicado contorneado y los ojos maquillados en gris ahumado, estaba absolutamente cautivadora.

De nuevo llevaba el pintalabios rojo de la otra noche y él no pudo evitar imaginar cómo sería quitárselo a besos. Se sintió culpable. No debería estar pensando en ella de ese modo. Era como si, al desearla, estuviera siéndole infiel a la memoria de Annie.

Recordándose que solo estaba allí en calidad de acompañante, salió del coche y le abrió la puerta. Kristin lo miró de arriba abajo y de abajo arriba.

—Estás bien —le dijo antes de entrar al coche.

—Tú tampoco estás nada mal —contestó él.

Una vez los dos estuvieron dentro, el conductor subió la pantalla de separación sumiéndolos en un cascarón de intimidad.

—La verdad es que estás preciosa.

—A lo mejor si todos piensan lo mismo que tú me perdonarán lo nerviosa que estoy por dar el discurso de mamá —dijo ella con voz temblorosa.

¿Estaba nerviosa? Jackson no podía creerse que una criatura con semejante presencia pudiera sentir nervios. Pero entonces recordó cuánto había odiado hablar delante de la clase y cómo en ocasiones incluso había vomitado antes de echarle valor y exponer otra presentación increíble.

—¿Ya has vomitado?

—Aún no, pero eso no significa que no vaya a hacerlo. No me puedo creer que aún recuerdes eso.

—Recuerdo mucho de ti.

Ella resopló con incredulidad y miró hacia la ventana.

—Siempre pensé que te habrías olvidado de mí en cuanto dejaste de verme.

—Ojalá hubiera sido así de fácil.

Kristin se quedó callada un momento antes de volver a mirarlo.

—¿Por qué elegiste Derecho?

—Me gustaba la idea de ayudar a la gente y resultó que se me daba bien.

—Qué modesto eres —dijo ella bromeando.

Él se encogió de hombros.

—En California tuve mucho éxito como abogado litigante.

—¿Y por qué mudarte a Seattle y cambiar de especialidad?

—Había llegado la hora de hacer un cambio.

Tras la muerte de Annie se había tomado un año libre para reponerse de la pérdida, y para mantenerse entretenido y no pensar demasiado, había trabajado de forma gratuita en centros de asistencia próximos a su casa, donde había descubierto el gusto por ejercer de abogado generalista. Por eso, cuando Hector lo había llamado para hablar del deseo de Annie de trasladar a Ben a Seattle, para que estuviera cerca de sus abuelos, y le había ofrecido hacerse cargo de su bufete, Jackson había visto en esa oportunidad el nuevo comienzo que tanto necesitaba.

—¿Por qué querías cambiar?

—Supongo que es lo que buscas cuando ya no te satisface lo que haces. Había dejado de disfrutar con mi trabajo en litigios. Mi objetivo siempre ha sido darles lo mejor de mí a mis clientes, pero si no siento pasión por lo que hago, ¿cómo voy a dar lo mejor de mí?

—Siempre tuvimos eso en común, ¿verdad?

—¿Lo de dar lo mejor de nosotros? Sí.

Kristin se quedó en silencio y volvió a mirar por la ventana mientras agarraba con fuerza el bolso de noche. Cuando llegaron al recinto, él le dio una palmadita en la mano.

—Lo harás genial. Lo sabes.

—Gracias por el voto de confianza.

Al bajar del coche encontraron mucha prensa, algo sin duda beneficioso para la fundación y el trabajo que desempeñaba. Kristin estaba temblando y él le agarró la mano.

—Sonreíd y saludad, chicos. Sonreíd y saludad —le susurró él al oído.

Kristin se rio.

—No me puedo creer que estés citando una peli de dibujos infantil.

—Oye, si nos ayuda, hagámoslo.

Ella se rio y con la mano que tenía libre hizo lo que Jackson había sugerido.

Cuando se encontraban a unos metros de la puerta principal, una periodista se acercó a las cuerdas de separación de terciopelo y preguntó a Kristin:

—Señorita Richmond, su familia ha tenido un año tumultuoso… por no decir otra cosa. ¿Tendríamos que prepararnos para más sorpresas en el futuro?

Jackson notó que Kristin respiraba hondo y se tensaba, y entonces supo que haría lo que fuera por protegerla.

—Ignórala —le susurró—. No muerdas el anzuelo —añadió antes de dirigirse a la periodista—: La señorita Richmond estará encantada de hablar con usted sobre el trabajo de la Fundación Richmond una vez dentro. Eso es todo.

—Pero no tengo acceso.

—Entonces tendrá que llamar a la oficina de la señorita Richmond para pedir una cita, ¿no cree?

—¿Y usted es?

—Nadie de quien tenga usted que preocuparse.

—Gracias —le dijo Kristin una vez dentro y mientras aceptaban una copa de champán—. ¿Crees que les han dado un chivatazo de lo que está pasando?

—Creo que no. Una filtración prematura de la información le quitaría al reclamante su poder de negociación.

—¿Estás seguro?

Jackson dio un sorbo de champán y lo saboreó antes de tragar y responder:

—No, pero tú sí puedes estar segura de que mañana lo investigaré. No dejes que esa mujer te impida disfrutar de la noche y de lo que está logrando la fundación. Hector me daría una buena paliza si yo permitiera que eso pasara.

Su respuesta tuvo el efecto deseado y borró la preocupación del rostro de Kristin, que esbozó una pequeña sonrisa.

—Pagaría por verlo —dijo ella.

—Mira, ahí están Keaton y Tami. ¿Vamos?

Kristin accedió y, mientras estaban con ellos, Jackson pensó en lo que acababa de hacer, en cómo había saltado a protegerla de la periodista. Siguió pensando en ello durante la cena y solo cuando Kristin terminó de dar el discurso, tuvo claro por qué lo había hecho.

Aún tenía sentimientos por Kristin Richmond; unos sentimientos que despertaban recuerdos muy gráficos de lo bien que habían estado juntos antes de que él se hubiera marchado a hacer una nueva vida. Unos sentimientos que debía ignorar por muy intensos que fueran. Su compromiso con la memoria de Annie y su promesa de cuidar de Ben eran su prioridad. En su vida no había espacio para Kristin. Por eso tenía que dejar de lado sus sentimientos.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Nueve

Kristin brindó con Tami una vez acabaron las formalidades de la noche y llegó el momento más social de la velada. Estaba aliviadísima por que el discurso hubiera ido bien y ahora se sentía mucho mejor. Tami trabajaba mano a mano con la Fundación Richmond y con otra organización benéfica llamada Nuestra Gente, Nuestros Hogares. La recaudación de fondos de esa noche iba destinada a las actividades de las dos organizaciones y a buscar patrocinio para construir casas accesibles para familias con bajos ingresos. La masiva asistencia reflejaba la influencia de su madre entre los poderosos de la ciudad.

—Tu madre habría estado orgullosa de ti esta noche —le dijo Tami con una enorme sonrisa antes de brindar—. Has hecho un trabajo genial.

—Gracias, tú también. Me ha ayudado mucho verte ahí arriba hablando con tanta tranquilidad. Me ha hecho ser más consciente de por qué hacemos todo esto.

—La verdad, si no te hubiera visto saltándote los aperitivos, ni me habría dado cuenta de que estabas nerviosa —dijo Tami riéndose.

—Ten por seguro que la cena no me la voy a saltar.

***

Estaba hambrienta ahora que se había quedado tranquila. Entre copas de vino y el murmullo de las voces, los camareros empezaron a sacar el plato principal alternando dos recetas distintas para los comensales sin requerimientos dietéticos concretos. Cuando le pusieron delante el plato, arrugó la nariz, decepcionada. Y no porque no le gustara el estofado de pollo, sino porque habría preferido que le hubiera tocado el cordero al vino tinto. Justo cuando iba a levantar el tenedor, Jackson le cambió el plato.

—No hace falta.

—Ya, pero sé que el cordero es una de tus comidas favoritas. Lo prefieres, ¿verdad?

—Sí. Gracias.

Le sorprendió que Jackson recordara el pequeño detalle de que prefería el cordero al pollo. ¿Qué más recordaría de su relación? No, mejor no pensar en eso, se dijo.

Tras la deliciosa cena se emitió una videopresentación del director ejecutivo de Nuestra gente, Nuestros Hogares y la llenó de orgullo ver que su empresa estaba haciendo tanto bien en la comunidad.

Entonces llegaron el postre y los cafés y, de nuevo, los platos fueron alternos. Miró su tarta de queso con chocolate blanco y mandarina, y luego miró la mousse de chocolate con licor de crema irlandesa de Jackson.

—Ni se te ocurra —le advirtió él.

Ella se rio.

—¿Te acuerdas de cuando compartíamos el postre?

—Ya no estamos en aquel momento —dijo él con firmeza antes de probar la mousse. Gimió de placer al saborearla.

—No seas malo —bromeó ella.

—Vale. Toma la mitad de mi postre, pero dame la mitad del tuyo.

—Hecho —dijo Kristin antes de intercambiarse las mitades.

Al otro lado de la mesa Keaton los observaba.

—Cualquiera que os vea pensaría que lleváis siglos juntos. Hermanita, vaya cambio, nada que ver con cómo trataste a Jackson hace poco.

—Gracias por mencionarlo, Keaton. Seguro que mamá te educó para que nunca le recuerdes a una señorita su mal comportamiento.

—Sí que lo hizo, pero tú no eres una señorita, eres mi hermana… ¡Ay! ¿A qué ha venido eso? —preguntó mirando a su prometida.

Kristin sonrió a Keaton con aire de suficiencia. Seguro que Tami le había dado una patada por debajo de la mesa.

—Las mujeres tenemos que mantenernos unidas —dijo Tami antes de besarlo en la mejilla y sonreír a Kristin con complicidad.

Entre unas cosas y otras, la noche estaba resultando una grata sorpresa y la estaba disfrutando. A lo mejor por fin las cosas estaban empezando a mejorar después de lo terrible que había sido el último año. Y

a lo mejor, solo a lo mejor, que Jackson trabajara para la familia iba a ser positivo después de todo.

Una vez les retiraron los platos, se apartaron varias mesas para preparar la pista de baile. Cuando la banda empezó a tocar, Kristin estaba cansada y dispuesta a irse a casa, pero, para su sorpresa, Jackson se le acercó alargando una mano.

—Hector me ha dicho esta tarde que Nancy y él tenían que abrir el baile, así que supongo que eso significa que nos toca bailar.

—¿En serio? Mi madre no me ha dicho nada de eso —dijo Kristin, aunque al mirar a su alrededor y ver que nadie había salido a la pista, añadió—: Bueno, supongo que será mejor que pongamos esto en marcha.

Cuando le agarró la mano a Jackson, por un momento se perdió en la sensación de su cálida piel y en la firmeza pero delicada fuerza de sus dedos. Él la rodeó con un brazo posando la otra mano en la parte baja de su espalda. Jackson siempre se había movido bien, pensó Kristin cuando dieron la primera vuelta por la pista bajo las miradas de disfrute de la gente. Se había movido bien ya fuera en los deportes, en el baile o en… ¡No! No iría por ahí. Bastante le estaba costando ya de por sí intentar controlarse teniéndolo tan cerca. No quería empeorarlo al recordar cómo se movía cuando hacían el amor. ¡Hala! Ya lo había recordado. Gruñó para sí.

—¿Algún problema? ¿Te he pisado? —preguntó él al verla preocupada.

—No, no. ¿Pero tenemos que estar bailando mucho rato?

—En la próxima nos sentamos, ¿vale?

—Sí. ¿Y luego nos vamos? No sé tú, pero he tenido un día superajetreado y mañana…

—No hay problema. La verdad, yo también prefiero irme ya.

¿Ah, sí? Pues no lo parecía, aunque, claro, Jackson era muy bueno ocultando lo que pensaba o sentía.

Lo miró a los ojos. Años atrás ella siempre había sabido lo que él pensaba, pero ya no. Los dos habían cambiado mucho. Y, de todos modos, tampoco debería importarle lo que pensara Jackson más allá de lo que respectaba al cumplimiento de su trabajo.

Cuando la banda pasó a una pieza con un ritmo rápido, más gente salió a la pista.

—Creo que es nuestra señal para marcharnos —le susurró él al oído.

Kristin intentó ignorar el cosquilleo que la recorrió al sentir su aliento contra su piel.

—Sí, nos despedimos de Tami y de Keaton y nos vamos.

En la mesa, Tami y Keaton parecían estar preparándose para marcharse también.

—¿También huis? —preguntó su hermano sonriendo.

—Ya hemos cumplido con nuestro deber —respondió Kristin.

—Kristin, ¿podrías acompañarme un momento al baño? —le preguntó Tami con una expresión que Kristin captó enseguida.

Una vez en el aseo, y tras asegurarse de que estaban solas, Tami añadió:

—¿Lo has visto?

—¿El qué?

—La marca de moreno en la mano.

—¿La marca de moreno en la mano de quién?

—De Jackson. No me había fijado, pero tiene una marca en el dedo.

—No creo que sea un crimen que haya llevado un anillo estando al sol.

—En el dedo anular.

—¿Crees que está casado?

—O recién divorciado. Hay algo entre los dos, ¿verdad?

—Lo hubo hace mucho tiempo —admitió Kristin aún impactada porque Jackson estuviera o hubiera estado casado.

No entendía por qué le molestaba tanto. Tras once años, no tenía motivos para sentirse así.

—Pero ahora solo tenemos una relación profesional.

—Eso dices, pero he visto cómo te mira y cómo os habéis movido por la pista. Parecíais uno. Totalmente sincronizados.

—Es buen bailarín, nada más. Mira, ya que estamos aquí, voy a entrar al baño.

Se metió en un cubículo y cerró la puerta deseando que fuera así de sencillo cerrar la puerta al pasado. Tenía que admitir que le dolía imaginarlo con otra mujer. Era natural que hubiera rehecho su vida, al

igual que ella había tenido otras relaciones. Pero lo cierto era que ningún otro hombre le había robado el corazón como él.

Salió, decidida a no dejarse afectar por ello, y se lavó las manos.

—Entonces, ¿vas a preguntárselo? —dijo Tami.

—¿Por qué?

—Pues para ver si el terreno está despejado.

—¿El terreno? —preguntó Kristin haciéndose la inocente.

—Vale, sé que estás evadiendo el asunto, pero te interesa, ¿verdad? ¿Por qué no le preguntas por su mujer?

—No estoy evadiendo nada. No me interesa y no voy a preguntarle nada.

—Vale, lo que tú digas.

Cuando volvieron al salón, se fijó en cómo Tami y Keaton se rodearon con el brazo. Su hermano, que nunca había sido muy expresivo con sus emociones, se derritió al ver a su prometida. Esa era la clase de relación que Kristin siempre había querido tener; una relación con alguien que la amara de verdad y a quien ella pudiera amar y confiarle su corazón.

—Ya ha llegado el coche —dijo Jackson interrumpiendo sus pensamientos—. ¿Nos vamos?

—Sí. Buenas noches a los dos. Gracias por ser tan buena compañía.

Se despidió de Keaton y de Tami con un beso. Mientras se alejaba, oyó a su futura cuñada susurrar:

—No olvides preguntarle.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó Jackson.

—¿A qué ha venido qué?

—Lo de «preguntarle».

Pensando que no serviría de nada intentar desviar el tema, respondió:

—Ah, eso. No es nada. Es que Tami acaba de fijarse en que tienes una marca de moreno en el dedo anular y quiere que te pregunte por tu mujer.

—¿Mi mujer?

Jackson se detuvo en seco. Por un instante Kristin vio dolor en su mirada, pero luego una expresión de furia reemplazó al dolor.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

—Ya lo sé, no es asunto nuestro si estás o no divorciado. Por favor, no te preocupes —se apresuró a decir ella.

—No estoy divorciado.

—¿No? ¿Entonces…? —preguntó Kristin con un nudo en la garganta.

—Mi mujer está muerta. Y tienes razón. No es asunto vuestro.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Diez

Kristin, impactada y avergonzada, se tambaleó.

—Jack, lo siento muchísimo.

—Ya, yo también —contestó él desviando la mirada—. Bueno, vamos.

Fueron hacia el coche y entraron.

—Primero al piso de la señorita Richmond, por favor —dijo Jackson con voz de hastío. Hastío o, tal vez, dolor.

—Jack, lo siento muchísimo, de verdad. No tenía ni idea.

—No es algo que vaya gritando a los cuatro vientos. Déjalo, ¿vale? No voy a derrumbarme delante de ti ni de nadie. Mi mujer está muerta, los meses previos fueron terribles y no quiero recordarlo.

—Claro. Pero si alguna vez necesitas hablar, de lo que sea, llámame, ¿vale?

—Gracias, pero estoy bien —contestó él mirando a otro lado y con los ojos brillantes—. De verdad. Bueno, y ahora, no sé si estoy siendo paranoico, pero sobre lo que te ha preguntado esa periodista, ¿alguno de la familia le habéis contado a alguien lo que está pasando?

—Nuestra familia está acostumbrada a mantener la confidencialidad de nuestros asuntos, sobre todo cuando se trata de algo que puede hacernos daño o dañar nuestro negocio.

—Entonces supongo que no hay por qué preocuparnos a menos que algún periodista se invente algo. La gente se cree esa basura.

—¿No te gustan las revistas de cotilleo, eh? —dijo ella riéndose.

—En serio, Kristin, esa gente gana dinero a costa de las desgracias de otros, y si no pueden encontrar la verdad de algo, se fabrican sus propias mentiras.

—¿Parece como si hablaras por experiencia?

—Ya te conté lo de mis padres. Cuando salieron los informes de las autopsias, nuestro periódico local se puso las botas. Si la gente no quería dar información, el periódico empezaba a especular sobre nuestra vida privada. Cuando se supo que mi madre tenía lesiones que no se correspondían con el accidente y que mi padre tenía niveles altos de sedante en sangre, empezaron a conjeturar sobre maltratos físicos por las dos partes. Busqué ayuda legal para cerrarles la boca. Era cosa nuestra, no un asunto público. Y aquello no fue nada comparado con lo que sufrió mi mujer. Su primera relación seria se derrumbó cuando estaba empezando su carrera profesional, y como su amante era un hombre importante y resultó estar casado, la prensa la difamó y eso afectó enormemente a su trabajo. Era una mujer brillante con una mente brillante. De haber seguido viva y no haberse quedado tan marcada por aquel escándalo, podría haber llegado a la corte suprema.

Kristin escuchó con atención. El comentario sobre lo de la corte suprema le hizo pensar que su mujer debía de haber sido algo mayor que él, y aunque se moría de curiosidad por saber más, prefirió dar una respuesta neutra.

—Entiendo que te sientas así. Y, de nuevo, lo siento muchísimo. Siento que mi indiscreta pregunta te haya removido un pasado tan doloroso y siento mucho que sufrieras tanto cuando murieron tus padres. No puedo ni imaginarme lo que tuvo que ser, sobre todo sin tener más familia que te apoyara.

Él se quedó en silencio un momento y luego respiró hondo.

—Gracias. Perdóname por cómo me he puesto. Es un tema complicado para mí.

—Me alegra que me lo hayas contado. ¿Te gustaría subir un rato a mi apartamento?

—Pensé que estabas cansada.

—Y lo estoy, pero no tengo ganas de quedarme sola. ¿Qué me dices? Puedo preparar chocolate caliente.

—¿Con malvaviscos?

—Claro.

Tras un instante de duda, Jackson resopló y asintió.

—Vale. Pero lo haré yo. Tú siempre le echabas demasiado azúcar.

Kristin se rio.

—Lo sigo haciendo, así que asegúrate de echarle suficiente a mi taza, ¿vale?

—Tomo nota —respondió él con una pequeña sonrisa.

Al llegar al edificio, Jackson le dio las gracias al conductor y se despidió de él.

—La cocina está a tu derecha —dijo Kristin cuando entraron en su piso—. Ahí tienes todo lo que necesitas. Yo voy a liberar a mis pies de estos zapatos. Ah, en el armario junto a la nevera hay brandi, por si quieres añadirle un poco al chocolate.

Sin esperar respuesta, Kristin cruzó el salón en dirección al pasillo que conducía a su dormitorio. Se sentó en la cama y se descalzó. ¿Debería ponerse algo más cómodo o sería un gesto demasiado estereotipado? Optó por seguir con el vestido dorado y, levantándose el bajo para no pisárselo, volvió al salón.

—¿Has encontrado todo lo que necesitas? —le gritó a Jackson, a quien podía ver moviéndose por la cocina.

—Estoy calentando la leche —respondió él delante del fuego.

—¿Sabes que puedes usar el microondas?

—Cuando se hace algo, se hace bien.

Eso siempre le había encantado de él. Su intensidad y su atención al detalle, sobre todo cuando habían hecho el amor. Frenó ese pensamiento, pero, por desgracia, su cuerpo no captó la señal y un cosquilleo de deseo la recorrió y le encendió la piel. Para distraerse, se sentó en la barra de desayuno y se centró en ver cómo preparaba el chocolate. A ella le añadió dos cucharadas de azúcar, pero el suyo se lo preparó como siempre, con muy pocos malvaviscos y sin edulcorar. Sin florituras. Así había sido siempre él. Esa noche, por ejemplo, iba perfecto en un esmoquin que no podía ser barato, pero llevaba unos gemelos discretos y unos zapatos que, aunque de buena calidad, no resultaban pretenciosos. Además, su peinado tenía un aire muy sencillo y natural. Y, aun así, había atraído miradas de mujeres y hombres de todas las edades. Tenía un atractivo que resultaba más cautivador aún porque era innato y él ni siquiera era consciente de la atención que generaba.

—Bueno, la noche ha ido bien, ¿no? —dijo ella cuando se sentaron en el salón.

Se acurrucó en el sofá y dio un trago de chocolate.

—Sí. Es genial ver que entra dinero en la comunidad y que se está ayudando a gente.

—Oye, ¿te gustaría ver la última obra que están haciendo? Voy a ir mañana a una reunión con el supervisor de construcción.

—Voy a mirar la agenda —Jackson sacó el teléfono y frunció el ceño—. Tengo todo el día ocupado.

Kristin se dijo que era mejor así y que no debería estar buscando excusas para pasar más tiempo con él. Aun así, la decepción la invadió.

—No pasa nada, en otra ocasión.

Él asintió y dio un largo trago de chocolate antes de dejar la taza en la mesa y levantarse.

—Tengo que irme —dijo de pronto—. No hace falta que te levantes.

—No, no. Te acompaño a la puerta —respondió ella sintiendo otro golpe de decepción por verlo irse tan pronto.

Kristin dejó la taza en la mesa y se levantó, pero se enganchó el vestido con los pies y empezó a irse hacia delante. Jackson reaccionó deprisa y la agarró evitando que se cayera de cara. Pero aunque no cayó al suelo, sí que cayó contra su musculoso cuerpo.

Los pechos se le aplastaron contra su torso y él la rodeó con los brazos. A través del satén del vestido sintió sus dedos y el calor de sus manos. ¡Y cuánto le gustó! Todo el cuerpo se le encendió en respuesta. Lo agarró de la solapa para apoyarse y poder apartarse, pero las manos que le rodeaban la espalda no la soltaron.

Lo miró, impactada por lo que vio en esos brillantes ojos azules.

Pasión. Deseo. Malestar.

Esas tres emociones lucharon entre sí un instante antes de que notara las manos de Jackson moviéndose… más abajo, hacia sus nalgas.

Y entonces él la besó.

Impactada, recibió el familiar roce de sus labios.

Impactada, deseó, necesitó, besarlo con toda la frustración y el dolor que había arrastrado tanto tiempo.

Jackson la agarró con más fuerza a la vez que la acercaba más. Kristin, al sentir su excitación contra su cuerpo, emitió un grito ahogado de

placer. Él intensificó el beso, saboreándola con la lengua, rozándole con los dientes el labio inferior.

Desesperada, Kristin quiso acercase más, sentir más. Liberarse de las formalidades de esa noche. Entregarse al deseo que siempre habían despertado el uno en el otro.

Y entonces, en un instante, todo terminó. Jackson le puso las manos en los antebrazos y, con delicadeza pero firmeza, la apartó.

—No debería haberlo hecho —dijo él alejándose y pasándose una mano por el pelo.

—No deberíamos haberlo hecho, pero lo hemos hecho. Somos adultos. No tiene por qué significar nada. De hecho, no significa nada.

—¿En serio te crees que no ha significado nada?

—No puede significar nada —dijo Kristin con firmeza—. ¿No?

Él se quedó mirándola unos veinte segundos antes de responder:

—No, no puede.

—Y no tiene por qué generar una situación incómoda. No volverá a pasar.

—No. Lo siento.

—Jack, no tienes que disculparte por nada.

Kristin hizo intención de rozarle el brazo a modo de consuelo, pero Jackson se apartó aún más.

—Buenas noches —dijo él yendo hacia la puerta.

Ella se quedó clavada en el sitio, aún sin poder creer lo que acababa de pasar. Cuando la puerta se cerró, se sentó en el sofá. Lo de que el beso no había significado nada era verdad, ¿no? ¿Entonces por qué tuvo que contenerse para no salir corriendo tras él y suplicarle que volviera?

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Once

A la mañana siguiente Jackson tomaba notas mientras la mujer que tenía enfrente le soltaba una retahíla sobre los defectos de su marido y por qué se divorciaba. Cuando terminaron y la acompañó a la puerta, supo que no había cafeína suficiente para ayudarlo a soportar el día que tenía por delante.

La noche anterior había sido un desastre desde el momento en que había visto a Kristin. En un principio se había dicho que sería fácil resistirse a tocarla, pero al final había acabado besándola como un hombre hambriento de… todo. ¿Por qué no había podido controlarse? ¿Por qué había cedido a la tentación?

Sí, cierto, Kristin había caído literalmente en sus brazos. Y, sí, había encajado a la perfección en su cuerpo, como siempre. Pero él no tenía por qué haber ido más allá.

Y encima Kristin le había quitado importancia a lo que habían hecho diciendo que no había significado nada para ella. Eso le había dolido.

La recepcionista lo avisó cuando él pasó por delante del mostrador.

—Una entrega para usted —dijo la chica dándole un sobre.

De nuevo, sin nombre y con una oficina de correos como remite.

Jackson volvió a su despacho y lo abrió. Dentro estaban el informe de ADN de una mujer anónima y una nota impresa.

Querido señor Jones:

Este informe se ha realizado en un laboratorio independiente para ayudar a establecer mi relación con la familia Richmond. Confío en que podrá comparar mis resultados con los de mis hermanos y que eso acelere el cobro del pago que se me debe.

Jackson respondió con un correo electrónico en el que decía que había recibido el informe de ADN y que llevaría algo de tiempo reunir y comparar los resultados. Le sorprendió recibir una respuesta inmediata.

Los resultados ya están en posesión de la familia Richmond. El año pasado todos se hicieron las pruebas de ADN para demostrar que Logan Parker era el hijo desaparecido. No debería llevarle mucho tiempo comparar esa información con la mía. Mi fecha límite sigue siendo la misma.

Jackson se reclinó en la silla y tamborileó los dedos sobre la mesa. Alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Hector entró y cerró. Jackson lo observó y no vio nada que indicara que su amigo hubiera estado enfermo.

—Qué rápido te has recuperado —comentó mientras le indicaba que se sentara.

—¡Ay, el poder del amor! Un magnífico reconstituyente para lo que sea que aflija a un hombre. Imagino que anoche fue todo bien, ¿no?

En un principio la pregunta lo incomodó, pero entonces se recordó que Hector solo esperaba que lo pusiera al tanto del evento benéfico. Y así lo hizo.

—¿Y luego llevaste a Kristin a casa? —insistió Hector.

—Sí.

—Y ya.

Ahora sí que Jackson sospechó que ahí pasaba algo.

—Hector, ¿intentas hacer de casamentero?

—Lo siento, amigo mío —respondió el hombre, sonrojado—. Culpable de todos los cargos. Mi cómplice y futura compañera de vida me ha enviado aquí en busca de detalles porque Kristin no responde al teléfono.

—Hector, tienes todo mi respeto, pero es demasiado pronto para pensar en una relación nueva. Es más, ni siquiera sé si querré volver a estar con otra persona nunca. Perder a Annie…

Se le hizo un nudo en la garganta y no pudo continuar, pero eso no disuadió a su amigo.

—Nancy me ha contado que Kristin y tú estuvisteis juntos, así que hemos pensado que a lo mejor se podía reavivar la llama. Ahora que hemos encontrado la felicidad, deseamos lo mismo para las personas que queremos. No puedes culparnos por eso.

Jack soltó una carcajada. ¿Así que Kristin le había hablado a su madre de ellos? Sabía que cuando estaban juntos ella nunca le había dicho nada a su familia. Los dos habían acordado que conocerían a las respectivas familias después de licenciarse, cuando fueran a comenzar su nueva vida juntos. Pero entonces la familia de Jackson había dejado de existir y con ello también la relación de los dos.

—Os agradecería que no interfirierais entre nosotros —dijo muy serio.

—¿Entonces hay esperanza?

—No. No hay esperanza de reavivar nada. Ya me parece un triunfo que podamos trabajar de forma civilizada.

—Entonces le rompiste el corazón. Me lo imaginaba. ¿Sabes? Annie y yo hablábamos mucho. Estuvimos hablando incluso hasta la semana anterior a su muerte. Le preocupaba dejarte solo. No quería que te regodearas en el dolor de su muerte.

—¿Regodearme? —preguntó Jackson furioso.

—Sí, es el término que usó ella. Y no te ofendas, pero creo que es lo que has estado haciendo.

—Ya te he dicho que es demasiado pronto para plantearme enamorarme otra vez, si es que eso puede pasar. Además, mira quién fue a hablar. Hace quince años que murió Mona y no se puede decir que tú te dieras mucha prisa en rehacer tu vida.

—Pero no estaba solo. Tengo a mis hijos y ahora, para mayor deleite, tengo una mujer a quien quiero con toda mi alma. Aún eres joven. Mereces una familia, amigo mío. Solo quiero lo mejor para ti.

De inmediato apagó la llama de esperanza que se le encendió dentro al pensar en tener un hijo con Kristin. En su momento había sido su mayor deseo, pero ahora no se planteaba formar una familia con ella.

—Gracias, pero no estoy preparado. Me casé con Annie sabiendo que no tendríamos hijos por mucho que quisiéramos. No me imagino deseándolos con nadie más. Y ahora, ¿podemos hablar de trabajo?

—Claro, para eso he venido. Se acabó la cháchara —añadió Hector con tono de broma.

Y aunque sí que hablaron de trabajo, durante la conversación Jackson no pudo dejar de pensar en lo que Annie le había dicho a Hector antes de morir. Pero lo cierto era que no estaba solo. Ella lo había dejado como responsable de Ben y él había prometido que estaría a su lado pasara lo que pasara. Y eso implicaba no volcar sus sentimientos en nadie más. No defraudaría a Annie ni mancillaría su memoria al incumplir la promesa de cuidar de su hijo. En su vida no había lugar para ninguna otra persona, y menos para Kristin Richmond, por mucho que su subconsciente le estuviera diciendo lo contrario.

El siguiente lunes por la mañana Jackson entró en las oficinas de Desarrollos Richmond preparado para la reunión. Saber que iba a ver a Kristin no tenía nada que ver con su paso enérgico, se dijo mientras seguía a la recepcionista hasta la sala de reuniones. Sin embargo, lo cierto era que había estado pensando en ella aún más desde la conversación con Hector.

Se alegró de ver que Logan y Keaton ya estaban allí. Honor y Tami llegaron tras él, seguidas de Hector y Nancy. Solo faltaba Kristin.

—¿Envío a los demás el enlace para acceder a la reunión? —preguntó Keaton cuando todos se sentaron frente a una enorme pantalla.

—Claro —dijo Jackson—. Esperaremos a Kristin cinco minutos más, pero luego tendremos que empezar. Tengo otra cita en mi despacho en una hora.

—A lo mejor debería ir a buscarla —propuso Nancy levantándose.

—No hace falta, mamá —dijo Kristin entrando en la sala—. Siento llegar tarde.

Jackson se fijó en que ella obvió la primera silla vacía, que era la contigua a la de él, y se sentó entre su madre y Logan. ¿Habría llegado tarde a propósito para no arriesgarse a estar sola con él? Bueno, mejor así. Una relación profesional, sin más.

Pero aun pensando eso, no pudo evitar recorrerla con la mirada. Llevaba suelta su lustrosa melena rubia y el maquillaje era mínimo comparado con el de la noche de la gala benéfica, pero siempre estaba bellísima de cualquier forma. El estiloso traje rojo de dos piezas se le entallaba a la perfección en su estrecha cintura y la camisa blanca que llevaba debajo le acentuaba la forma de los pechos.

Al darse cuenta de que estaba mirándola, Jackson apartó la vista, no sin antes percatarse de la sonrisita de Hector. Bueno, ¿y qué si lo había sorprendido mirándola? Había que estar ciego para no fijarse en el atractivo de Kristin Richmond. Y, desde luego, él no estaba ciego. Ni tampoco interesado en ella. «¿Seguro?», le preguntó una vocecilla. Vale, sí, lo cierto era que nunca había dejado de sentir interés por Kristin. Pero sentir interés era muy distinto de querer llevar las cosas más allá. Además, tenía trabajo que hacer.

Los herederos de la rama de Virginia aparecieron en la pantalla.

—Bueno, como veis en las copias del informe del analista, la fotografía no parece haber sido manipulada. Con los datos que tenemos del Departamento de Personal, creemos que la mujer en cuestión es Jenna Emerson. Le he encargado a un investigador que siga esa pista con discreción y celeridad.

—Me acuerdo de Jenna —dijo Nancy—. Era una chica muy dulce. Pertenecía al equipo de secretarias y estuvo un tiempo cubriendo el puesto de Stella, la asistente personal de Douglas, cuando esta tuvo que ir a cuidar de su padre enfermo. ¿Así que tuvo una aventura con ella?

—No lo sabemos seguro, mamá —se apresuró a decir Kristin al ver a su madre tan impactada.

—Eso es, Nancy —señaló Jackson antes de pasar a explicar el informe de ADN que había recibido—. Necesitamos pruebas vuestras para comparar.

Keaton negó con la cabeza.

—Ya pasamos por eso el año pasado cuando llegó Logan. Seguro que con esos datos bastará.

—Por cierto, esta persona parece estar al corriente de ese asunto.

—¿Y cómo lo puede saber? —preguntó Logan incrédulo.

—A lo mejor en ese momento Douglas seguía con Jenna —dijo Nancy—. Ya nada me sorprendería. No supimos nada de Eleanor hasta el funeral de Douglas, así que es posible que también estuviera con Jenna todavía. A lo mejor le contó que Logan había vuelto.

—Mamá, todos sabemos que si de verdad papá hubiera sido el padre de esta persona, se habría ocupado de ella y de su madre. Era un cabrón, pero era un cabrón justo a la hora de ocuparse de sus hijos. A mí esos cien

mil dólares me suenan más a liquidación o recompensa, no a manutención —dijo Keaton.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que no les pasaba una manutención? —preguntó Nancy.

—Tiene que haber registros bancarios por algún lado —dijo Lisa.

—¿Cuándo exactamente dejó de trabajar para vosotros Jenna? —preguntó Fletcher—. Podemos buscar en nuestros registros de contabilidad de esa época para ver si hay alguna discrepancia. A saber lo que papá fue capaz de ocultar antes de que los sistemas de contabilidad se volviesen más estrictos. Hay informes digitales e impresos de esa época. Pondré a uno de nuestros mejores contables a trabajar en ello.

—Gracias, Fletcher —dijo Logan—. Kristin, ¿harás lo mismo aquí?

—Desde luego.

Jackson les agradeció la asistencia a todos y ahí acabó la reunión. Cuando la sala empezó a vaciarse, se acercó a Kristin.

—Quiero hablar contigo, si no te importa —dijo en voz baja.

Ella asintió a regañadientes, se cruzó de brazos y lo miró con gesto desafiante.

—¿Qué pasa?

—Tengo que hablar contigo de lo del jueves. Besarte así estuvo…

—¿Mal? Sí, estuvo muy mal, pero ya hemos acordado que de ahí no va a salir nada. Y ahora, ¿puedo irme a trabajar?

—Lo siento, Kristin. Por el pasado, por el presente y por todo.

—Ya, me suena que ya has dicho algo así antes. Mira, tenemos un pasado, pero ¿podemos dejar de darle vueltas a lo que fue un simple impulso y olvidar ya el asunto?

Ese impulso seguía acechándolo, estuviera despierto o dormido. Y, a pesar de todo, quería más. Pero ella le estaba dejando muy claro que eso no pasaría. Jackson no quería ningún compromiso, pero ¿y una aventura? ¿Un flirteo, un desahogo de frustración física y emocional? ¿Podrían plantearse algo así?

—Fue más que un impulso, Kristin. Creo que sigue habiendo algo entre los dos y creo que tenemos dos opciones. Una, seguir intentando ignorar la atracción. Dos, dejarnos llevar. Sin compromisos.

—¿Me estás proponiendo una aventura? —preguntó ella impactada y con la respiración acelerada.

—¿Amigos con derecho a roce?

—No somos amigos.

—Pero podríamos serlo. Después de todo, nos conocemos bastante y el beso del jueves demostró que seguimos siendo supercompatibles.

Ella vaciló un instante, pero entonces respondió:

—Deja que lo piense, aunque aún no me fío de ti del todo.

—Lo entiendo. Pero a lo mejor podemos trabajar ese problema de confianza mientras exploramos nuestra… amistad.

—Ya te diré algo.

Y con eso, Kristin se marchó.

Jackson empezó a recoger sus papeles y se dio cuenta de que le temblaban las manos. ¿Nervios y expectación por lo que estaba por venir? ¿O miedo por que ella lo rechazara? Ojalá fuera lo primero, porque los dos necesitaban enterrar los fantasmas del pasado.

¿Y su amor por Annie, las promesas que le había hecho? Seguirían bien guardados en su corazón. Lo de Kristin, si es que llegaba a alguna parte, sería solo físico. Porque lo físico él podía sobrellevarlo; el compromiso emocional era lo que se negaba a aceptar.

Por otro lado, ¿qué era la amistad sino un compromiso emocional?

¿Acababa de cometer el segundo mayor error de su vida?

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Doce

Kristin caminaba de un lado a otro de su apartamento. Esa noche la esperaban en casa de su madre para celebrar la Nochebuena. Sabía que Nancy había invitado a Jackson y que él había aceptado. Lo que no sabía era qué pensar o sentir al respecto. Pero, bueno, de todos modos ya no sabía qué pensar de nada. Desde que su padre había muerto hacía un año, su mundo se había puesto patas arriba y las cosas no tenían pinta de que fueran a mejorar.

Por otro lado, al menos había algo positivo, si podía llamarse así: tanto Fletcher como ella habían encontrado pruebas de dos pagos, efectuados veinticinco años atrás a un acreedor desconocido, de cincuenta mil dólares cada uno. Después habían descubierto que la beneficiaria era Jenna Emerson y las fechas coincidían con la época en la que había dejado la empresa. La duda era cómo había sido posible que los equipos de contabilidad de las dos empresas no hubieran cuestionado semejantes pagos, y por ello Kristin había solicitado una auditoría para asegurarse de que no había más trapos sucios en el departamento financiero.

Ahora solo faltaba que el resultado de la comparación de ADN les diera la verdad de una vez por todas.

El móvil le sonó anunciando un mensaje entrante. Era Jackson preguntándole si necesitaba que la llevara a casa de su madre.

Se mordió el labio inferior antes de responder. Aún no le había dado ninguna respuesta a lo que le había propuesto el lunes anterior, pero no había dejado de pensar en ello. ¿Qué pasaría ahora? ¿Aceptaría que la recogiera con el coche, pasarían una agradable Nochebuena y luego irían a casa de uno o de otro, harían el amor como locos y pretenderían olvidarlo después, como si no hubiera pasado nada?

Una ráfaga de deseo la recorrió, calentándole y tensándole el cuerpo. Estaba claro. Lo deseaba. Ahora solo había una respuesta posible que darle

a Jackson, pero sería más divertido hacerlo sufrir un poco. De momento aceptaría que pasara a buscarla. Lo que pasara después ya lo iría viendo.

De pronto, tener un aspecto increíble esa noche le pareció vital. Habían quedado en que la recogería a las siete, así que tenía media hora. Fue al dormitorio, abrió el cajón de la ropa interior y sacó un bodi rojo de encaje y satén que se había comprado por capricho y no había estrenado. Corriendo, se quitó los pantalones negros y el jersey rojo de cuello alto que se había puesto. Respiró hondo. Se quitó la ropa interior y se puso el bodi. Se miró en el espejo, girándose de un lado a otro, y finalmente asintió. Sí, valdría. La prenda se ajustaba a la perfección a las curvas de sus nalgas y el tejido era suave como la seda. Tembló un poco, pero no de frío. Envalentonada, se calzó unos tacones negros, puso los brazos en jarras y sacó una cadera. Sí, estaba cañón. Mejor aún, se sentía cañón.

Tal cual estaba, fue directa al baño para aplicarse un poco más de sombra de ojos y de máscara de pestañas, además del labial rojo que sabía que le había llamado la atención a Jackson. Satisfecha con el resultado, sonrió a su reflejo. Volvió a ponerse los pantalones y el jersey, y añadió una cazadora de cuero negra al atuendo.

A lo mejor Jackson tenía razón; a lo mejor podían ceñirse a una relación estrictamente física que resolvería la atracción que bullía entre los dos y la rabia que ella aún guardaba dentro. Seguro que le ahorraría mucho estrés y mucho dolor.

Miró el reloj y salió de casa.

Justo cuando salía por la puerta del edificio, llegó él.

Sincronización perfecta.

De pronto se preguntó cómo habría sido su esposa. ¿Qué clase de mujer había sido capaz de capturar y conservar a Jackson Jones? Y esa pregunta le dio la respuesta a todo el dolor que había sentido esos años: ella no había sido capaz de mantenerlo a su lado. Disgustada, fue hacia el coche, pero entonces, una vez más, decidió que debía dejar el pasado donde le correspondía. Enterrado.

—¿Un mal día? —preguntó él cuando ella se sentó a su lado.

—No, ¿por qué?

—Pareces enfadada.

—Es que es una época mala, con el aniversario de la muerte de mi padre y todo eso —dijo, aunque no era del todo verdad.

—¿Puedo ayudarte con algo?

—A lo mejor luego —contestó con una sonrisita—. Ya te avisaré.

—Aquí me tienes si me necesitas —respondió Jackson al arrancar.

¿Ahí lo tenía si lo necesitaba? Cuando más lo había necesitado, cuando iban a empezar una vida juntos, había desaparecido. Pero debía seguir adelante y olvidarlo de una vez por todas. Los dos habían madurado y cambiado. Lo que Jack le había hecho le había condicionado en el resto de sus relaciones. Su renuencia a confiar en la gente había hecho que la mayoría de los hombres con los que había estado acabaran yéndose, excepto Isaac, al que se habían llevado esposado. ¿Habría cambiado algo haber sabido por qué Jackson la había abandonado? Quería pensar que sí.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó Jackson interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, perdona. Es que estoy deseando tomarme un descanso del trabajo, pero sé que va a seguir preocupándome.

—No es fácil desconectar, y menos cuando tu trabajo forma parte de quien eres.

Lo miró sorprendido. La mayoría de los hombres con los que había salido nunca le habían dado a su trabajo la misma importancia que le daban al de ellos.

—¿Tu trabajo forma parte de quien eres?

—Totalmente, pero he tenido que entrenarme para no llevármelo a casa. A lo mejor te ríes, pero la meditación me ha ayudado a pasar del modo trabajo al modo casa.

—¿Tú? ¿Meditando?

Él se rio.

—Ya, ya sé que antes ni me lo habría planteado, pero la verdad es que te da mucha paz mental y te permite ver las cosas con perspectiva.

—Yo necesito un poco de eso. Oye, ¿y cómo te decidiste a empezar a meditar?

—Me llevaba el trabajo a casa cada día y Annie, que ya estaba harta de mi mal humor, insistió en que probara a meditar antes de que me saliera una úlcera o me diera un infarto. Me estuvo entrenando durante la primera semana y luego me fue saliendo de forma natural.

—Tuvo que ser una mujer fuerte para enfrentarse a tu mal humor.

—¿Estás diciendo que tengo mal genio?

Ella se rio.

—Como todos, dado el momento. Pero recuerdo que cuando estabas de mal humor, casi nadie podía aguantarte.

—Es verdad. No me gustaba ponerme así, pero supongo que tenía mucha rabia contenida de mi infancia.

—Lo siento. No pretendía sacar el tema.

—No pasa nada. Otra de las cosas en las que insistió Annie fue en que hiciera terapia para soltar mis emociones por lo de mis padres y su muerte. Me dijo que, si no daba ese paso, me abandonaría, y ojalá me hubiera decidido a hacerlo antes, pero… así es la vida. A veces tienes que completar el viaje para acabar siendo mejor persona.

Kristin se quedó sin palabras. Estaba descubriendo cosas de Jack que no había visto nunca en él; cosas sobre las que quería saber más; cosas sobre las que una pareja de amantes hablaría en la cama.

Se movió en el asiento y el encaje del bodi le rozó los pezones haciéndola bien consciente de dónde había decidido terminar la noche.

—Los viajes no siempre son agradables —dijo ella agarrando el tirador de la puerta. Acababan de llegar a la casa de su madre.

—No, pero si podemos aprender de ellos, merece la pena ese dolor.

Jackson alargó una mano para evitar que bajara del coche.

—Antes de que entremos, ¿puedes decirme si has pensado en mi propuesta?

Era lo único en lo que Kristin había podido pensar.

—Sí. Mi respuesta es sí.

—Gracias —respondió él con un brillo de impaciencia en la mirada—. ¿Y cómo lo hacemos? ¿Quedamos los días que terminen en «es» y en «o»?

Ella se rio, encantada de volver a ver ese sentido del humor que tanto le había gustado.

—¿Qué tal si empezamos hoy y luego vamos viendo? A lo mejor con una sola vez basta.

—¿Tú crees?

—Ya veremos, ¿no?

Bajaron del coche y llegaron a la puerta, juntos pero no demasiado, sin tocarse. Aun así, la tensión entre ellos bullía.

—Ni una palabra a nadie —dijo él.

—No, nada. Esto queda entre los dos mientras dure. Sin remordimientos.

—Sin remordimientos.

Al cruzar el umbral de la casa en la que había crecido, Kristin sintió un escalofrío de ilusión, una esperanza que no se había permitido sentir en el último año. A lo mejor esa noche marcaba un nuevo comienzo. A lo mejor ese acuerdo de amigos con derecho a roce era justo lo que necesitaba para olvidar el dolor y las decepciones del pasado y vivir la vida que de verdad quería.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Trece

Jackson dio un sorbo de whisky y miró el reloj, pero no porque no estuviera siendo una velada deliciosa. Estaba siendo genial. Era una celebración familiar de las que siempre había oído hablar pero que nunca había comprendido. Sus padres, que habían tenido una vida social muy activa y siempre lo habían dejado en casa con una niñera, habían estado tan ensimismados el uno con el otro que nunca habían visto al niño que los esperaba en las escaleras cada noche que salían.

Miró a su alrededor y vio una familia unida que lo había incluido en su grupo y lo había hecho partícipe del anuncio del compromiso de Keaton y Tami. Nunca había vivido una Nochebuena así, y la noche mejoraría todavía más cuando Kristin y él se marcharan.

Volvió a mirar el reloj. En el fondo estaba desesperado por irse y compartir esa noche con ella. Solo esperaba que no afectara a su relación profesional. Sin embargo, eso solo pasaría si había emociones de por medio, y los dos habían dejado claro que no las habría.

—¿Te traigo otra copa? —dijo Keaton.

—No, gracias. Con esta es suficiente. Tengo que conducir.

—He visto que Kristin y tú habéis llegado juntos.

—¿Algún problema?

—Parece que es muy fuerte, pero es vulnerable. No le hagas daño, ¿vale?

—¿Es una orden de un hermano mayor que se preocupa por ella?

—Podría decirse. Ha sufrido mucho en el último año y, aunque no lo demuestre, puede ser muy frágil. Tenlo en cuenta, ¿vale?

—El corazón de tu hermana está a salvo de mí —dijo Jackson con firmeza.

—Me alegra oírlo, porque no me gustaría nada tener que despedirte.

Aunque fue un comentario cargado de humor, Jackson notó que el mensaje iba muy en serio. Si se pasaba de la raya, saldría por la puerta.

—Tomo nota.

Pero eso no impidió que siguiera mirando a Kristin. Esa noche tenía un brillo tremendamente atrayente; el jersey se le ceñía a los pechos y las caderas dejando claro que, bajo la lana, esa mujer tenía curvas. Los pantalones parecían hechos a la medida de sus piernas, largas y elegantes. Recordó la sensación de tener esas piernas rodeándolo por la cintura y sintió un golpe de deseo.

Kristin lo miró desde donde estaba, junto al impresionante árbol de Navidad situado en la ventana. ¿Sabría que estaba imaginándola desnuda en la cama? Ella se sonrojó y levantó la copa hacia él antes de retomar la conversación con Honor.

¿Cuánto más duraría ese tormento?

Otra hora.

Pero ya, por fin, todos estaban despidiéndose y dirigiéndose a los coches. Llovía con fuerza y, por suerte, eso evitó que las despedidas se alargasen. Estaba impaciente. Solo quería llevar a Kristin a su casa antes de que ella cambiara de opinión.

—Qué noche tan agradable —dijo Kristin ya en el coche.

—Como todas, ¿no? —preguntó él.

—Bueno, está claro que la última cena en casa de mi madre no lo fue. Al menos esta noche me he controlado con la bebida.

—Y al menos no me tenías en el punto de mira.

—Bueno, sí que te tengo en el punto de mira, aunque no como hace tres semanas.

Y con esas palabras Jackson supo que Kristin no había cambiado de opinión.

Se obligó a relajarse y a centrarse en conducir hasta que por fin llegaron a su casa, en Eastlake.

—Espera aquí mientras voy a por un paraguas.

—No sabía que vivías en una casa en el lago. ¿Se balancea?

Él se rio.

—No, que me haya fijado. Espera, vuelvo enseguida.

Jackson sacó un paraguas del maletero y juntos recorrieron la pasarela de madera hasta su casa de dos plantas.

Una vez dentro, tiritando, colgaron los abrigos en el perchero de la entrada y él le dijo:

—¿Quieres beber algo?

—Algo que me haga entrar un poco en calor.

—¿Un vino caliente? Espera, se me ha ocurrido algo mejor. Estás helada, ¿verdad? Ven arriba conmigo —le dijo sonriendo y alargando una mano.

Aunque tenía calor radiante en toda la casa, Jackson sabía cómo hacerla entrar en calor más rápido. Se dieron la mano y, mientras subían las escaleras, ella miró a su alrededor y dijo:

—Qué casa tan grande para un hombre solo, ¿no?

—Se adapta a mis necesidades —respondió Jackson justo cuando entraron en el baño del dormitorio principal.

Kristin, encantada, vio la enorme bañera de hidromasaje bajo un ventanal que enmarcaba una idílica imagen del lago con sus casas flotantes y sus luces.

—¡Es precioso! —exclamó Kristin adelantándose y acercándose a la ventana.

—El vidrio es tintado.

—Qué placer. Así que después de un día duro de trabajo, puedes tumbarte aquí a mirar el lago con tu bebida favorita.

—Podría, pero no lo he hecho nunca. Aunque podemos arreglarlo esta noche si quieres.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Los dos tenemos frío, ¿no?

—¿Entonces no hay vino caliente? —preguntó ella con una pícara sonrisa.

Jackson se rio.

—Voy a por él. ¿Por qué no vas llenando la bañera?

—Me vale con vino normal, o champán si tienes.

—Mejor champán para celebrar que dejamos de lado nuestras diferencias.

—Me gusta cómo suena —respondió Kristin agachándose para abrir el grifo.

Jackson tardó un instante en volver con una botella de champán y dos copas. Al ver a Kristin completamente vestida no supo si lamentarlo o saborear el excitante momento de desnudarla. Optando por lo último, descorchó la botella y llenó las copas.

Kristin estaba sentada en la bañera mientras se llenaba.

—¿Cómo te gusta de caliente? —le preguntó ella con doble intención.

—Todo lo caliente que puedas aguantar —respondió él sonriendo antes de darle la copa y alzar la suya—. Por los amigos con derecho a roce.

—Brindo por ello.

Dieron un trago y entonces Jackson le quitó la copa y la dejó en un extremo de la bañera.

—Llevamos demasiada ropa —le dijo agarrándole el dobladillo del jersey.

—Tú siempre tan observador —bromeó ella cuando Jackson empezó a quitárselo.

Al ver el bodi debajo, a Jackson le entraron más ganas aún de desnudarla. Tardó segundos en despojarla del suéter y de los pantalones, que Kristin apartó de una patada antes de quedarse frente a él, en tacones y con las manos en las caderas. Era pura tentación.

—Estás… —empezó a decir él.

Bajo el satén rojo, su cremosa piel resplandecía y los pezones le asomaban a través del encaje. Unos pezones erectos.

—¿Puedo? —preguntó él.

Ella asintió sin apartar la mirada de la suya.

Jackson le cubrió un pecho con una mano y le rozó el pezón con el pulgar. Ella se estremeció ante la caricia.

—¿Sigues teniendo frío?

—Me voy calentando por segundos.

Jackson sonrió e hizo lo mismo con el otro pecho.

—¿Y ahora?

—Más aún.

Los ojos de Kristin resplandecían mientras él la acariciaba a través del encaje. Resultaba embriagador verla así. Al parecer, seguía teniendo la misma sensibilidad en los pezones. De hecho, si seguía acariciándola así y añadía algo más, podría hacerla llega al clímax ahí mismo. Añadió algo más agachándose para tomarle un pezón con los labios, a través del encaje. Mientras lo rozaba con la lengua, la rodeó por la cintura y le acarició el otro con los dedos. Kristin empezó a temblar y emitió un gemido de protesta cuando él se apartó para bajarle el tirante del bodi y descubrir su tierna piel.

Ella hundió los dedos en su pelo para acercarlo más a su pecho y él obedeció, esta vez tomando todo el pezón en la boca y succionando con fuerza. Ella, jadeante, se tensó antes de sacudirse en sus brazos, invadida por un intenso clímax. A continuación, Jackson se sentó en el borde de la bañera y la sentó en su regazo. Hundió la cara en la curva de su cuello y empezó a besarla hasta llegar a sus labios.

Ella, aún temblando por el poder del orgasmo, lo besó con la misma intensidad.

—¿Bien? —preguntó Jackson.

—Mejor que bien. Aún puedes tocarme como un virtuoso. Vamos a ver si puedo devolverte el favor.

—Lo estoy deseando, pero primero el baño. Creo que nos vendría bien el agua caliente.

Ella asintió y él supo que estaba planeando algo. Solo de pensarlo, su cuerpo reaccionó al instante y su erección ejerció presión contra sus calzoncillos.

Kristin cerró el grifo y se quitó el bodi. Con la prenda roja había estado magnífica, pero desnuda lo estaba aún más. Jackson respiró hondo mientras la recorría con la mirada.

—Levántate y deja que te desnude —le ordenó ella.

Él obedeció y Kristin no perdió tiempo en desabrocharle la camisa. Deslizó las manos por sus hombros, su torso y más abajo hasta llegar a la cinturilla del pantalón. Le desabrochó el cinturón y el botón, bajó la cremallera y coló la mano dentro para acariciarlo a través de los calzoncillos.

—Aquí hace mucho calor —bromeó murmurando contra sus labios.

—Es el efecto que produces en mí —contestó él con la voz entrecortada ahora que el deseo le palpitaba con intensidad por las venas.

Siempre lo había excitado más que ninguna otra mujer. Con solo mirarla ya la había deseado.

Kristin lo desnudó por completo liberando su inflamada excitación e inmediatamente volvió a tomarlo en la mano, que deslizó de arriba abajo despacio, aumentando y disminuyendo la presión con la que lo rodeaba y volviéndolo loco. Entonces se arrodilló.

—No, Kristin. Aún no.

Pero ya era demasiado tarde. Ella lo miró al tomarlo en la boca y él no pudo más que rendirse y hundir las manos en su pelo mientras Kristin cerraba los labios a su alrededor y lo arrastraba hacia la ardiente humedad de su boca. Intentó controlarse e incluso recurrió a decir el alfabeto en orden inverso, pero Kristin tenía trucos para distraerlo. Por eso cuando su lengua, sus labios y la presión de su boca lo llevaron al límite, él no pudo más que rendirse al placer que le estaba dando.

Al final se metieron en la bañera y, satisfechos, se sumergieron en el agua caliente. Kristin se había recogido el pelo, aunque se le habían soltado unos mechones que, ondulados por la humedad del baño, le enmarcaban la cara y el cuello.

—Ha estado bien —dijo Kristin antes de dar un sorbo de champán.

—¿Bien?

Ella se rio.

—Mejor que bien.

—Vale. No me gustaría pensar que he perdido mi toque.

—No has perdido nada, te lo aseguro.

Jackson dio un trago y agarró el bote de gel. Se echó en las manos y le indicó a Kristin que se acercara.

—Date la vuelta. Te voy a enjabonar la espalda.

Kristin, de espaldas a él, se situó entre sus piernas, y Jackson, al notar sus nalgas contra su parte más sensible, se excitó de nuevo. Ella, que se había dado cuenta, soltó una risita.

—Compórtate —le dijo Jackson con cariño y disfrutando de estar a su lado otra vez.

—Solo estoy poniéndome cómoda —contestó Kristin con tono inocente.

—Pues yo no lo estoy —dijo él riéndose.

—Perdona —dijo Kristin con una voz que indicaba justo lo contrario.

Jackson volvió a reírse y empezó a enjabonarle los hombros, los brazos y la espalda. Su piel era tan suave como siempre, pero ahora, mientras la masajeaba, podía notarle las costillas. Aunque siempre había sido una mujer esbelta, nunca había estado tan delgada. ¿Sería una pérdida de peso deliberada o fruto del sufrimiento del último año? Fuera cual fuera la razón, se quedó preocupado.

Volvió a subir a los hombros y al notar tensión ahí, se centró en masajearlos a conciencia.

—Qué gusto. Tienes unas manos increíbles —murmuró ella echando la cabeza atrás.

—De nada.

Jackson siguió masajeándola intercalando unas caricias más ligeras hacia abajo, hacia sus pechos. Y entonces, como no podía contenerse más, se permitió cubrírselos con las manos de nuevo y juguetear con sus pezones.

Ella gimió bajo sus caricias y él le besó la nuca. Kristin olía de maravilla, a una mezcla de gel y el perfume que se había puesto esa noche. Sin dejar de besarle la nuca, le aclaró la piel deteniéndose de nuevo en los pechos, porque le encantaba oír los sonidos que emitía cuando la tocaba. Y entonces bajó las manos más, hacia el vello rubio que cubría el vértice de sus muslos.

Ella separó las piernas y echó la cabeza atrás, apoyándola sobre el hombro de Jackson, mientras él deslizaba los dedos sobre su clítoris. El agua estaba caliente, pero nada que ver con el calor que emanaba Kristin. De pronto a Jackson no le bastó con tocarla con las manos. Quería más. Con delicadeza, la giró hacia sí.

—Te deseo. Entera.

—Soy tuya.

—¿Entonces vamos al dormitorio?

—Pensé que jamás me lo pedirías.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Catorce

Jackson la ayudó a salir de la bañera antes de salir él. Kristin no pudo evitar recorrerlo con la mirada. Había cogido un poco de peso desde la última vez que lo había visto desnudo, pero así estaba perfecto.

Él agarró dos toallas, la cubrió a ella con una y luego se secó. Después, la levantó en brazos y la llevó al dormitorio. La tendió en la cama y le quitó la toalla muy despacio, como un hombre desenvolviendo un regalo que llevaba mucho tiempo esperando.

Mientras Jackson le acariciaba la cara, el cuello, el pecho y después los pezones, Kristin se concentraba en sentir esas partes que le tocaba.

—Siempre has sido exquisita —dijo él agachándose para besarla y situarse entre sus piernas.

Al instante, ella notó la dura evidencia de su excitación, ardiente y pesada contra el vértice de sus muslos, y se retorció contra él.

—¿Vas a seguir torturándome o vas a darle de una vez? —dijo ella con tono de broma.

—Es una tortura para los dos, así que mejor empezar de una vez, ¿no? —contestó él abriendo un cajón de la mesilla.

Ella, temblando de deseo e impaciencia mientras él se ponía el preservativo, separó las piernas más para que Jackson pudiera encajar a la perfección.

—¿Lista?

—Más que lista —contestó Kristin alzando las caderas a modo de súplica.

Jackson fue poco a poco y entonces ella sintió toda su largura adentrándosele hondo. Suspiró. Qué gusto. Qué perfección. Y cuando él empezó a moverse, ella se acompasó a sus embestidas. Sus cuerpos estaban

tan sincronizados que parecía como si el pasado se hubiera disuelto y volvieran a estar como habían estado siempre: en una sintonía sublime.

Kristin empezó a notar su clímax tomando forma, esta vez con más fuerza. Se entregó a todas las sensaciones que se apoderaron de su cuerpo mientras el placer le recorría el cuerpo de forma palpitante. Rodeó a Jackson con los brazos y se estremeció cuando una oleada de satisfacción la arrastró. Y cuando él también llegó al clímax, sus fuertes embestidas la sacudieron sumiéndola en otro orgasmo más intenso aún que el de antes. Gritó de placer y cerró los ojos de satisfacción.

Jackson se dejó caer sobre ella con la respiración entrecortada y las manos temblorosas mientras le rodeaba la cara con ellas y la besaba.

Después apartó la boca y ahí se quedaron, aún unidos, con el cuerpo cubierto de sudor y la respiración entrecortada.

Kristin no podía hablar. El sexo con Jackson siempre había sido incendiario, pero esto había sido otra cosa completamente distinta. Y al mirarlo a los ojos, aún nublados por la pasión que habían compartido, supo con toda certeza que nunca había llegado a odiarlo como había creído. Es más, la aplastante verdad era que nunca había dejado de amarlo, y admitirlo la aterrorizó.

Jackson, con delicadeza, le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Quédate aquí.

Fue al baño y volvió al momento con las dos copas y la botella de champán.

—Creo que esto merece un brindis —dijo al subir de nuevo a la cama.

Kristin sonrió, se incorporó y agarró la copa. Él las rellenó y brindaron.

—Por la amistad —dijo muy serio.

¿Amistad? Lo que acababan de compartir había ido más allá de la amistad. Por otro lado, Jackson, que seguía llorando a su esposa, había establecido unos límites muy claros y ella tendría que jugar según sus normas si quería tener algo de él.

—Por la amistad.

Se quedaron en silencio mientras bebían y él le acariciaba la cadera con suavidad. Kristin se sentía rota, superada por las emociones. Para su

asombro y sorpresa, los ojos se le llenaron de lágrimas y los cerró en un intento de contenerlas.

—¿Estás bien? —le preguntó Jackson quitándole la copa de la mano, preocupado.

—Solo un poco sobrepasada, la verdad.

—Lo entiendo. Yo estoy igual. Venga —dijo él cubriéndolos con la colcha—. Vamos a dormir un poco para intentar procesarlo.

Apagó las luces y ella se acurrucó a él. Jackson la rodeó por la cintura con fuerza y por primera vez en mucho tiempo Kristin sintió que estaba donde debía estar. Pero en realidad ese no era su lugar, porque estaban viviendo algo temporal. Las lágrimas que había estado conteniendo le cayeron por las mejillas como un reflejo de la lluvia que caía fuera, retumbando en el tejado.

Podía hacerlo, se dijo mientras oía la respiración profunda de Jackson, que se había quedado dormido. Podía hacerlo porque, por muy temporal que fuera, esa situación era mejor que nada.

Durmió mal, y cuando de madrugada sintió a Jackson abrazándola, se aferró a él encantada. Lo que fuera con tal de olvidar el desasosiego que la embargaba.

Hicieron el amor varias veces durante la noche. Despacio y con tranquilidad, pero también deprisa y con fuerza, como si el tiempo que tenían juntos fuera breve y efímero. Y tal vez lo fuera, porque Kristin sabía que no podría sostener esa situación mucho tiempo. Había superado la pérdida de Jackson una vez. No creía que fuera capaz de volver a hacerlo.

Cuando amaneció, era Navidad y se sentía llena de energía tras haber hecho el amor, pero también rota. Con cuidado de no despertarlo, fue al baño y entró en la ducha. Abrió el grifo y cerró los ojos mientras dejaba que el agua la recorriera.

Sintió a Jackson antes de siquiera verlo.

—Feliz Navidad —dijo él al entrar en la ducha y acurrucársele debajo de la oreja.

—Feliz Navidad.

—¿Tienes prisa por irte? —preguntó Jackson cuando empezó a enjabonarla.

Sus fuertes manos se movieron con firmeza sobre su espalda y sus nalgas antes de subir y cubrirle los pechos. Le acarició los pezones y bajó

por las costillas, por la cintura y más abajo, donde su cuerpo ya palpitaba y lo reclamaba. A Kristin se le nubló la mente al centrarse en sus caricias, pero, como pudo, logró asentir y responder.

—Comemos en casa de Logan y Honor —respondió con la voz cargada de deseo.

Tras esa noche creía que se sentía saciada del todo, pero parecía que quería más. No, necesitaba más. Necesitaba a Jackson, y lo necesitaba de una forma sobrecogedora.

Él le había dejado muy claro que no quería ataduras emocionales y por eso Kristin decidió, muy a su pesar, seguirle el juego todo lo que pudiera. Por muy lamentable que pudiera parecer, aceptaría lo que él le ofrecía mientras lo tuviera disponible y confiaría en que Jackson hiciera lo posible por no volver a defraudarla.

Decidió no pensar en nada y centrarse en sus caricias, en sus dedos separándole la piel entre sus muslos y tocándola de una forma muy íntima. Era lo que quería. Olvidarse de todo bajo sus manos. Jackson le acarició el clítoris con movimientos circulares y ella sintió la presión de un orgasmo tomando forma en su interior. Apoyó las manos en la pared de la ducha, inclinándose hacia delante y rozándole la entrepierna con las nalgas.

—No tengo preservativo aquí —le susurró él al oído.

—Estoy limpia y tomo la píldora —logró decir ella como pudo mientras el placer aumentaba entre sus muslos.

—Yo también. Me hice pruebas antes de pedirte que te acostaras conmigo.

—Pues entonces hazme el amor —respondió Kristin ejerciendo presión contra su cuerpo.

Y entonces notó su abultado pene en la entrada de su cuerpo. Jackson vaciló, casi matándola de impaciencia, y luego, poco a poco, fue adentrándose en ella. A la primera embestida, el cuerpo de Kristin entró en un intenso estado de placer pulsátil que fue en aumento.

Jackson la rodeó con los brazos, sujetándola con fuerza contra su cuerpo, mientras movía las caderas, adentrándose en ella y apartándose y elevando su placer de un modo que parecía no tener límite. Hasta que, de pronto, las sensaciones estallaron y se desataron haciéndola sacudirse y caer contra la pared, apenas capaz de mantenerse en pie. Jackson gimió contra su cuello y por un instante se quedó rígido por la fuerza de su propio

clímax mientras juntos experimentaban un nivel completamente nuevo de satisfacción.

El agua les recorría el cuerpo y Kristin sentía un cosquilleo por todas partes. Nunca ningún otro hombre la había hecho sentirse así. ¿Por qué tenía que ser justo él?

Cuando notó que Jackson se apartó, se giró hacia él y lo abrazó. Se quedaron así un largo rato, perdidos en la maravilla de lo que acababan de compartir.

Pero ese momento tenía que acabar.

Kristin cerró el grifo y se apartó.

—Tengo que irme.

Jackson no dijo nada; simplemente agarró una toalla y se la dio. Se secaron en silencio y se vistieron. Bajaron y ella recogió su bolso.

—Te llevo a casa —dijo él después de que se quedaran mirándose sin saber qué decir.

—Puedo pedir un taxi.

—Te llevo a casa —repitió él con rotundidad.

¿Estaba enfadado? ¿Consigo mismo tal vez? Desde luego, no parecía muy contento.

—Vale, gracias.

El trayecto hasta su piso fue en absoluto silencio. ¿Serían así las cosas ahora? Porque, en ese caso, no se veía capaz de repetirlo. ¿O sí? Miró a Jackson, que estaba centrado en la carretera, y supo que bastaría con que él la llamara con un dedo para que ella acudiera corriendo.

Cuando llegaron y fue a bajarse del coche, Jackson la detuvo.

—No pensé que las cosas fueran a ser así.

—¿Qué cosas? ¿El sexo?

—Los dos sabemos que esto ha sido mucho más que sexo.

—No pasa nada, Jackson —dijo al verlo tan atribulado—. Los dos sabíamos dónde nos metíamos. No tenemos que seguir si tú no…

—Claro que quiero, y ese es el problema.

—¿Por qué?

—Porque lo de que no quería ataduras emocionales iba en serio. Amaba a Annie y, sinceramente, no creo que pueda volver a amar así a nadie. Sería injusto no dejártelo claro.

—Que yo sepa, no he dicho nada al respecto en las últimas horas —respondió ella con aspereza.

—Ya, pero lo que hemos tenido ha sido mucho más que sexo. No quiero hacerte daño.

—No te preocupes por eso. Mi corazón está bien seguro —dijo ella mintiendo—. Gracias por traerme y por lo de anoche.

Y así, recogiendo su bolso y la dignidad que le quedaba, salió del coche y entró en su edificio conteniendo las ganas de mirar atrás. No serviría de nada. No aplacaría el dolor de su corazón. Y, lo más importante, no haría que Jackson cambiara de opinión.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Quince

El lunes por la mañana Jack estaba en su despacho mirando el correo. Ya se había llevado a cabo la comparación de ADN y tenía que hablar de inmediato con la familia.

Llamó a Kristin.

—¿Podemos reunirnos con Keaton y Logan hoy a las diez en vuestras oficinas?

—Buenos días a ti también —dijo Kristin—. Sí, sí, gracias, he tenido un fin de semana estupendo. ¿Y tú?

Jackson cerró los ojos y respiró hondo.

—Perdona, sí. Gracias por preguntar.

El día de Navidad Jackson había pasado unas horas con Ben, que había estado especialmente alterado para tratarse de esas fechas. Por norma Ben estaba feliz el día de Navidad, pero últimamente tenía más tendencia a los estallidos de frustración y Jackson había tenido que limitar sus visitas. Eran la clase de estallidos que habían obligado a Annie a ingresarlo en un centro porque suponían un peligro para él, en primer lugar, y para quien estuviera cuidándolo. Preocupado por su hijastro, Jackson se había volcado en el trabajo y había pasado el resto del fin de semana revisando informes de clientes a la vez que intentaba liberarse del recuerdo de la única mujer en el mundo a la que no debería haber vuelto a tocar.

Hacer el amor con Kristin había sido una estupidez. Sí, por supuesto que quería estar con ella y ser más que su amigo. Quería ser la persona que la relajara al final de una jornada dura, la persona que la sorprendiera llevándole el desayuno a la cama los fines de semana. La persona que ayudara a que todo su mundo fuera perfecto. Pero si lo hacía, ¿no estaría faltándole el respeto a la memoria de Annie? ¿A quién había intentado engañar al pensar que podrían reavivar su pasión sin emociones de por medio? Porque, lo quisiera o no, se había implicado emocionalmente en

cada caricia, y el recuerdo de lo que habían hecho en el baño y entre las sábanas lo había acechado desde que Kristin había bajado de su coche la mañana de Navidad.

Ella, en cambio, parecía no haber sentido nada especial más allá de lo físico. No sabía si sentirse aliviado o frustrado por ello. Respiró hondo y optó por sentirse aliviado. No necesitaba más complicaciones de las que tenía ya. Los cuidadores de Ben le habían dejado claro que el chico no sobrellevaba bien los cambios; que él metiera a una mujer en su vida podría desestabilizarlo. Además, no se veía preparado para comprometerse con otra mujer por mucho que quisiera. ¿Cuánto duraría su amistad con derecho a roce?

—Siento haber sido tan brusco, pero es que me han dado una noticia esta mañana y quiero informaros a todos a la vez.

—Espera, voy a avisarlos. ¿Has dicho a las diez?

—Sí.

La oyó teclear en el ordenador.

—Confirmado. Voy a reservar una sala. ¿Quieres que pregunte si Fletcher, Mathias y Lisa pueden asistir?

—Sí, sería lo mejor, aunque su asistencia no es vital.

—Estoy intrigada, Jack. ¿No puedes decirme nada?

—Tiene que ver con el resultado de la comparación de ADN y cómo lo cambia todo en positivo. Llamaré a Hector y a tu madre.

—Creo que están ocupados ultimando los detalles de la boda para el viernes. Espero que puedan asistir.

—No les robará demasiado tiempo.

Colgaron. Él llamó a Hector pidiéndole que se unieran por videoconferencia para así ahorrarles tiempo. Después pidió un taxi y se dirigió a la Torre Richmond.

Se sorprendió cuando llegó y encontró a Kristin esperándolo en el vestíbulo.

—Sígueme —dijo ella con aspereza.

Jackson la observó mientras avanzaba detrás de ella. ¿Dónde estaba la mujer cálida y cariñosa con la que había encontrado consuelo el viernes por la noche y el sábado por la mañana? Sacudió la cabeza. Tenía que olvidarse. Era lo que él había querido y pedido. Aun así, al ver la línea de

su espalda y cómo el vestido se le ajustaba al cuerpo a la perfección, no pudo evitar excitarse.

—¿Todo bien? —le preguntó Kristin al detenerse en la puerta de la sala y girarse hacia él.

—Sí, muy bien. Venga, empecemos ya.

En la pantalla ya estaban Nancy y Hector, además de Lisa y Mathias. Fletcher, al parecer, estaba de vacaciones en la Cordillera Azul. Qué suerte la suya, que estaba liberado de las complicaciones del trabajo y del día a día.

—Gracias por asistir con tan poca antelación. Tengo que deciros que tenemos el resultado de la comparación de ADN y… hay una coincidencia.

La sala se quedó en completo silencio antes de que empezaran a oírse preguntas y muestras de rabia. Nancy se había quedado pálida.

—Por favor, dejadme continuar —dijo Jackson—. Hay una coincidencia, pero no es la que podríamos haber imaginado.

—Jackson, por favor, dinos ya de qué se trata —dijo Logan.

—A ver, hay una coincidencia del cien por cien con uno de vosotros. Con Kristin, en concreto.

—¡Eh, yo no tengo nada que ver con esto, lo prometo!

—¿Entonces es un fraude?

—Eso creo. No sé cómo, pero alguien ha tenido acceso a ADN de Kristin. El laboratorio no tiene obligación de decirnos de dónde se extrajo el ADN, pero les he dejado caer que la policía va a intervenir en el asunto y que sería positivo que cooperaran.

Justo en ese momento le sonó el teléfono.

—Esperad, voy a ver. Puede que sea lo que estamos esperando.

Levantó el teléfono y abrió el mensaje. Los miró sorprendido y dijo:

—Al parecer, el material proporcionado es vello de las piernas.

—¿Vello de las piernas? —preguntó Nancy impactada—. ¿Pero cómo es posible?

Kristin frunció el ceño y al instante le cambió la expresión, como si hubiera caído en algo.

—¿Qué pasa, Kristin?

—La esteticista que me depila las piernas es nueva y la última vez que fui estuvo haciéndome toda clase de preguntas, además de que parecía estar al tanto de todo lo que había salido en prensa sobre el regreso de Logan. ¿Creéis que puede ser ella?

—Pondré a nuestro investigador a trabajar en ello ahora mismo. ¿Tienes sus datos?

—Tengo su tarjeta en el bolso. ¿Quieres que vaya a por él?

—Ahora vamos los dos. Los demás, ¿tenéis alguna pregunta?

—¿Entonces esa chica no es hija de Douglas?

—Parece que no.

—¿Y qué pasará con ella?

—Si podemos confirmar que está detrás del chantaje, derivaremos el asunto a la policía.

—¿Y ya está? ¿Asunto cerrado? —insistió Nancy.

—Eso creo. Al menos para vosotros. La persona implicada tendrá problemas.

Nancy suspiró.

—Tenía mucho miedo, pero parece que ya podemos relajarnos —dijo sonriendo—. ¿Vendréis todos a la cena de ensayo del jueves, verdad?

Todos asintieron y ahí acabó la reunión.

Una vez Kristin y él se quedaron solos en la sala, ella se acercó, le rodeó la cara con las manos y lo besó con fuerza antes de soltarlo bruscamente. Jackson se contuvo para no cometer una estupidez y decirle lo que sentía de verdad.

—Lo necesitaba —dijo ella—. ¿Quedamos esta noche? Si quieres, puedo servirte la cena.

—¿Has aprendido a cocinar?

—Hay un vietnamita cerca de mi casa que sirve a domicilio y la comida está deliciosa. ¿A las siete?

—Claro.

—Oye, gracias por lo que has hecho por nosotros. Te lo agradecemos mucho. Nos has ahorrado muchos problemas y sufrimiento, sobre todo a mi madre.

—Solo hago mi trabajo —dijo él, aunque no pudo evitar sentir orgullo por el halago—. Necesitaba demostrarte que podías confiar en mí y espero haber disipado tus dudas.

Ella se quedó mirándolo en silencio unos segundos antes de decir:

—Jack, que quede claro. No me habría acostado contigo si no confiara en ti.

Él asintió, tan aliviado que ni le salían las palabras. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien.

Kristin abrió la puerta.

—Será mejor que vuelva al trabajo. Tengo mucho que hacer antes de llevar a mi madre a la última prueba del vestido. Por cierto, ¿ya tienes traje para la boda?

—Sí. Lo recojo el jueves.

—Genial.

—Me han dicho que has hecho un trabajo increíble ayudando a tu madre a organizarlo todo.

—La quiero y haría lo que fuera por asegurarme de que es feliz. Ha sufrido mucho el último año y se merece todo lo mejor.

—Todos lo merecéis.

—Gracias. Nos vemos esta noche entonces. Dejaré tu nombre en conserjería para que puedas subir directo a mi piso.

Jackson la vio marcharse mientras se preguntaba si se habituarían a esos encuentros y si supondrían más complicaciones. No había podido evitar ver el brillo de ilusión e impaciencia en la mirada de Kristin. ¿Significaba eso que esperaba más de lo que él estaba preparado a ofrecer? Y, lo más importante, ¿estaba preparado para ofrecer más ahora?

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Dieciséis

Nochevieja.

Kristin comprobó los arreglos florales una vez más antes de volver al dormitorio de su madre para terminar de prepararse para la boda. Los invitados habían empezado a llegar y estaban ocupando sus asientos en el salón con vistas al lago. Al contrario de lo que había imaginado, su madre, en lugar de estar nerviosa, era la viva imagen de la alegría y la serenidad.

—Mamá, no puedo creerme lo tranquila que estás.

—¿Por qué iba a estar nerviosa? Voy a casarme con un hombre que me adora y al que quiero más que a la vida misma. Estoy emocionada de que vayamos a embarcarnos en una nueva vida juntos.

A Kristin se le saltaron las lágrimas. Ella deseaba lo mismo, con toda su alma. Para disimular, se giró y desenfundó el vestido de novia. Era de seda color crema con encaje dorado a juego con una chaqueta larga dorada.

—Venga, vamos a vestirte para tu futuro marido. Seguro que está deseando verte —dijo con un ánimo que no sentía de verdad.

—Cielo, no disimules tanto. Te llegará el día. Lo sé.

—No estoy disimulando, mamá. Estoy muy feliz por Hector y por ti.

Mierda, no había logrado engañar a su madre, pero, claro, nadie la conocía mejor que ella.

—Me alegro, mi niña. Siento que las cosas no te hayan salido bien.

—No te preocupes por mí, ¿vale? Hoy es tu día. Vuestro día.

—Soy tu madre, siempre voy a preocuparme por ti —dijo Nancy antes de besarla en la mejilla—. Pero tienes razón. Tenemos que terminar de arreglarnos. Ya es casi la hora.

Kristin ayudó a su madre a vestirse y luego ella se puso el vestido de cóctel color café claro con el bolero a juego que llevaría como dama de honor. Se situaron frente al espejo y se miraron la una a la otra.

—Estamos geniales, mamá. Pero a Hector se le van a caer los pantalones en cuanto te vea.

—Y espero que también el resto de la ropa —dijo Nancy riéndose.

—¡Mamá! —protestó Kristin, aunque se echó a reír también.

Ramo en mamo, bajaron juntas las escaleras y se dirigieron al salón. Kristin le apretó la mano con fuerza al llegar a las puertas dobles, donde Martha las esperaba.

—Está usted preciosa —dijo la mujer secándose una lágrima—. Que esta noche le traiga toda la felicidad que merece.

—Gracias, Martha. No podría haber superado este año sin tu ayuda y tu apoyo.

—Ha sido un honor. ¿Preparadas?

Nancy y Kristin asintieron y Martha abrió las puertas. Al instante se oyó la marcha nupcial y ellas empezaron a caminar en dirección a Hector y Keaton. ¿Keaton? ¿Dónde estaba Jackson? Había ido a la cena de ensayo y, aunque parecía un poco distraído, Kristin lo había visto tan animado y cordial como siempre.

Si le hubiera pasado algo o se hubiera puesto enfermo, ella lo sabría. No había motivos para que no estuviera allí acompañando a Hector y a la familia. Invadida por una oscura sensación de déjà vu, intentó no dejar de sonreír y se obligó a seguir caminando hacia los dos hombres. A su alrededor oía comentarios de admiración hacia su madre y se emocionó al ver cómo se le iluminó la cara a Hector al verla.

Se hizo a un lado mientras su madre se situaba junto al hombre al que amaba con toda su alma. Allí estaban todos sus amigos y toda la familia, incluso sus hermanastros de Virginia, pero no había ni rastro de Jackson.

La noche anterior ella le había dicho las ganas que tenía de verlo en la boda. ¿Jackson no podía haberle enviado un mensaje al menos? Una capa hielo le cubrió el corazón. ¡Qué tonta había sido! Había creído que podía confiar en él. Pero, no, Jackson no había cambiado.

En ese momento se hizo una promesa: jamás se permitiría volver a sentir nada por él. Había sido una idiota al pensar que tal vez su acuerdo

temporal de amistad con derecho a roce pudiera pasar a convertirse en algo más, algo más fuerte y más maduro que el primer amor que habían vivido. Algo que durara para siempre. Pero todo había sido una quimera.

Él le había advertido que no podía darle más que sexo y ella había accedido creyéndose muy fuerte, pero su corazón la había traicionado. ¿Por qué estaba destinada a fracasar en todas sus relaciones?

El amor no era para ella. Ni siquiera la esperanza era para ella. De ahora en adelante levantaría un muro de hormigón alrededor de su corazón y, por si acaso, lo rodearía también con alambre de espino.

El trabajo sería su medicina. Menos mal que tenía más que de sobra para mantenerse ocupada. Y se alegraría viendo a sus hermanos triunfar en sus relaciones y recibiendo a la nueva generación. Celebraría que su madre hubiera encontrado el amor y no fuera a estar sola nunca. Pero no esperaría nada de eso para sí misma. No podía esperarlo. Dolía demasiado.

Tras la ceremonia, la noche continuó felizmente con una cena, los discursos y la tarta, y en todo momento mantuvo la sonrisa. Nadie sabría el dolor que estaba sintiendo por el hecho de que Jackson hubiera elegido no estar allí sin decirle por qué, igual que había elegido incumplir las promesas que le había hecho la primera vez.

Durante un momento de la noche bailó con Hector y aprovechó para preguntarle:

—¿Le ha pasado algo a Jackson? Se suponía que iba a ser tu acompañante.

—Un asunto familiar.

Jackson no tenía familia. ¿También le había mentido a uno de sus mejores amigos o le había mentido a ella?

En ese momento uno de sus hermanos los interrumpió y ya no pudo hacer más preguntas, pero de todos modos habría dado igual. La realidad era que Jackson no estaba donde había dicho que estaría.

Se obligó a mostrarse feliz y contenta durante el resto de la celebración, y a medianoche se reunió con los demás junto al lago para ver los fuegos artificiales. Cuando Hector y Nancy partieron, en un coche adornado con lazos e incluso con latas colgando del guardabarros trasero, hacia el hotel donde pasarían la noche de bodas, Kristin empezó a perder la sonrisa.

Una vez en su piso, se dio una ducha, se puso una camiseta extragrande para dormir y se asomó por la ventana de su dormitorio.

Un nuevo año.

Un nuevo comienzo.

Y nunca se había sentido tan sola.

Durante el primer fin de semana del año se mantuvo ocupada yendo a la oficina porque sin duda era mucho mejor que estar sola en casa con sus pensamientos. Tami y Keaton la habían invitado a cenar el domingo y en un principio se había negado, pero Tami le había suplicado que fuese para que pudieran empezar a planificar la boda, ya que quería que fuese su dama de honor.

—Siempre la dama de honor —murmuró mientras apagaba el ordenador.

Levantó el teléfono, que había silenciado para no distraerse mientras trabajaba, y se quedó sorprendida al ver dos llamadas perdidas de Jackson además de un mensaje escrito y otro de voz. Como no quería ni leer ni oír sus excusas, los borró.

De camino a casa de su hermano, paró en una licorería para comprar una botella de vino. Al llegar a su destino, bajó del coche y el teléfono volvió a vibrar.

Pensando que sería su madre para decirle que ya habían llegado a Hawái, miró la pantalla. Era Jackson. Rechazó la llamada y guardó el móvil en el bolso. Pero entonces, furiosa por todo lo que había pasado, se lo pensó mejor y decidió escribirle.

Deja de escribirme y de llamarme. Ya no quiero mantener nuestro acuerdo. Ya no quiero verte ni hablar contigo más allá de lo relacionado con tus responsabilidades para con mi familia. ¿Queda claro?

Cuando no recibió una respuesta inmediata, guardó el móvil y entró en el bloque de viviendas de su hermano dispuesta a divertirse esa noche. Ayudaría a Tami a organizar la boda e incluso mostraría entusiasmo por ello.

Y, de hecho, así fue. La velada resultó de lo más agradable y relajante, incluso a pesar de que no recibió respuesta de Jackson.

El lunes por la mañana estaba en la oficina cuando le llegó un correo electrónico de la asistente de Jackson. Iba dirigido a toda la familia y el asunto decía «Reclamante descubierta». Leyó el correo, donde Jackson los

informaba de que la esteticista que le había depilado las piernas era una de las dos hijas de Jenna Emerson. La otra hija era periodista, probablemente la que la había abordado antes de la gala benéfica.

Debían de haber diseñado la trama mientras revisaban las pertenencias de su difunta madre. Aunque no eran hijas de Douglas Richmond, los diarios de su madre detallaban un tórrido romance anterior a que a Jenna la hubieran indemnizado y echado de la empresa. Ahora el asunto estaba en manos de la policía y las mujeres se enfrentarían a cargos por chantaje y extorsión.

Kristin se recostó en la silla. Si no hubiera sido por el buen trabajo de Jackson a la hora de abordar el problema, a saber a qué estaría enfrentándose ahora la familia.

Alguien llamó a la puerta. Era Logan.

—¿Te has enterado? —preguntó su hermano al entrar y sentarse frente a ella.

—Sí. Qué alivio, ¿verdad?

—¡Y tanto! Y no porque no fuéramos a recibir bien a otro hermano u otra hermana, sino porque, si hay más, sería de agradecer que se acercaran a nosotros de forma honesta.

—¿Crees que hay más?

—A saber. Supongo que tenemos que estar preparados para cualquier cosa.

—Bueno, me alegro de que esto se haya solucionado por fin. ¿Qué tal está Honor?

—Aún un poco revuelta por las mañanas, pero lo lleva bien.

—¿Y tú? ¿Deseando que llegue el nuevo miembro de la familia? —preguntó con un poquito de envidia.

—Sí —contestó Logan con una amplia sonrisa—. Ya estamos eligiendo nombres y pensando en decorar la habitación. Pero lo primero es comprar una casa. Quiero que mi hijo crezca sintiendo la hierba en los pies en verano. Estábamos pensando en comprar algo cerca de casa de mamá.

Kristin lo escuchó sonriendo aunque con un nudo en el estómago. Pero, a fin de cuentas, era su elección. Si no estaba dispuesta a abrir su corazón otra vez, tendría que aprender a aguantarse la envidia para no empañar con ella la felicidad de los demás.

—Perdona, ¿qué decías? —dijo disculpándose cuando Logan le hizo una pregunta.

—Te he preguntado cómo estás. Pero dime la verdad. Honor y yo estamos preocupados por ti.

—¿Por mí?

—Mamá nos ha contado lo tuyo con Jackson. Estaba claro que saltaban chispas entre los dos. Y desde que no se presentó en la boda, tú vuelves a estar como antes de que reapareciera en tu vida. ¿Qué está pasando?

—Nada.

—Puedes contármelo.

Ella se obligó a sonreír.

—Gracias, te lo agradezco, pero no estoy lista para hablarlo. Y puede que nunca lo esté.

—Aquí me tienes si me necesitas. Nos tienes a todos. ¿Has hablado con Jackson?

—No, y tampoco lo veo necesario. Lo que tuvimos ha acabado. Y esta vez para siempre.

—Lo siento. Mereces ser feliz. En Nochebuena pensé que tal vez habíais arreglado vuestras diferencias, que eran muy evidentes cuando lo conocimos a principios de mes.

—Eso está hablado y lo que ha pasado no afectará a su trabajo con la familia. De hecho, creo que en ese sentido ha demostrado lo válido que es.

—Entonces entre los dos no hay nada más que una relación laboral.

—Nada más —respondió ella sintiendo un pinchazo en el pecho.

—Cuánto lo siento.

—No te preocupes. Ya soy mayorcita, podré soportarlo. Por cierto, ¿qué os pasa a todas las parejas felices que no podéis ver a una solterona sin querer juntarla con alguien? —añadió forzando un tono de diversión.

Logan se rio al levantarse.

—Mensaje captado.

—¿Logan?

Su hermano se detuvo de camino a la puerta y se giró.

https://www.facebook.com/novelasdescargas

—Gracias. En serio. Me alegra tener tu apoyo si lo necesito.

Él sonrió y se marchó.

Ella se quedó donde estaba y entonces levantó el teléfono con la intención de llamar a Jackson. «No, mejor no».

Dejaría las cosas como estaban. Seguirían teniendo una relación laboral, pero en lo que concernía a su vida personal, Jackson estaba fuera. Y así debía ser.

Pero entonces, ¿por qué se sentía tan desolada e infeliz?

https://www.facebook.com/novelasdescargas

Capítulo Diecisiete

Jackson aparcó frente a la casa de Kristin y se quedó ahí sentado pensando qué decir.

Había pasado una semana desde que se había visto obligado a dejar plantada a la familia en la boda. Una semana infernal. El ataque al corazón de Ben los había pillado a todos por sorpresa y él había intentado hacer lo mejor por su hijastro. Había permanecido a su lado día y noche viendo cómo su estado empeoraba cada vez más. Había consolado a los abuelos del chico cada día cuando iban a visitarlo. Finalmente, los médicos les habían dicho que la falta de oxígeno que había sufrido tras el ataque le había generado un daño cerebral tan grave que no había esperanza de recuperación.

Jackson se había enfrentado a los médicos durante días, suplicándoles que le mantuvieran la respiración asistida. Pero esa tarde el corazón de Ben se había rendido por completo y ahí había terminado su breve vida. No sabía qué creer sobre el más allá, pero prefería pensar que al menos ahora Ben estaba con Annie.

Antes de la boda había llamado a Hector para contárselo y le había pedido que no dijera nada. Los días posteriores había sentido que necesitaba hablar con Kristin, pero ella no había leído ni respondido sus mensajes y tampoco había contestado a las llamadas. Ahora podía entender cómo debió de haberse sentido cuando él había desaparecido años atrás.

Necesitaba a Kristin, por fin lo había entendido y aceptado. ¿Pero cómo podría llegar a ella ahora?

Miró hacia sus ventanas. Había luz. ¿Aceptaría verlo? Jamás lo sabría si no bajaba del coche.

Tenía que explicarle por qué había vuelto a abandonarla.

Hundido y agotado, bajó del coche. Aún tenía mucho por delante: organizar el funeral, vaciar la habitación de Ben de la residencia, elegir la

ropa que llevaría Ben… Pero ahora mismo necesitaba a Kristin. Los últimos días le habían demostrado que la necesitaba más que nunca y que siempre la había amado.

Había creído que era imposible porque, de lo contrario, no podría haber querido a Annie como lo había hecho. Pero lo cierto era que su amor por cada una de ellas había sido independiente y único.

¿Amigos con derecho a roce? ¡Qué estupidez! No había habido nada de amistad en lo que había compartido con Kristin. Cada caricia, cada beso, había salido de lo más profundo de su corazón. Por fin lo había aceptado y ahora tenía que hacérselo ver a ella.

Tenía que admitir la verdad y admitir sus sentimientos. Tal vez no fuera el mejor día para hacerlo, pero si no lo hacía ahora, ¿entonces cuándo?

Entró en el edificio y le dio el nombre al conserje, que le permitió el acceso. Al parecer, Kristin no lo había borrado de la lista de visitas.

Al salir del ascensor llamó a la puerta, pero Kristin no abrió.

—Kristin, por favor. Esperaré aquí todo lo que haga falta. Tengo que hablar contigo.

Por fin la puerta se abrió.

—Tienes un aspecto horrible —dijo ella.

En su precioso rostro no había ni un ápice de calidez, de sonrisa o de ilusión por verlo. Era como si Kristin hubiera encerrado sus emociones y hubiera tirado la llave, y a Jackson le dolió saber que era el responsable.

—Gracias. ¿Puedo pasar?

—He abierto la puerta, ¿no?

Kristin se echó a un lado para dejarlo pasar y el sutil soplo de su fragancia lo envolvió, haciéndole querer abrazarla y hundir la cara en su cuello.

—Siéntate antes de que caigas redondo. ¿Has comido?

Jackson no recordaba la última vez que había comido. Tal vez había tomado algo que le hubiera llevado la abuela de Jackson de la cafetería del hospital.

—Estoy bien.

—No te he preguntado si estás bien, te he preguntado si has comido.

—No —contestó frotándose la barbilla. Hacía días que no se afeitaba. Debía de estar hecho un desastre.

—Te voy a preparar un sándwich —dijo Kristin. Cuando él levantó la mano para protestar, ella añadió—: No es molestia. Tienes pinta de necesitarlo.

—Mientras no le pongas matarratas —dijo él con un pobre intento de ser gracioso.

—No me tientes —contestó Kristin muy seria.

Al cabo de un momento, ella volvió al salón y le dio un plato y un refresco de cola.

—Come, bebe y luego hablas.

Jackson obedeció sin rechistar. No se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que mordió el sándwich de pepinillos, queso y mortadela boloñesa. Comió y bebió en un santiamén. Después se limpió con una servilleta.

—¿Más? —preguntó ella levantándose.

—No, por favor —contestó Jackson agarrándole la mano—. Siéntate. Tengo que desahogarme. Te prometo que me iré cuando termine.

—Vale, dime.

Jackson respiró hondo.

—No pude ir a la boda porque Ben, mi hijastro, sufrió un infarto.

—No me habías dicho que tenías un hijo —dijo ella impactada—. ¿Lo sabía Hector?

Él asintió.

—Siento no habértelo contado. Después del escándalo que rodeó a la aventura que Annie tuvo con el padre de Ben, ella quiso preservar su intimidad. Supongo que me acostumbré tanto a verla hacerlo que asumí directamente que no debía hablar de él. Era un hombre especial. Ha muerto esta mañana.

Kristin, impactada y conmovida, dejó escapar un grito ahogado.

—¿Un hombre especial? ¿No era un niño?

—Annie era mucho mayor que yo y Ben solo era unos años más pequeño que yo, pero por complicaciones en el parto nació con dificultades intelectuales. Además sufría ataques de ira y en algunas ocasiones la

agredió. Sin querer, por supuesto, pero Annie sabía que no podía seguir cuidando de él. Al principio ella se negaba a que tuviéramos una relación. Me dijo que yo era demasiado joven y que no podría ocuparme de un adulto con necesidades especiales en un futuro. Pero le demostré que podíamos estar muy bien juntos. Salimos unas cuantas veces y al final me presentó a Ben, y por suerte le caí bien. Annie vio que podía permitirse tener una relación conmigo y seguir siendo una madre estupenda para Ben. Por entonces él estaba en una residencia y ella se sintió muy culpable al principio, pero como él empezó a mejorar, podíamos llevarlo a casa los fines de semana y darle toda nuestra atención. A veces Annie lo traía aquí a ver a sus abuelos, porque ella nació aquí, en Seattle.

—Tuvo que ser duro lograr ganarte la confianza de ella y la de su hijo.

Al oírla, Jackson se relajó un poco.

—Fue duro, pero mereció la pena. Cuando le diagnosticaron el cáncer, todo fue muy deprisa. A veces me pregunto si, de no haber estado conmigo, habría buscado atención médica antes.

—¿Por qué dices eso?

—Porque volcaba toda su atención en Ben, en mí y en su trabajo. No se dejaba nada para ella. Ignoró todas las señales de alarma hasta que fue demasiado tarde para un tratamiento.

—No puedes culparte por eso, Jackson.

—Ya, pero me siento responsable. Cuando supimos que no mejoraría, hice todo lo que pude por asegurarme de que sus últimos meses fueran lo más felices posible. Teníamos a Ben en casa todo lo que podíamos, pero él no llevaba bien verla enferma. Y para ella también era muy duro. Ben y yo nos unimos mucho más, y cuando Annie murió, le dediqué todo el tiempo que podía. Y entonces Hector me ofreció este trabajo y me dijo que, siguiendo instrucciones de Annie, había encontrado una residencia perfecta para Ben aquí en Seattle de modo que sus abuelos pudieran visitarlo todas las semanas. Annie lo había dejado todo solucionado antes de irse y parecía como si siguiera cuidándonos. Así era ella.

—Debió de ser una mujer increíble.

—Lo fue. En su lecho de muerte le prometí que siempre cuidaría de Ben, porque en el fondo era como un niño de seis años y necesitaba una figura paterna. Le encantaba venir a mi casa los fines de semana. Kristin,

quiero que sepas que me tomo muy en serio mis responsabilidades. Después de aquella primera vez, cuando desaparecí, aprendí una buena lección sobre la gente y la vida en general. Nunca me puse en contacto contigo porque no quería hacerte daño cuando era posible que ya hubieras rehecho tu vida. Pero tengo que decirte algo que he estado intentando ignorar. Te sigo queriendo. Siempre te he querido. Fuiste y siempre serás mi primer amor.

—Lo siento, Jackson, pero me cuesta creerlo. Cuando alguien ama, no defrauda al otro y no le oculta cosas importantes.

—Lo sé, y debería haberte llamado el viernes. Pero cuando me dijeron que Ben había sufrido un infarto, no pude pensar en otra cosa. Llamé a Hector de camino al hospital y le pedí que no dijera nada porque no quería que te enteraras de ese modo. Necesitaba hablarte de Ben y pensaba hacerlo, pero entonces tuvo el infarto y no me separé de su lado hasta que ha muerto hoy.

Tras un doloroso silencio, Jackson añadió:

—Imagino que te preguntarás qué pasa con nosotros.

—No hay un nosotros. Siento mucho lo de tu hijastro, pero eso no cambia nada. Elegiste no contarme lo de tus padres en su momento y lo de tu mujer me lo contaste porque no tenías más remedio, igual que ahora lo de Ben. Había empezado a creer que habías cambiado, que tal vez ahora podríamos olvidar el pasado y crear un futuro juntos. Que habías aprendido lo importante que es una buena comunicación entre dos personas que se quieren. Estoy segura de que eres el mejor abogado que mi familia puede tener, pero parece que solo puedes comunicarte conmigo con el cuerpo, y no es suficiente. Necesito más. Mira, cuando mi padre murió, me quedé hundida. Lo habíamos querido y habíamos confiado en él, pero nos había engañado a todos. Luego, cuando el espionaje, me enteré de que mi mano derecha en la oficina, y de quien creía que había empezado a enamorarme y a quien había metido en mi cama, estaba utilizándome para pasar información a nuestra competencia. Descubrir aquel abuso de confianza casi me destruyó. Así que tendrás que entender que no pienso dejar que vuelvas a hacerme daño.

—Nunca quise hacerte daño —dijo Jackson hundido—. Te quiero. Cuando me marché la primera vez, pensé que estaba haciendo lo correcto. Hace mucho tiempo aprendí que no era así. Pero, por favor, ten por seguro que si ahora me alejo de ti es porque quieres que lo haga, no por otra razón. Quiero lo mejor para ti. Solo te pido que te permitas ser feliz, Kristin.

—¿Crees que no quiero ser feliz?

—Sí, claro, pero el daño que te hice te ha vuelto desconfiada y creo que preferirías estar sola antes que arriesgarte a estar con alguien.

—Me arriesgué al aceptar nuestro acuerdo de amigos con derecho a roce.

—¿Te arriesgaste? ¿O lo viste como una salida fácil, igual que lo vi yo? ¿Una forma de diversión sin compromiso? Mira, Kristin, no puedo verte como a una amiga. Me completas y me atraes como un imán. Cuando estamos juntos, es como si fuéramos las dos mitades de una misma alma. Y cuando estamos separados, me falta una mitad. Pero puedo soportarlo si es lo que quieres, por mucho que no sea lo que los dos necesitamos.

Se levantó del sofá y se metió las manos en los bolsillos para no cometer una estupidez, como abrazarla y besarla hasta que ella accediera a estar con él. Pero eso sería como imponer su voluntad y jamás le haría algo así a Kristin.

—Gracias por escucharme. Seguro que nos veremos en el trabajo. Cuídate. Y recuerda que espero que encuentres la felicidad.

Salió y cerró la puerta despacio. A cada paso que daba hacia el ascensor, sentía que se dejaba atrás la parte más importante de sí mismo. Entró en el ascensor y, cuando las puertas empezaron a cerrarse, oyó:

—¡Espera!

La mano de Kristin detuvo las puertas. Allí estaba ella, llorando y temblando de emoción.

—No dejaré que vuelvas a abandonarme.

A Jackson se le partió el corazón por la elección de esas palabras, por la vulnerabilidad y el dolor que reflejaban. Kristin alargó la mano y él, agarrándola, salió al pasillo. La abrazó.

—No iré a ninguna parte, no a menos que quieras que lo haga.

Ella seguía temblando mientras él le acariciaba la espalda, los hombros y los brazos en un intento de calmarla.

—Te quiero, Jack. Nunca he dejado de quererte. ¿Podemos solucionar esto?

—Si nos queremos lo suficiente, lo solucionaremos. Estoy seguro, ¿y tú?

Kristin asintió.

—Sí. Te quiero y quiero que esto funcione. Quiero estar a tu lado. Nunca más tendrás que estar solo.

—Lo sé. Yo también estaré a tu lado. Siempre.

—¿Pero qué hacemos aquí? Vamos a mi casa.

Kristin lo condujo a su piso y, una vez dentro, lo llevó al dormitorio, donde se desnudaron despacio y con ternura.

Cada caricia fue una promesa de un futuro mejor, y cuando se fundieron en uno, Jack supo que sería para siempre. Esa unión era la culminación de todo lo que siempre había deseado y nunca había creído merecer.

Kristin lo amaba, él la amaba, y con eso bastaba.